

SUMARIO

Páginas.

JULIÁN DEL CASAL (conclusión).—Ramón Meza y Suárez-Inclán.....	129
ESTUDIOS .—Anselmo Fuentes.....	144
LA REFORMA DE LA ENSEÑANZA .—Alejandro Canetti.....	152
REMANSO DE DOLOR (conclusión).—José García Mercadal.....	163
LA POESÍA ESPAÑOLA Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA .—Miguel S. Oliver.....	170
ALLÁ MUY LEJOS . (poesía).—Julio J. Casal.....	180
ANDANTINO CANTÁBILE (poesía).—Manuel Abril.....	182

INFORMACIONES

EXTRANJERA:	
<i>Argentinos y españoles</i> .—V. A. L.....	184
PEDAGÓGICA:	
<i>Residencia de estudiantes</i>	186
ACADÉMICA:	
<i>Academia de la Poesía Colombiana</i>	189
BIBLIOGRÁFICA:	
<i>Las temporeras</i> , de Claude Farrere; versión castellana de M. García Rueda.....	191
LIBROS RECIBIDOS	192
GRABADO	
Don Juan José Villatte.....	185

NUEVA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES

Hermoso monumento de la literatura española que, bajo la dirección del eminente polígrafo Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, ha empezado a publicar la casa editorial de los Sres. Bailly-Baillière é Hijos.

Diez y seis son los tomos publicados hasta la fecha, y corresponden á las siguientes materias y autores:

Orígenes de la novela, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Tomos I, II y III.

Autobiografías y Memorias, por D. Manuel Serrano y Sanz, de la Universidad de Zaragoza.

Sermones del P. Cabrera, por el P. Mir, de la Academia Española.

Comedias de Tirso de Molina no publicadas en la Biblioteca Rivadeneyra, por D. Emilio Cotarelo, de la Academia Española. Tomos I y II.

Primera Crónica General de España, que escribió el Rey don Alfonso el Sabio, por D. Ramón Menéndez Pidal, catedrático y académico de la Española.

Libros de Caballerías, por D. Adolfo Bonilla y San Martín, ca-

tedrático de la Universidad Central y académico de la de la Historia. Tomos I y II.

Historia de la Orden de San Jerónimo, del P. Sigüenza, por D. Juan Catalina, catedrático, académico de la de la Historia y director del Museo de Arte Antiguo. Tomos I y II.

Crónicas del Gran Capitán, por D. Antonio Rodríguez Villa, de la Academia de la Historia.

Historiadores de Indias. Tomo I: *Historia apologética de las Indias*, de Fr. Bartolomé de las Casas. —Tomo II: *Guerra de Quito*, de Pedro de Cieza de León. — *Jornada del río Marañón*, de Toribio de Ortigueira, etc., por D. Manuel Serrano y Sanz.

Escritores místicos españoles, por D. Miguel Mir, de la Academia Española. Tomo I.

Precio de cada volumen: **12 pesetas** en Madrid y **12,50** en provincias. Pídase prospecto explicativo á los editores,

Sres. Bailly-Baillière é Hijos.—Plaza de Santa Ana, 10.—MADRID

La mejor enciclopedia del mundo es la
Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana
actualmente en publicación

Acaba de publicarse el volumen décimo, notabilísimo, que comienza la letra C.—En breve aparecerá el undécimo.

J. ESPASA.—Cortes, 579.—BARCELONA

The Equitable Life Assurance Society of the United States

(La Equitativa de los Estados Unidos.)

SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

Fundada en Nueva York en 1859.

Situación de la Sociedad en 31 de diciembre de 1909.

	Pesetas oro.
Activo.....	2.519.860.420,86
Pagado á los asegurados desde su fundación.....	3.671.886.883,55
Dividendos pagados á los asegurados desde su fundación.....	624.844.684,67
Seguros en vigor.....	6.920.707.970,76

LA SOCIEDAD EMITE PÓLIZAS DE VIDA ENTERA

Pagos limitados, Dotaes, Rentas vitalicias inmediatas, diferidas, etc.

o o o

Dirección general para España y Portugal en su PALACIO DE MADRID

Nombre

Señas de su domicilio

Profesión

Año, mes y día del nacimiento

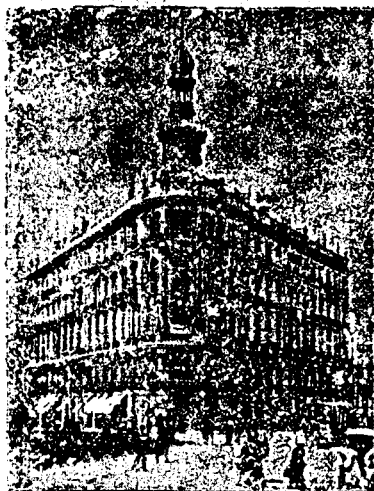
Cantidad que desea asegurar

Si tiene usted la bondad de llenar los anteriores huecos, y remitir esta hoja bajo sobre dirigido á la

Sucursal Española de

LA EQUITATIVA

MADRID



recibirá usted seguidamente explicación detallada de la clase de seguro que mejor se adapte á su edad y circunstancias especiales.

Abril, 1910.—Autorizado por la Comisaría de Seguros.

JULIÁN DEL CASAL

(*Conclusión.*)

Alguna vez el ensueño y las claridades del mundo helénico volvieron á inspirarle, trazando figuras que destacan sus contornos ante puro, límpido y transparente cielo de claridades azules sobre fondo tan grato como de bella y exquisita realidad:

CAMAFEO

¿Quién no le rinde culto á tu hermosura,
y ante ella de placer no se enajena,
si hay en tu busto líneas de escultura
y hay en tu voz acentos de sirena?

Hecha ha sido tu boca purpurina
con la sangre encendida de la fresa,
y tu faz con blancura de neblina,
donde quedó la luz del sol impresa.

Dentro de tus pupilas centelleantes,
adonde nunca se asomó un reproche,
llevas el resplandor de los diamantes
y la sombra profunda de la noche.

Bajo el claro fulgor de tu mirada,
como rayo de sol sobre la onda,
vaga siempre en tu boca perfumada
la sonrisa inmortal de la Gioconda.

Mas esto fué un rayo de luz tan débil como el que penetraba por la celosía de su aposento de cenobita. Cada vez se iba marcando más en sus ideas y fantasía la extraña disociación de sus modelos, proclamándose impecables y siendo pecaminosos, gozándose con cultivar el misticismo y á la par el diabolismo. Casal leía *La imitación de Cristo*, y á la vez *Le livre postume*, de Maxime du Camp. Las tristezas profundas, las invencibles nostalgias entenebrecieron su inspiración, y como si alguna rara influencia hubieran tenido para ella, como sin duda la tenían ante sus ojos materiales, aquel cráneo reluciente y un Cristo grande de marfil pulido y amarillento, encerró su musa en el molde estrecho de *Marfiles viejos*:

INQUIETUD

Miseria helada, eclipse de ideales,
de morir joven triste certidumbre,
cadenas de oprobiosa servidumbre,
hedor de las tinieblas sepulcrales;

centelleo de vívidos puñales
blandidos por ignara muchedumbre
para arrojarnos desde altiva cumbre
hasta el fondo de infectos lodazales.

Baudelaire, Richepin, Teodoro de Banville, le dominaban por entonces. Y surgieron poesías donde se revelaba esta tristeza, este desencanto; algunas

no encerradas en su orla de *Marfiles viejos*, pero que bien pudieron caer por su tendencia dentro de esta vesánica colección:

NIHILISMO

Voz inefable que á mi estancia llega
en medio de las sombras de la noche,
por arrastrarme hacia la vida brega
con las dulces cadencias del reproche.

Yo la escucho vibrar en mis oídos
como al pie de olorosa enredadera
los gorjeos que salen de los nidos
indiferente escucha herida fiera.

¿Á qué llamarme al campo del combate
con la promesa de terrenos bienes,
si ya mi corazón por nada late
ni oigo la idea martillar mis sienes?

Reservad los laureles de la fama
para aquellos que fueron mis hermanos;
yo, cual fruto caído de la rama,
aguardo los famélicos gusanos.

Nadie extrañe mis ásperas querellas:
mi vida, atormentada de rigores,
es un cielo que nunca tuvo estrellas,
es un árbol que nunca tuvo flores.

De todo lo que he amado en este mundo
guardo, como perenne recompensa,
dentro del corazón, tedio profundo,
dentro del pensamiento, sombra densa.

Amor, patria, familia, gloria, rango,
sueños de calurosa fantasía,

cual nelumbios abiertos entre el fango,
sólo vivisteis en mi alma un día.

Hacia país desconocido abordo
por el embozo del desdén cubierto:
para todo gemido estoy ya sordo,
para toda sonrisa estoy ya muerto.

Siempre el Destino mi labor humilla,
ó en males deja mi ambición trocada:
donde arroja mi mano una semilla
brota luego una flor emponzoñada.

Ni en retornar la vista hacia el pasado
goce encuentra mi espíritu abatido:
yo no quiero gozar como he gozado,
yo no quiero sufrir como he sufrido.

Nada del porvenir á mi alma asombra
y nada del presente juzgo bueno:
si miro al horizonte, todo es sombra;
si me inclino á la tierra, todo es cieno.

Y nunca alcanzaré en mi desventura
lo que un día mi alma ansiosa quiso:
después de atravesar la selva obscura,
Beatriz no ha de mostrarme el Paraíso.

Ansias de aniquilarme sólo siento,
ó de vivir en mi eternal pobreza
con mi fiel compañero, el Descontento,
y mi pálida novia, la Tristeza.

En *Tristissima nox*, *Pax animae*, *Paisaje espiritual* y otras antes citadas
restalla el látigo tremendo de Jean de Richepin en *Les blasphèmes*, de Bar-
bey d'Aurevilly en *Les diaboliques*:

AL JUEZ SUPREMO

No arrancó la ambición las quejas hondas,
ni el orgullo inspiró los anatemas
que atraviesan mis mórbidos poemas
cual aves negras entre espigas blondas.

Aunque la dicha terrenal me escondas,
no á la voz de mis súplicas le temas,
que ni lauros, ni honores, ni diademas
turban de mi alma las dormidas ondas.

Si algún día mi férvida plegaria,
¡oh Dios mío!, en blasfemia convertida,
vuela á herir tus oídos paternos,

es que no siente mi alma solitaria,
en medio de la estepa de la vida,
el calor de las almas fraternales.

El autor de *La Fanfarlo*, el traductor del fantástico Edgar Poë, le sugestionó con sus *Fleurs du mal*:

FLORES

Mi corazón fué un vaso de alabastro
donde creció fragante y solitaria,
bajo el fulgor purísimo de un astro,
una azucena blanca: la plegaria.

Marchita ya esa flor de suave aroma
cual virgen consumida por la anemia,
hoy en mi corazón su tallo asoma
una adelfa purpúrea: la blasfemia.

Y *Flor de cieno*, de la cual son estas primeras estrofas:

Yo soy como una choza solitaria
que el viento huracanado desmorona
y en cuyas piedras húmedas entona
hoscó buho su endecha funeraria.

Por fuera sólo es urna cineraria,
sin inscripción, ni fecha, ni corona;
mas dentro, donde el cieno se amontona,
abre sus hojas fresca pasionaria.

*
* *

De algunas composiciones de Casal conozco más directamente el motivo ú origen de su inspiración.

Croquis perdido fué debido á la impresión que causó en el poeta la vista de la última pena aplicada á un reo en garrote vil en el campo de la Punta, donde por aquellos días eran frecuentes estos repugnantes espectáculos. Los jóvenes redactores de *La Habana Elegante* fuimos todos en grupo á presenciar—algunos, los más, por primera vez—este acto de bárbara ejemplaridad pública. Y sacamos la más dolorosa impresión. Bastó un movimiento de un piquete de soldados de caballería, guardadores del reo, hacia la gran muchedumbre que llenaba aquel campo, para que ésta, sugestionada ya por el terror, huyese presa del más cobarde pánico, atropellándose en imponente confusión. La mole humana, que huía sin saber á ciencia cierta por qué, nos afrolló y pisoteó, partiendo piernas y brazos á algunos curiosos pacíficos é indefensos.

Al regresar, con el ánimo apenado, vimos al través de una celosía la silueta elegante de una desconocida dama; para ella fué el

S O N E T O

Arrastrando sus grillos lastimeros,
asciende el criminal la última grada;
lanza el clarín su fúnebre llamada
y brillan en el aire los aceros.

Al exhalar sus gritos postrimeros
la víctima al suplicio condenada,
huye la muchedumbre dispersada
como torpe rebaño de carneros.

Y una pupila azul radiosa y bella
fulgura tras los pálidos cristales
de alto balcón, cerrado y misterioso,

como el disco brillante de una estrella,
oculto de la niebla en los cendales
sobre el cristal de un lago cenagoso.

Una mañana del 27 de noviembre neblinosa y fría, de un cielo gris y de lloviznas muy tenues, fuimos al viejo cementerio de Espada á rendir homenaje á la memoria de aquellos niños inocentes, vidas tronchadas cobarde y alevosamente, con cruel ensañamiento colectivo, por la más ciega y feroz intransigencia. Para aquellas siempre lloradas é inolvidables víctimas fué el soneto bosquejado ante su tumba:

Á LOS E S T U D I A N T E S

Víctimas de cruenta alevosía
doblasteis en la tierra vuestras frentes,
como en los campos llenos de simientes
palmas que troncha tempestad bravía.

Aún vagan en la atmósfera sombría
vuestros últimos gritos inocentes,
mezclados á los golpes estridentes
del látigo, que suena todavía.

¡Dormid en paz los sueños postrimeros
en el seno profundo de la nada,
que nadie ha de venir á perturbaros!

Los que ayer no supieron defenderos
sólo pueden, con alma resignada,
soportar la vergüenza de lloraros.

Desde muy temprano se extinguió en el poeta la energía de motricidad. No conocía del mundo más que los lindes de la Habana, su ciudad natal. Su viaje á España fué breve, rápido, un relámpago. Un día fuimos á Guanabacoa invitados por la poetisa Aurelia Castillo y acompañando á Cirilo Villaverde, el amado novelista, en una de sus temporadas de invierno en Cuba: Casal se fijó en una planta en verdad rara, una especie de cactus de un tallo carnoso que se retorció como una sierpe, muchas espinas, pocas hojas verdes y un grupo de florecillas de cáliz blanco y rosáceo, transparentes, como hechas de cera. Pidió un trozo de aquella planta, llamada *corona de espinas* por unos, por otros *corona del Señor*, y la cuidó durante muchos meses en un tiesto de barro, luego en un ánfora etrusca. Le encantaba ver el grupo ó ramillete de aquellas exóticas florecillas que producía la planta iluminado por los débiles y dorados rayos del sol de la mañana.

Para ella fué una rima que nos leyó y que estamos seguros fué publicada. No hemos dado con ella en la colección de sus poesías.

Nuestro artículo *El florero*, publicado en el número de 6 de junio de 1886 en *La Habana Elegante*, donde continuábamos siendo compañeros de redacción, mereció el honor de inspirarle la siguiente poesía:

EL ANHELO DE UNA ROSA

Yo era la rosa que en el prado ameno
abré mi cáliz de encendida grana,
donde vertió sus perlas la mañana
como en un cofre de perfumes lleno.

Del lago azul en el cristal sereno
vi mi corola retratarse ufana,
como ante fina luna veneciana
ve una hermosa su marmóreo seno.

Teniendo que morir, porque el Destino
hizo que breve mi existencia fuera,
arrojándome al polvo del camino,

anhelo estar en mi hora postrimera
prendida en algún seno alabastrino
ó en los rizos de obscura cabellera.

* * *

Como Bécquer, escribió bastante en prosa. Además de su colección de artículos *Bustos*, de su brillante trabajo *Joris Karl Huysmans*, y otros, emprendió una obra de mayor empeño: *La sociedad de la Habana: Ecos mundanos recogidos y publicados por el conde de Camors*, seudónimo con que también firmó muchos artículos más. El primer capítulo de la obra apareció en el número de 25 de marzo de 1888 de *La Habana Elegante*.

Entusiasmóle un libro análogo publicado en París por la elegante escritora Mme. Juliette Lambert, á quien dirigió una expresiva dedicatoria. A ésta pertenece el párrafo que reproducimos, porque á la par que expresa los propósitos del autor, nos revela por sí mismo un momento psicológico de su vida, desarrollada casi toda bajo semejantes inclinaciones: «Impulsado por la lectura de vuestros trabajos, me he atrevido, desde el rincón sombrío de mi vivienda de bohemio, á levantar mi voz—nunca escuchada de vuestros oídos—hasta el pedestal gigante de vuestra gloria, donde aparecéis á los ojos del Universo como la Aspasia de los tiempos modernos, para presentaros con desusado atrevimiento, aunque no sin cierta timidez, á la sociedad cubana de nuestros días. Algunos de los personajes que veréis desfilar en estas páginas, si vuestros hermosos ojos se dignan fijarse en ellas, os serán conocidos, por haberlos encontrado muchas veces en el Bosque de Bolonia, en los Campos Elíseos, en los espectáculos de la Opera Cómica y en las recepciones públicas. ¡Quizás alguno haya tenido la dicha de besar vuestras lindas manos de mundana y de artista!»

Pero no contó el poeta con que el medio ambiente de la ciudad de la Habana era muy distinto y poco favorable á una obra que si en Lutecia se toleraba, aquí habría de encontrar tropiezos y dificultades. El primer capítulo, que estaba dedicado al gobernador por entonces de la colonia, *General Sabas Martín y su familia*, causó sensación. Contenía ciertas alusiones veladas y picantes, ciertas apreciaciones algo osadas, y el resultado no se hizo aguardar mucho. El miércoles siguiente, á los tres días cabales, los jóvenes redactores de *La Habana Elegante* recibieron la muy atenta y frecuente visita del celador del barrio de Colón, que, por orden del juez del Prado, iba á secuestrar el número del semanario en donde apareció el pecaminoso artículo. No encontró el funcionario más que el ejemplar que tenía el cuño de presentación en el Gobierno civil, sin cuyo requisito no podía ver la luz pública ninguna edición de periódico, so pena de tenersele y juzgársele por clandestino. El público, ó mejor, la voraz curiosidad pública había consumido la edición. Casal fué declarado cesante de su modesto empleo en la Hacienda.

Otras obras en prosa preparaba ya anunciadas en la edición de *Bustos y rimas* en 1893: *La joven América*, *Los amados de los dioses*, *Mis dioses y mis semidioses* (estudios críticos); *Seres enigmáticos* (estudios psicológicos); *Puah* (novela), á la vez que anunciaba una nueva colección de poesías: *Las desolaciones*.

* * *

El estro del poeta Julián del Casal no es por su naturaleza y carácter el estro vigoroso, robusto, de José María Heredia, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, á quienes leía y admiraba, rindiéndoles el tributo merecido por su bien ganada primacía en el parnaso cubano.

Más le acercaba su fantasía al autor de la *Caída de Misolonghi*, y, sobre

todo, del *Palacio submarino de Neptuno*, á Joaquín Lorenzo Luaces; pero las vibraciones de su lira estaban más en armonía con las delicadezas de sentimiento y de expresión de Zenea, de Milanés y de Mendive. Este último le era familiar y muy admirado.

Hijo de su época, no pudo sustraerse al influjo y tendencias á que por entonces obedecía la lira de los poetas de su raza. Estudió, conoció á fondo el movimiento poético de la segunda mitad del siglo XIX, dentro de cuyo período hubo de desarrollarse toda su existencia. El predominio que había llegado á obtener la lírica francesa en Hispanoamérica primero, á poco en la propia España, tanto por su ideología como por su material forma de expresión, alterando radicalmente los cánones tradicionales de la métrica castellana, cubrió con su hermoso y brillante ropaje de primores y pedrería oriental la imaginación del poeta cubano. ¿Formó escuela? No es tiempo de decirlo; pero no pocos le imitaron y le imitan.

Sin apartar su vista de los primitivos ó legítimos parnasianos que en 1860 se congregaron en torno de Catulle Mendés, no pudo sustraerse á ninguna de las dos bien marcadas tendencias de la poesía francesa y de su novísima orientación. No las desconoció: estudió á fondo sus reglas y las practicó. El autor de *Les syrtes*, *Pelerin passioné* y *Les cantilènes*, Jean Moreas, le comunicó su admiración hacia Paul Verlaine, jefe de la escuela que la ironía de Vaucaire y Beauclair en *Les deliquescences*, y el heraldo de combate, periódico *Le Décadent*, bautizaron con el nombre de *decadentistas*. Stéphane Mallarmé, jefe activo, portaestandarte del otro grupo ó tendencia, *la simbolista*, con Barrés, Goudeau, Morice y Taillard, marcó en el bagaje de sus lecturas habituales un grado menor, pero dejó sus huellas. El pontífice de la escuela decadente, Paul Verlaine, se llevaba el entusiasmo apasionado de nuestro poeta.

Estudiada en su conjunto la producción de Julián del Casal, fecunda dado el corto tiempo que vivió, es imposible dejar de reconocer la huella que en su inspiración dejaron marcadas dichas escuelas, de cuyas tendencias avasalladoras, atrayentes y sugestivas no pudo sustraerse, como hijo, al cabo, de su época. Muy de cerca seguía á esos maestros de la rima, escépticos obsesionados, doloridos, atormentados por afanes, por angustias de perfección y de pureza en la forma, de originalidad en la expresión de su trabajada rima: pacientes Cellinis de la frase, en larga y benedictina labor de repujo y taracea, haciendo filigranas de oro para incrustarles la perla y el zafir, el topacio y el uácar, el sándalo, el ébano y el marfil, para que la composición, preferentemente corta, logre brillar con toda la lujuriente esplendidez de hieráticas joyas de la Asiria ó de la Persia en tiaras de pontífices, en brazaletes, ánuos y arracadas de hetairas danzantes fascinadoras de pies desnudos sobre pieles de tigres, entre pebeteros de áloe y de mirra á la conclusión de banquetes dispuestos por Lúculo ó Sardanápalo: brillo, luz, relieve, contornos, color, perfumes, para cubrir, para envolver el más agudo exotismo de la idea. Orientalismo vago, no bien definido, no obstante las inspiraciones directas que qui-

sieron recoger, aspirar materialmente en sus viajes por Egipto, Siria, Judea, Grecia ó Italia magníficos estilistas como el autor de *Salambó*, Gustavo Flaubert, y Próspero Merimée, de *Colomba*, por España, Grecia y Turquía; de lo que resultó una bien manifiesta y constante tendencia hacia el antiguo Oriente, el Oriente clásico, entre los neoparnasianos, simbolistas y decadentes, dando por resultado en poesía lo que en otras artes: mezcla y confusión de ideales y formas que se entrecruzan y chocan, mostrándose revueltas, pero sin que sus rasgos típicos ó característicos se armonicen bien: el bizantinismo.

Nuestro poeta siguió en gran parte de su labor á aquellos extraños bardos de manifestaciones ora místicas, ora satánicas, ó bien ambas confundidas en neurótica expresión. Principalmente á Teodoro de Banville en sus *Cariatides*, *Odes funambulesques*, *Exiles* y *Odelettes*; á Baudelaire en sus *Fleurs du mal*; al autor de la *Chanson des gueux* y *Mes paradis*, á Jean Richépin, en *Les morts bizarres* y, más que todo, en *Les blasphèmes*; y para cima ó colmo, á Barbey d'Aurevilly en *Les diaboliques*, maestros exquisitos de la forma, de la rima, tan ricos de lenguaje como de luzbética fantasía. Para su imaginación inquieta, voraz, insaciable, no fué bastante el mundo de la mitología, de las leyendas, tradiciones é historia oriental, sino que penetró de lleno en el de la fantasmagoría tras la desordenada y brillante imaginación del norteamericano Edgar Poë, el autor de *El cuervo*: Baudelaire acometió la empresa de dar cima á cinco volúmenes traducidos de sus obras, y Mallarmé tradujo sus poemas.

Como canon estético siguió Casal la epístola sobre arte nuevo que acompaña al volumen segundo de *Les cantilènes*, de Jean Moreas, y que fué para los decadentes el canon sacro, como la *Epístola á los pisones*, de Horacio, en el arte clásico; y siguió también con fidelidad de sectario la otra no menos célebre epístola del dictador rítmico de la época, del propio Moreas, en los vespertinos crepúsculos ó más bien ocaso de su primera escuela, procurando el renacimiento de otra inspirada en las tradiciones grecolatinas que nombró romana, logrando reunir bajo este nuevo estandarte á los jóvenes poetas E. Raynaud, L. des Rieux, Hugues Rebell, M. Du Plessys y Raymond de la Tailled, menos conocidos de nuestro mundo literario de Hispanoamérica que las escuelas anteriores. Estudioso, muy estudioso y ávido de lecturas de su época, no desconoció la tendencia de los idealistas ingleses y de los prerrafaelistas Burnes, Jones, Wats, Crane, Hunt.

Anoto fuentes de estudio, ó, más cierta y propiamente, consulto mi cartera de apuntes contemporáneos á la vida del poeta y de otros jóvenes literatos compañeros de lides nobles que entonces conocí, y tan sólo señalo los rumbos que me pareció ver en su inspiración.

Recorriendo el ciclo poético de Julián del Casal, ¡qué diferencia entre poesías como aquellas con que abre su primera colección, *Hojas al viento* (1890), transparentes, nítidas, fáciles, espontáneas, que revelan, por la sonoridad grácil de su rima, la pura y clara fuente, de caudal fresco y no interrumpido,

aunque viene de remota época, en el parnaso castellano! ¿No tienen la frescura de coplas de Jorge Manrique algunas de sus primeras poesías?:

Arbol de mi pensamiento,
lanza tus hojas al viento
del olvido,
que al volver las primaveras
harán en ti las quimeras
nuevo nido;

y saldrán de entre tus hojas,
en vez de amargas congojas,
las canciones
que en otro mayo tuvistes
para consuelo de tristes
corazones.

Esta es la *Introducción* de su libro *Hojas al viento*. Tiene otra bellísima de este corte; hay algo en ella de las *piráticas* de Espronceda, de las *nazarenas* de Arolas:

NOŚTALGIAŚ

Suspiro por las regiones
donde vuelan los alciones
sobre el mar,
y al soplo helado del viento,
parece en su movimiento
sollozar;
donde la nieve que baja
del firmamento amortaja
el verdor
de los campos olorosos
y de ríos caudalosos
el rumor;
donde ostenta siempre el cielo,
á través de aéreo velo,
color gris;
es más hermosa la luna,
y cada estrella, más que una
flor de lis.
Otras veces sólo ansío
bogar en firme navío,
á existir

en algún país remoto,
sin pensar en el ignoto
porvenir.
Ver otro cielo, otro monte,
otra playa, otro horizonte,
otro mar,
otros pueblos, otras gentes
de maneras diferentes
de pensar.
¡Ah! Si yo un día pudiera,
con qué júbilo partiera
para Argel,
donde tiene la hermosura
el color y la frescura
de un clavel.
Después fuera en caravana
por la llanura africana
bajo el sol,
que con sus vivos destellos
pone un tinte á los camellos
tornasol.

Seguiríamos copiando llevados por la facilidad de la rima, por la gracia de expresión; pero terminamos con los incisivos finales de esta composición, que denota un estado de ánimo del poeta que á poco señalaremos:

Mas no parto. Si partiera,
al instante yo quisiera
regresar.

¡Ay! ¡Cuándo querrá el Destino
que yo pueda en mi camino
reposar!

Su estro tuvo vigor, rotundidad, en su época de estudio y admiración por

el gran lírico español Núñez de Arce: díganlo si no estos versos de su hermosa poesía *Camino de Damasco*:

En fogoso corcel de crines blancas,
lomo robusto, refulgente casco,
belfo espumante y sudorosas ancas,
marcha por el camino de Damasco

Saulo, elevada su bruñida lanza,
que, á los destellos de la luz febea,
mientras el bruto relinchando avanza,
entre nubes de polvo centellea.

Tras las hojas de oscuros olivares
mira de la ciudad los minarettes,

y encima de los negros almenares
ondear los azulados gallardetes.

Súbito, desde lóbrego celaje
que desgarró la luz de hórrido rayo
oye la voz de célico mensaje,
cae transido de mortal desmayo.

Bajo el corcel ensangrentado rueda,
su lanza estalla con vibrar sonoro
y, á los reflejos de la luz, remeda
sierpe de fuego con escamas de oro.

Estro robusto, sonoridad, expresión vigorosa, también los hay en su poema *Amor en el claustro*:

Cuando el reloj que asoma por la parda
torre del gigantesco campanario
puebla el aire de acordes vibraciones,
hiriendo el duro bronce acompasado
para anunciar la misteriosa hora
de media noche á los mortales; cuando
las castas hijas del Señor reposan
en apacible sueño, y, solitario,
pavor infunde al ánimo atrevido
con su imponente gravedad el claustro,
ella entonces las naves atraviesa
envuelta en negro, pavoroso manto,
y se prosterna con fervor ardiente
ante el altar del Dios crucificado.

Allí contrita reza: preza y llora!
Mas ¿por quién vierte tan copioso llanto?
¿Es porque mira de la cruz pendiente
tu cuerpo moribundo, ensangrentado,
Salvador inmortal? ¿Es que te pide
perdón para sus culpas? ¿Será acaso
que, en pugna lo divino y lo terreno,
en su alma virginal, triunfa, del santo
amor á que la ardiente fe la inclina,
el terrenal amor nunca olvidado?
¿Quién lo puede saber? Y ¿quién penetra
del corazón el insondable arcano?
¿Quién puede descender hasta ese abismo
donde se mezclan el placer y el llanto?

Sentidas, llenas de emoción son otras de sus poesías primeras que, como *Nostalgias*, recuerdan la gallarda y blanca vela del pirata del canto de Espronceda, cuando rompe con la fina prora de su hurca el libre, el ancho mar en plena y radiante luz de sol; recuerdan los ataúdes de Bécquer dibujando sus líneas rígidas á los parpadeos de lámparas agonizantes, de cirios funerarios que se extinguen:

DEL LIBRO NEGRO

En féretro luciente, tachonado
de brillantes estrellas de oro y plata,
en hombros el cadáver conducían
de mi hermosa adorada.

Sus virginales y marmóreas sienes
fragantes azucenas coronaban,
que sus niveas corolas entreabrían
al beso de las auras.

Sus labios de carmín, que afrenta fueron
de las fragantes rosas encarnadas,
el morado matiz de las violetas
ya cárdenos estaban.

Su inanimado cuerpo revestía
de raso y oro espléndida mortaja,
cubierto con un velo vaporoso
de transparente gasa.

Por sus vidriosos y entornados ojos,
traspasando el festón de sus pestañas,
un trémulo fulgor aparecía
que me llegó hasta el alma.

Al recorrer el féretro las calles,
curiosa muchedumbre se agrupaba
con ansia de admirar por vez postrera
su beldad celebrada.

De cada corazón tristes suspiros
al contemplar su rostro se escapaban;
de las pupilas, lágrimas ardientes;
de los labios, plegarias.

Al traspasar el fúnebre recinto
de los que fueron, con osada planta,

el cuerpo me temblaba como tiemblan
las hojas en las ramas,

Y antes de que á la fosa descendiese
el gélido cadáver de mi amada,
para darle mi adiós por vez postrera
quise otra vez mirarla.

La lloré sin que el llanto á mis pupilas
en abrasantes gotas asomara;
la hablé sin que á mis labios afuyera
una sola palabra.

Uní mi boca con su yerta boca,
estreché convulsivo su garganta,
y en aquel triste abrazo y mudo beso
la dejé toda el alma.

En sus primeras manifestaciones poéticas, y, andando el tiempo, entre otras, hubo brotes de misticismo: revélalo así su *Autobiografía* antes citada. Y en *La urna* dice:

Cuando era niño, tenía
fina urna de cristal
con la imagen de María,
ante la cual balbucía
mi plegaria matinal.

Atormentóle constantemente su presentimiento de una temprana muerte:

Porque en mi alma desolada siento
el hastío glacial de la existencia
y el horror infinito de la muerte.

Así se expresaba en su *Paisaje espiritual*, de Nieve. Y así en *Preocupación*, de Bustos y rimas:

Al sentir los rigores de la suerte,
temo que el soplo de temprana muerte
destruya la cosecha de mis sueños.

Mas se sobrepuso, y todos estos motivos de inspiración quedaron eclipsados en sus últimos tiempos por la influencia de las concepciones macabras y diabólicas de los neoparnasianos. No puede desconocerse la manera de Rollinat, de Richepin y Baudelaire en versos como éstos:

Y al fulgor que esparcía en el aire,
yo sentí deshacerse mis miembros
entre chorros de sangre violácea,
sobre capas humeantes de cieno,
en viscoso licor amarillo
que goteaban mis lívidos huesos.

Alredor de mis fríos despojos,
en el aire zumbaban insectos
que, ensanchados los húmedos vientres
por la sangre absorbida en mi cuerpo,
ya ascendían en rápido impulso,
ya embriagados caían al suelo;

de mi cráneo, que un globo formaba
erizado de rojos cabellos;
descendían al rostro deforme,
saboreando el licor purulento,

largas sierpes de piel solferina
que llegaban al borde del pecho,
donde un cuerpo de pico acerado,

.....

Estas anteriores estrofas son de *Horridum somnium*. Estas otras, de *Post umbra*:

Cuando yo duerma solo y olvidado
dentro de obscura fosa,
por haber en tu lecho malgastado
mi vida vigorosa;

cuando sienta filtrarse por mis huesos
gotas de lluvia helada,
y no me puedan reanimar tus besos
ni tu ardiente mirada;

cuando en mi corazón, que tuyo ha sido,
se muevan los gusanos
lo mismo que un tiempo se han movido
los afectos humanos;

una noche, cansada de estar sola
en tu alcoba elegante,
saldrás con tu belleza de española
á buscar otro amante.

Y como éstos, *Ægri somnia*, *Profanación*, *Las horas*, *Oración*. Pero donde llegó á extremarse esta nota fué en su poesía póstuma *Cuerpo y alma*:

Fétido como el vientre de los grajos
al salir del inmundo estercolero,
donde, bajo mortíferos miasmas,
amarillean los roídos huesos
de leprosos cadáveres; viscoso
como la baba que en sus antros negros
destilan los coléricos reptiles
al retorcer sus convulsivos cuerpos
entre guijarros húmedos...

¡Oh, cómo parece sentirse en ésas y otras lamentables rimas el olor violeta encontrado en la putrefacción por el bardo Rollinat! ¡Y el goce malsano ante tarantelas macabras que danzan horribles esqueletos!

¡Oh ilustre bardo, tú eres culpable de ser guía y mentor de nuestro poeta por semejantes andurriales! Este fué el sesgo que por entonces tomó la inspiración dulce, mística, sencilla, apacible, soñadora de nuestro sensible, de nuestro impresionable joven poeta. El goce preferente por lo repugnante, por lo corrupto, ¿es poesía, ó desvarío?

Ya desde el soneto *Pompadour*, *Mis amores*, de su primera colección *Hojas al viento*, se inició en tan escabrosa senda. ¡Qué bello soneto! ¡Qué bien empieza!

Amo el bronce, el cristal, las porcelanas,
las vidrieras de múltiples colores,
los tapices pintados de oro y flores
y las brillantes lunas venecianas.

Amo también las bellas castellanas,
la canción de los viejos trovadores,
los árabes corceles voladores,
las flébiles baladas alemanas.

El rico piano de marfil sonoro,
el sonido del cuerno en la espesura,
del pebetero la fragante esencia.

¡Cuán desastroso final!

Suprimimos el último terceto porque allí está la *flor de cieno, el diabolismo*.

A pesar de todo, Casal tenía un fuerte escudo en su natural buen gusto y en su vasto estudio y cultivo de la verdadera, de la buena poesía, que no llegaron á perturbar, á pervertir, mejor, sino algo tarde y con rebeldía y lucha, los ideales y cánones de las flamantes y novísimas escuelas. Se asimiló, si no lo bueno, lo menos malo y perjudicial; no extremó, sino que, por el contrario, muy parco fué en seguir los empeños de los simbolistas de reformar la prosodia del idioma y enriquecerla con vocablos originales, nuevos, exóticos; y tampoco, aunque admirador de Ricardo Wagner, en llevar las ásperas disonancias de su música al verso nuevo.

Sedujéronle las gallardías de forma con que interpretaba el joven poeta hispanoamericano Rubén Darío en el habla de Castilla las místicas y orientales fantasías de los orfebres exquisitos del neoparnaso, y le aseguró en esta admiración el buen predicamento en que le tenía aquel crítico insigne, de gusto depurado, cultivador de la prosa clásica de la forma helénica, D. Juan Valera, que acababa de encomiar las poesías del joven é inspirado bardo de la América central.

* * *

La luz que iluminaba la pequeña habitación, escapando por la puerta, trazaba un cuadro que resplandecía sobre el suelo muy oscuro de la azotea. Era un cuartito pequeño, pero muy pulcro; desde él se dominaba toda la ciudad de la Habana. Semejaba un camarote de vapor enorme.

La noche era espléndida: las estrellas brillaban claras, enviando desde un cielo hermoso de profundo azul, como enormes brillantes de sus facetas, rayos de luz irisada; de lejos venía el rumor, mitigado por la altura y la distancia, de la vida de la población; á ratos se oían claramente trozos de música de una banda militar y el repique de los timbres de los teatros.

Al lado de anciano doctor de cabellera abundante, de rizos blanquísimos y de blanca barba, que resaltaban mucho sobre su traje de paño negro y su sombrero de copa lustrosa, abismado, mudo en su observación del pulso, estaba Julián del Casal, sentado en una silla de extensión, con el cuello de la camisa abierto, procurando aire, entre blancas sábanas. Las crenchas de sus cabellos castaños, la barba crecida y rubia, sus pómulos salientes, su nariz fina y afilada, y, sobre todo, su conformidad, su resignación, su dulce manse-dumbre, recordaban uno de esos rostros de Cristos jóvenes y desfallecientes.

Cerca del anciano médico de la blanca y rizada cabellera estaba de pie, del otro lado del enfermo, una hermana de la Caridad, mujer en la plenitud de

su vigor y de su vida, de grandes y rasgados ojos negros, brillantes, expresivos, de rostro hermoso, que hacía recordar aquellos versos del poeta:

Sus ebúrneas mejillas transparentes
conservaban aún el sonrosado
tinte que ostentan las camelias blancas
al florecer en la estación de mayo.

Había desembarcado aquel mismo día; iba para la República del Plata, y al oír que se necesitaban auxilios no vaciló en ofrecerse para prestarlos, no obstante el largo viaje que acababa de rendir desde Europa. Era un alma como corresponde á las de su misión: alma de ángel.

Cuando se fué el anciano médico, asegurándonos que el poeta estaba muy grave, con una fiebre muy alta, le hablamos; él lo quiso, no obstante la prohibición facultativa. Una de las veces fué necesario acomodarlo en los almohadones. La hermana recogió las cuentas de su enorme rosario y lo colocó sobre un libro forrado como un áncora de salvación, que recibía de lleno la luz amarillenta del globo de la lámpara.

Fué un movimiento involuntario y mecánico el que hice, inspirado acaso por religioso respeto, separando aquel rosario de aquel libro.

No sé quién había tenido el buen humor de enviar á Casal; bajo aquella típica cubierta, las poesías de Rollinat, Richepin y Baudelaire.

Rió al notar mi gesto el poeta, y al punto un golpe de tos enrojeció el pañuelo blanco que se llevó á los labios para contenerla.

Estaba muy grave. No hablamos más. Era muy tarde; los ruidos habían cesado; únicamente proseguía el centelleo hermoso de los astros en la bóveda de oscuro azul.

Casal dormía en su asiento; la hermana, á la luz muy tenue de la lámpara, leía y rezaba.

Sin embargo, en pocos días logró reponerse de este ataque. Partió lejos de la ciudad, regresó con buen aspecto; parecía curado por aquellos breves días pasados en el campo, que al poeta mereció esta idea:

EL CAMPO

Tengo el impuro amor de las ciudades,
y á este sol que ilumina las edades
prefiero yo del gas las claridades.

A mis sentidos lánguidos arroba,
más que el olor de un bosque de caoba,
el ambiente enfermizo de una alcoba.

Mucho más que las selvas tropicales
plácenme los sombríos arrabales
que encierran las vetustas capitales.

La tarde era muy bella: de las últimas del mes de octubre. Los árboles de la avenida del Prado lucían como una hermosa faja de esmeralda transparentada por los dorados rayos del sol poniente:

Bajo las hojas de los álamos,
que estremecen los vientos frescos,
piar se escuchan entre sus tálamos
á los gorriones picarescos.

En una elegante mansión, ornada de cortinas, mayólicas y espejos, bien puesta, cuidada y atendida con gusto refinado, yacía oculto entre un montón de flores el cadáver del poeta. La muerte le sorprendió en uno de sus pocos días de satisfacción y de alegría, cuando su salud parecía asegurada. Se fué de la vida sin darse cuenta de ello, dulcemente, sin sentirlo, como muere una flor, como se extingue una antorcha. Acababa de sentarse á comer ante el mantel blanquísimo de la mesa de distinguida familia amiga que le había invitado. Una bocanada de sangre súbito tiñó de rojo el mantel y su traje; no hubo más: el poeta había expirado.

Y cumpliósese en lo posible su deseo, manifestado en versos que aparecieron con el título *Vanidad póstuma*, dedicada *A sus amigos*, en el número de 22 de enero de 1888 de *La Habana Elegante*:

Quando yo muera, al borde de mi lecho
quiero ver una hermosa reclinada
que escuche con sonrisas en los labios
la confesión postrera de mis faltas.

Anhelo oir, en vez de hondos gemidos,
tristes ayes y fúnebres plegarias,
de Byron las estrofas inmortales,
de Mignon la nostálgica romanza.

Haced que junto al féretro se agrupen
las vírgenes más bellas de mi patria,
y que cubran, al son de alegres cantos,
mi luctuoso ataúd de flores blancas.

.....

Mas si queréis guardar mis pobres restos,
grabad sobre mi tumba estas palabras:
«¡Amó sólo en el mundo la Belleza!
¡Que encuentre ahora la Verdad su alma!»

Ojos hermosos derramaron ante su túmulo dulces lágrimas; finas y delicadas manos cerraron su féretro y cubrieron de flores, de muchas flores, sobre todo blancas, su mortaja.

Y cuando en aquella tarde le dejamos en el cementerio, salimos de allí con las torturas de la congoja, pero con la convicción de que el que allí dejábamos, aquel malogrado joven, fué un gran poeta, ante el cual se abrirían las puertas de la inmortalidad y de la gloria.

Los poetas, aunque por este mundo anden, son seres no pertenecientes á él...

Por la noche las estrellas seguían brillando mucho en lo alto de la comba azul, lanzando como enormes brillantes de sus facetas, destellos deslumbradores de irisada luz.

Ramón Meza y Suárez-Inclán.

ESTUDIEMOS

III

Lamentable es la confusión que se hace entre la transformación de la riqueza y cuando se pierde. Como vulgarmente se dice, la riqueza es tirada por la ventana. De esto puede decirse que hay la diferencia de una buena acción con otra que es mala. Esto es, puede llamarse buena acción hacer gastos reproductivos, y puede llamarse mala acción la que se hace en gastos improductivos. No poco ha contribuido á entorpecer la marcha progresiva de la Economía que muchos economistas, y especialmente los de la escuela clásica hayan sido contrarios á la religión católica: incrédulos los unos, y los otros protestantes. La mujer, por otra parte, ha perjudicado á la Economía con su viveza de imaginación, con su indiferencia por los estudios económicos, por repeler aficiones que no son agradables al entendimiento, por más que sean muy útiles en la práctica de la vida, y posible á la mujer su conocimiento.

Hasta á la virtud misma puede facilitar su perfección la Economía política: que saber, aun sin obtener el título de sabio, es homenaje que se rinde á Dios. ¿Qué mejor recreo que el de ser estudiosa la persona? ¿Qué mejor ventaja que comprender la técnica de la ciencia y del arte? ¿Qué mejor impresión que la de entender á un Wagner ó á un Saavedra sus explicaciones? ¿Qué mayor consideración que la que merecen los monjes cuando desde el claustro destellan los rayos de su saber? La importancia grande que tienen los Congresos Eucarísticos es la de que tomen parte en ellos frailes como los padres Secchi y Zacarías, prelados de tanta altura como monseñor Ireland, misionero muy intelectual y muy conocedor de su tiempo.

Hoy la propaganda cristiana está muy ayudada por la ciencia. Quizás más que nunca. ¿Qué duda tiene esto? Lo que es, que la civilización va á veces por caminos extraviados. Tal es el caso de tantos gastos como se hacen improductivos. Algunos hasta pueden llamarse inmorales, por consiguiente; que son contra la civilización, contra el verdadero progreso, contrarios al decantado credo democrático. Por ejemplo: las guerras, que obligan á presupuestos improductivos, que reducen el desarrollo normal de las industrias, que contraen el ánimo de los ciudadanos estudiosos, que se hacen tantos sacrificios de vidas preciosas. En nuestro siglo son característica suya dos actitudes que encierran muchos daños, además de los que tienen las guerras. Uno de esos daños es el socialismo: en cuanto por desproporción aumentan los salarios, si ellos aumentan en mayor escala las necesidades, por no decir los vicios. Otro de esos daños son las modas, de inagotables mudanzas, tan caprichosas y caras, tan perjudiciales al cuerpo como al alma.

El lujo bien entendido no puede llamarse rigurosamente perjudicial. Puede haber lujo ordenado y lujo desordenado. Este lujo inmoderado se señala por

la supresión de los ahorros, porque se contraen deudas y se anteponen á los gastos necesarios los superfluos. Este lujo inmoderado destaca queriendo deslumbrar á las gentes con presentaciones fastuosas que no admitan rival y sorprendan con novedades.

Diferencia esencial existe, por razón de ser, entre el lujo que era lícito durante el paganismo; cuando las virtudes sociales no tenían valor moral; cuando florecieron Persépolis, Tiro, Cartago, Atenas, Roma y todas aquellas magnificencias asiáticas que fueron tan fatalmente importadas á Europa. Por no haber en el paganismo los deberes que cumplir y que tiene afortunadamente el cristianismo. Por éste han podido damas ilustres decirse doctamente en sus *memorias* relatos que son enseñanzas; de la mejora que ha tenido la condición social de la mujer cristiana.

Las influencias sociales son otras desde el advenimiento del cristianismo. Aquellas influencias asiáticas fastuosas están ahora reemplazadas por otras influencias americanas, mejor dicho, yanquis. Con sólo leer los libros de Kurth y de Voss (los cito por lo modernos que son), basta para convencerse. Pero nos deslumbran esos resplandores de libertad, que, cuando están bien mirados, son llamaradas de nobles pasiones. Ahora no nos ofusca la reacción. No condenamos la libertad; se condena la licencia con la máscara de libertad. Aquella invade todas las esferas de la vida, por lo que sé corre el peligro de sufrir invasiones de la inmoralidad. La misma libertad con que se pueden hacer fortunas crea situaciones complicadas bajo el influjo de capitales cuantiosos que están mal vistos por la pobreza y la ignorancia. Mas ésta no llega á ver que si en Nueva York, Chicago, etc., se improvisan concentradas cuantiosas riquezas en manos de determinadas personas, por ellas se hacen fundaciones en proporción de la opulencia. Y no perdamos de vista que no son precisamente las riquezas lo que puede constituir la verdadera felicidad, aun siendo útil el bien que poseamos. Por varias razones. Una de ellas es que la riqueza invertida en lujos no puede dignificar al hombre ni á la mujer. Principalmente á ésta, por haber la manía de que el bello sexo está de mejor ver lujosa que vestida con sencillez, aun siendo ésta compatible con el buen gusto y la elegancia. ¿Pues qué, todo ha de consistir en gastar mucho? La propaganda feminista que está desarrollándose, las ocupaciones que se pueden desempeñar una vez adquirido el título en las escuelas graduada y superior, las oposiciones por las que se consigue derecho á todas las profesiones y á cargos públicos, esto es hacer gastos reproductivos. La mujer, desde la cumbre de la aristocracia, ha de cuidarse de poder mirar con inteligencia á la clase popular; sanar su entendimiento con la cultura cristiana á la vez que técnica.

Ciertamente que no es necesario apartarse del trato social para ser la mujer virtuosa (lo mismo puede decirse del hombre). Las hermanas de la Caridad atraviesan incólumes todos los peligros. Por ejemplos de enseñanza persuasiva puede aprenderse el camino mejor para perseverar en el camino de la moral. ¿Qué ejemplo es el bueno, el que nos ha legado la Pompadour, ó el de

la vizcondesa de Jorbalán? ¿Quién cumple fielmente los preceptos del Evangelio, la mujer que se hace esclava de la moda, ó la mujer que ama la honestidad?

A mediados del siglo pasado, desde el púlpito se oyó la voz autorizada de orador elocuente decir: «El lujo aconseja á las gentes que nada poseen: Toma ese ajuar, y serás como el propietario. A éste, toma ese traje, y serás como el noble. A éste, toma esa librea, y serás como el príncipe.» Así la emulación desordenada va formando la bola de nieve que hiel a el corazón, desapareciendo el calor de la caridad y el fervor de la oración.

Que es lo mismo que alejarse del ideal cristiano.

Entonces la familia introduce la pasión perturbadora en la sociedad. Y de oleada en oleada social penetra el desorden, que produce la ruptura de los vínculos cordiales. Sin éstos, por cuanto son garantía cariñosa de relaciones que se corresponden amorosamente, todas las malas pasiones prevalecen en mayor ó menor intensidad. El honor decae en importancia; al sacrificio sustituye el egoísmo; á los días resplandecientes de alegría reemplazan los días de pesadumbre; á la sinceridad domina la hipocresía. Nuestro siglo sufre la imposición de múltiples necesidades, en su mayor parte innecesarias. Se desarrolla la tendencia antidemocrática por mirar todos codiciosamente á la clase social que es de más posición por sus medios de engrandecimiento. Olvidándose de que si el ideal cristiano se abandona, es por entregarse á un nuevo paganismo que Voltaire juzgaría reprobable.

Paganismo del *becerro de oro*.

Francia, sobre todo París, impone el tributo de la *moda*. Lo impone como el imán atrae los cuerpos. Y puede asegurarse que mientras la mujer quiera vivir tan supeditada á las modas, no conseguirá que el hombre la considere su compañera, en la verdadera acepción de la palabra. ¿Por qué? Porque el trato, la intelectualidad no puede establecerse con esa inteligencia cultural que facilita las conversaciones, establece animados diálogos, inspira fecundas discusiones y da luz científica ó artística; que para el caso todo es campo fecundo de ideas, aliciente para mejorarlas, y voluntad para necesitarse espiritual y moralmente los hombres entre sí, las mujeres consigo mismas, y uno con el otro sexo requerirse de ambiente ilustrado, solícito de sabiduría: que al fin ésta, está dicho, acerca muy bien á Dios. A Dios, que repele la ignorancia, por lo mismo que es El sabiduría *infinita*. ¡Oh, si tuviésemos algo, por lo menos, de lo que se atribuye á Salomón, admirado como rey sapientísimo!

Emanciparse de la moda es libertarse de la esclavitud la mujer, y poder congratularse el hombre de tener tan buena compañera.

La preocupación es muy difícil vencerla, convencida la mujer de que la moda es la que le favorece. Los tiempos han variado desde que se fundaron los monasterios con rejas, á los otros monasterios que no las tienen. Lo cual significa que la libertad religiosa tiene hoy una fortaleza desusada en otros tiempos. Esto es, que la vocación ha ido robusteciéndose por la convicción de que la caridad es ley espontánea y suprema. O sea, que amar á Dios es el mejor de los amores. Se ha dicho repetidas veces que el catolicismo tiene ejem-

plos que ofrecer de religiosidad para satisfacer las necesidades espirituales de cada siglo. La libertad religiosa demanda hermanas de la Caridad, pues hay mujeres que visten el hábito, tienen corazón caritativo, perseveran en su laudable labor, ordenan la atenuación de la desgracia y enjugan las lágrimas que causa la adversidad.

¿Qué sucede con la enseñanza? San José de Calasanz instituyó la regla monástica que es la más democrática en la esfera docente. La Compañía de Jesús fundó colegios que son compatibles con todos los progresos científicos. La Orden agustiniana aprende técnicamente la última palabra progresiva del saber humano. La moda hay para sujetarla á sus justos límites el imperio de la ciencia, de donde se ha deducido que la mujer, á medida que tenga más conocimientos científicos, aunque no sean más que los necesarios y generales para la vida usual, ha de ser más estimada por el hombre. También es consecuencia forzosa que el entendimiento cultivado rechaza el lujo, por considerarlo adorno superfluo. ¿Qué aprecio mereciese la virtud si está practicada por el monje ó por la monja, y se hiciera obligado despojarse del sayal y de la toca para vivir con decoro, á la última moda? Pues qué, el hábito, la capucha, la modestia, la humildad, ¿no sobrepujan en grandeza al ridículo, en que la moda hace caer tantas veces?

IV

¿Quién puede más, mejor y con relevantes méritos en la sociedad? Veámoslo, que esto entraña el problema social.

El catolicismo abarca todos los intereses, los morales y los materiales. Su finalidad es el triunfo de las buenas costumbres; ejemplos: las Trinitarias Terciarias, previsoras contra la deshonestidad; las Siervas de Jesús, luchando contra la corrupción en medio de la sociedad para contrarrestar los errores del servicio doméstico. El arte ha podido darnos idea plástica cuando el Greco nos presenta en su magnífico cuadro á la Magdalena abrazada á la Cruz del Redentor. El amor del alma pone en acción todas las potencias, la alegría como la tristeza; todo sirve para purificar el espíritu, los goces como los sufrimientos. La mujer vela, y consigue redimirse de la esclavitud del vicio. La fatalidad precipita en la desgracia muchas veces, es verdad; pero la mujer cristiana, por la oración, consigue con buena voluntad que triunfe la santa causa, que no es la del lujo.

Siempre hubo escollos sociales que vencer. Mas hoy los hay de más peligro, son más peligrosos, porque á la hipocresía ha sustituido la tolerancia sin otros límites que los que quiere poner la libertad, precisamente en lo que menos conviene tenerla. El veto que debiera ponerse á la *moda*; la moda, que dispone de todas las seducciones; las seducciones, que halagan á título de buen gusto; el buen gusto, que aviva la envidia; la envidia, que no titubea en valerse de la calumnia. Todo ese cortejo que se ostenta en casinos y en teatros, en el

múltiple *sport*. Si la juventud cae en la tentación por inexperiencia, en las otras edades ella vive por aclimatación. ¿Cómo no ver á la *moda* triunfar con el séquito de los sentidos y rendir voluntades, multiplicar caprichos, acumular gastos, perseguir á la honestidad y perturbar la familia? Y es que la *tentación* está fomentada.

¿Qué más milagro, en el siglo llamado *positivista*, que ver próspera la Institución de María Inmaculada? Institución que cumple muchos deberes con los desgraciados: con tener casa de salud pagándose pensión módica; alimenta á muchas madres en el curso de lactancia de sus hijos; en los meses de invierno extiende el socorro á mayores necesidades apremiantes de la familia; esto lo hacen á diario señoras piadosas que sirven á las pobres madres; además, las mismas señoras pagan cuotas mensuales con que atender á los gastos de tan benéfica institución. Esta tiene también enseñanza gratuita de niñas. ¿No es verdad, repetimos, que la Institución de María Inmaculada favorece admirablemente á la sociedad? Y esto no es compatible con el lujo que deslumbra, con el despilfarro que escandaliza, con el desorden que pervierte, con la inmoralidad que perturba la sana higiene, la que debe haber en el hogar doméstico.

De casos como éste (y son muchos) puede deducirse. Parece que la mística barquilla del Pescador está para sucumbir, según pensar de algunos cristianos; pero no pasa de ser esto una ilusión óptica explicada por moral social, humanitaria. Pues es verdad que es posible sucumba la mujer á las seducciones de la moda; pero no es menos verdad que la mujer atrae y domina por la oración, por la práctica de las virtudes, y pone en relación á pobres y ricos. Si de Francia han sido expulsadas las Órdenes religiosas, ellas han encontrado hospitalidad en Bélgica, España, Inglaterra, Estados Unidos. Si es cierto que ciudadanos de nacionalidad francesa han sido obligados á emigrar de su país, en otros países los que fueron arrojados del suyo están autorizados para establecerse. Si de la Babilonia moderna sale el lujo que desmoraliza, de la Jerusalén moderna irradian Encíclicas luminosas.

El triunfo de la madre es seguro. La madre, por sus sacrificios, por sus cuidados continuos, por su severidad de costumbres, por sus plegarias al cielo, obtiene la victoria en el seno de la familia. ¡Y cómo contrasta la vida que puede hacer la madre cristiana con la vida á que está obligada la mujer mahometana! ¿Y qué decir de las mujeres persa, india, aun la mujer de la misma Rusia, en algunos países donde el fanatismo degenera al sexo? Mientras que la mujer cristiana, la mujer católica, puede llegar en dignidad á una grandeza soberana. Sin que pueda desconocerse (aunque por modos diferentes) que no deja de suceder algo de lo que pasaba en Grecia, que los vínculos de familia eran inferiores á las relaciones que existían de vida pública. Que la moda, uno de sus inconvenientes, siendo el lujo refinado, su goce lo busca y lo encuentra en la exhibición de reuniones, paseos, certámenes, teatros, etc., etc., todo lícito si no es inmoral.

Importa reconocer los caminos vedados que induce á seguir la civilización positivista, por lo mismo que la verdadera democracia se falsea frecuentemen-

te. Y es mala consejera la rivalidad, aunque el positivismo puede ser bueno en cierto sentido.

Cuando se pregonan las libertades, sobre todo la política, y aún más la libertad social; cuando á la vez se hace la justicia instrumento de la pasión, con rumbo borrascoso se navega. Si Isabel *la Católica* hubiese vivido en este siglo, habría hecho como hizo en el suyo. Isabel condenó el lujo por los medios persuasivos y legales que tenía á su disposición. Otras princesas han hecho lo mismo. Supieron distinguir el progreso bienhechor del que llega á veces á ser perverso. Las máquinas de coser, que se han inventado por la pericia y asiduidad en el trabajo, reportan ventajas al bello sexo; mas como el orden económico y el orden moral conviven en la vida, en ésta se da el caso de que lo bueno puede cegarse en el entendimiento, y entonces triunfar Mefistófeles.

La mujer ha de corresponder á lo que se merece el cristianismo. El cristianismo, que ha dotado á la mujer de personalidad moral, declarándola igual en ésta al hombre, persona jurídica como éste. No cabe duda alguna. Es un abismo el que separa á la mujer pagana de la mujer cristiana. Hállase explicado el abismo, como pudo decir Sócrates: «¿Hay alguien á quien se hable menos que á la mujer?» Significándose de modo indudable la inferioridad en que el paganismo ponía á la mujer. El paganismo, religión de sentidos corporales. Aristóteles decía de la mujer: «Es de una especie inferior, y el esclavo un ser perverso.»

Después de saberse esto, ¿cabe dudar de la influencia progresiva del cristianismo en el curso de la Historia, y por ende del catolicismo, con la misión teológica de dirigir á la Humanidad? Misión, en cuanto á la filosofía concierne, como orientaba su pensamiento Donoso Cortés, como desarrolló la filosofía el sabio dominico Ceferino González.

La doctrina cristiana destruye todos los fanatismos.

¿Qué más progreso, mejor, más perfecto que el cristiano?

En él se significa su grandioso ideal cuando dice: «El hombre se separará de su padre y de su madre para unirse á la mujer.» Atinada es la observación que ha hecho Jacques de Vitry: «Nuestra primera madre no fué sacada del pie del hombre, ni de su cabeza, sino de una costilla»; deduciendo Vitry «que debe caminar á su lado; ni delante, ni detrás». Cuando el paganismo tenía sometida la mujer á yugo muy indecoroso levantaron su voz apostólica San Mateo y San Marcos; ellos declararon su capacidad moral, que adquirió estado jurídico, con obligación de velar por la virtud entre los dos sexos: *Deus conjunxit*, que dicen los Evangelios. San Pablo dirige á Timoteo aquellas memorables palabras que dejaron atónitos á los de Corinto, y que tuvieron eco soberano en Efeso, instituyéndose los Concilios. Desde Bocio han tenido éstos enemigos formidables; mas siempre la victoria definitiva ha sido del catolicismo.

El catolicismo, que no es otra cosa su cumplimiento que vida del alma, espíritu que irradia destellos divinos. Sin que pueda ser nada más. Por eso se ve resplandeciente en todos los siglos su doctrina, que no decae porque indi-

viduos y colectividades, naciones y razas, teorías y sistemas, radicales y reaccionarios, intelectuales é ignorantes pretendan imponer su criterio por la voz arrebatadora del tribuno ó el escrito habilidoso del publicista.

— La Historia es testimonio irrecusable ante el tribunal supremo de la justicia imparcial, serena, competente y de buena voluntad. Los germanos rindieron pleito homenaje á la doctrina de Cristo. En Oriente la rebelión adquirió fuerza política más que de convicción. En Roma San Pedro, Santiago en España, San Agustín en Cartago, sus ejemplos fueron tan convincentes, su propaganda tan eficaz, que hemos visto desplomarse poderes que parecían á muchos invencibles. Si la fuerza pública suprime Ordenes monásticas en unos países, en diferentes naciones otros poderes las admiten.

Lo cierto es, sin ser necesario que se declare dogmático. Puede verse el hecho con luz meridiana. Que por la Historia de todos los autores sabemos que al nombre de Bizancio substituyó el de Constantinopla, significando aquel nombre lo que *fué* antes de la Cruz, y significando el nombre nuevo lo que sucedió después de verse alzada la Cruz en el Gólgota. La extraordinaria cultura de Atenas, la bélica vida de Esparta, los deleites de los misterios de Eleusis, la magnificencia poderosa de Roma, los bárbaros del norte de Europa bajo la égida de los germanos. Toda esa historia que del año 673 al 717 ha legado á la crítica tanto que estudiar. Además, los fanáticos guerreros de Mahoma, con haber declarado guerra á muerte á la cristiandad; el protestantismo, no menos encarnizado, intransigente en el Concilio de Trento; éste, que ha podido dar la paz á la Iglesia, no obstante la avalancha de novedades que lucen por el dinero y por la moda, concubinato del que se comenta tanto. París, que atrae para muchas orientaciones, algunas con vilipendio de la Humanidad. Un Harriman que es llamado rey de los ferrocarriles yanquis. El *lujo*, que hace la competencia en atractivos á la sabiduría, por ser ésta de más difícil cultivo que la vanidad...

El P. Félix, desde el púlpito de Nuestra Señora de París, á mediados del siglo XIX, profetiza y compara la venerada casa de Loreto con el lujo que es presentado en el gran espectáculo del teatro de la Opera, donde lucen sus galas la elegancia y el sibaritismo. El elocuente orador condena costumbres que nada tienen de cristianas. Mas es *vox clamans in deserto*, según expresión del Apocalipsis, sin que por esto se pierdan la Fe, la Esperanza y la Caridad, por ser el lema que esculpió el Príncipe de los Apóstoles en Roma por mandato de su divino Maestro. El P. Félix condena la ostentación del rango y posición cuando se mantienen ofendiendo la honestidad y cuando se ve amenazado el porvenir de las familias.

Ya no pueden ser aplaudidos por mandato cristiano que corresponde hacer cumplir á la Iglesia, ni un rey Baltasar en Asia, ni un emperador Heliogábalo en Europa.

La realidad cristiana se impone, como ha dicho el P. Félix con estas palabras: «El lujo irrita al pueblo que padece, con los insolentes contrastes que ofrecen el fausto y la miseria al encontrarse cara á cara.» Resulta ese cuadro

moderno, dado el progreso jurídico de la solidaridad, como no hay precedentes históricos. Cuando el esclavo y el siervo vivían en situación legal; cuando el derecho democrático no estaba reconocido como institución popular; cuando no había ocasión de la publicidad que tienen ahora las costumbres; cuando no tenía la efectividad que está reconocida actualmente al régimen representativo. Así es que ha podido decir el P. Félix: «Cada vez se hace más imposible que los desgraciados acepten la miseria y la resignación con sus padecimientos.»

Por conveniencia propia y por decoro hay que preferir el encanto de la modestia, que fué mérito sobresaliente en Santa Cecilia y lo ha sido en otras santas mujeres. Y sin extremar el argumento, es sabido que bastante parte del bello sexo se encadena á la coquetería, despreciando los medios eficaces de que dispone la modestia. Este aspecto social abarca todo un problema, como ha podido decirse por un ilustre maestro en el Seminario Conciliar de Madrid. Que al fin es cierto que la ciencia ha de servir para convencer á las gentes de modo directo ó indirecto, á la manera que los rayos del sol influyen verticales ú horizontales sobre el planeta terráqueo. Después de todo, cuando son desoídos los consejos de la prudencia, no se hace más que caer en el error de la incredulidad. La incredulidad, de la que ha dicho el Sr. Zaragüeta: «La mejor respuesta al perpetuo clamoreo de la incredulidad se halla en la sólida orientación de la educación y de la instrucción eclesiásticas.»

Ahora no pretendemos que la Humanidad sea como aconseja el Kempis; que sea al pie de la letra de este libro hermoso.

El mismo libre albedrío no puede abdicar sus fueros, ni el carácter se deja suplantar en las distintas situaciones de la vida, ni puede haber paridad de motivos entre casos y casos diferentes, ni los tiempos consienten con distinto ambiente resultados idénticos, ni la gracia divina hace cesar automáticamente la influencia de las cosas humanas. Místicos y metafísicos reconocen el poderío de lo suprasensible; con fe acatan los misteriosos designios del Todopoderoso. Por éste pudo estar inspirado Nieremberger cuando quiso dar á conocer su *Imitación á Cristo*; pero no puede, no debe pasar desapercibido el peligro con que amenaza la *moda* cuando se ofrece como instrumento del lujo desordenado. Entonces las catástrofes son diarias en la persona, en la familia, en la sociedad y en todos los territorios civilizados.

• Anselmo Fuentes.

La reforma de la enseñanza

Ante todo, han de perdonarme ustedes si tengo la osadía de hablar en español.

No hace mucho que estoy en España, y no he tenido la suerte de poder estudiar bien el castellano moderno, este idioma encantador.

Después de haber tomado parte en este importante debate personalidades tan ilustres, nunca me hubiera atrevido á hacer uso de la palabra, de no existir varias razones.

Quiero con toda mi alma á España, y, por consiguiente, todo lo que pueda cooperar al adelanto de esta España querida me interesa profundamente. Y este debate me parece de tal transcendencia, que no puedo resistir á la tentación de exponer algunas ideas.

Muchos de los eximios señores aquí presentes han ido al Extranjero para estudiar los métodos de enseñanza en los diversos países; pero no es cosa fácil penetrar el sentido recóndito de ellos con estancia breve, y, por consiguiente, con estudio más ó menos superficial.

Yo soy extranjero, y precisamente suizo; he estudiado doce años en colegios y Universidades extranjeros. Al mismo tiempo he cursado un año en la inolvidable Universidad de Salamanca.

Otra nota poseo que debe tener bastante importancia, especialmente en casos como éste.

Si hay virtuosos natos, criminales natos (éstos en menor número), natos poetas y músicos, médicos natos, yo debo ser un nato amante del Universo entero, y que, por consiguiente, no tiene su corazón en un rincón de la tierra.

Mi espíritu no concibe las separaciones, y, no viendo fronteras, no tiene prejuicios de ninguna clase.

En cuanto á religión, soy del país donde todas tienen su asiento: hay judíos, protestantes, calvinistas, luteranos reformados, etc., etc., católicos romanos ortodoxos, viejos católicos nacionales, y así seguido. He estudiado con el sacerdote, con el pastor y con el rabino; he vivido en medio de todos ellos.

En todas las religiones he encontrado verdades y errores.

Si yo fuera Dios y diera á ustedes en este momento la verdadera religión, antes de salir de aquí ya estaría falseada.

Somos incapaces hasta de conservar la verdad. Ni siquiera sabemos conservar las obras de arte, los monumentos que nuestros antepasados nos han dejado. No queremos que la verdad brille. Necesitamos todavía las tinieblas para nuestros fines.

Así es que si hablo bien de los géneros catalanes, de los médicos españoles, etc.; si critico á la Medicina, á la educación, á los políticos, sacerdotes, etcétera, no es por catalanismo, por españolismo, por deísmo: es porque éste es mi parecer genuino, esté yo en lo verdadero ó en lo falso.

Además, esta discusión es de tal índole, que me permite presentarme, no

como docente, sino como alguien que expone pensamientos, dudas, objeciones á la consideración de ustedes, para que ustedes juzguen, ilustren, aclaren, y hagan desaparecer las dificultades.

Esto es como un laboratorio, un seminario, como dicen en Suiza, donde todos trabajan juntos en busca de alguna verdad oculta.

Acepten ustedes mi cariño para España; mis buenos deseos para su prosperidad material y moral, sobre todo.

Mientras asistía á las discusiones precedentes oí á menudo criticar de los que hablaban; esto me causó muy mala impresión.

Con la mayor insistencia ruego á ustedes que me interrumpan cada vez que lo estimen conveniente.

Hay que hacer todas las rectificaciones necesarias. Es preciso discutir hasta lo último.

De ninguna manera hay que ir adelante dejando atrás la duda.

La certidumbre ó, por lo menos, la hipótesis más sólida son indispensables.

Entremos en la discusión. Pero antes una aclaración. Se ha dicho y se ha escrito en los periódicos que se ha salido del argumento durante el debate. Esto es según los puntos de vista desde los que se considere la cuestión. Como varios de los ilustres señores que me han precedido, estimo que no es posible discutir el tema sin ensanchar sus límites.

¿Hay que suprimir la lista? No veo argumento serio para que continúe.

A causa de la lista muchos estudiantes van á clase, es verdad, entendiendo por la clase el local donde se da ésta. Los que van por la lista, durante las explicaciones leen novelas.

Cuando he sido obligado á asistir á una lección ó á una conferencia sin interés, siempre que he podido hacerlo, he sacado un libro para aprovechar el tiempo.

Los buenos profesores, y sobre todo los profesores que explican cosas necesarias, y que las explican porque son necesarias, estos profesores no necesitan de la lista: ellos son la mejor lista, pues atraen á los estudiantes. Cuando aquí se dan conferencias importantes, el salón está lleno; á otras conferencias no acude la gente ni pagándola.

¿Quién puede hacer penetrar ideas á la fuerza?... Todos ustedes saben cómo aumentó la fe en España por medio de la Inquisición, y el competentísimo Sr. Salillas nos podría decir si disminuye el crimen por medio de las cárceles.

¡Cuántos bienes con esta sencilla supresión! Habría menos estudiantes en clase, y sólo aquellos que tuvieran verdadero interés, los de ocasión, los únicos que podrían ser algo con el tiempo.

Los que asistieran estarían más á sus anchas, más tranquilos.

El profesor se hallaría junto á los que lo necesitan. Estos podrían estar más cerca de él, interrumpirle, pedirle explicaciones, hacerle objeciones.

Quisiera comunicar á todos ustedes la importancia que doy á esto.

Los jóvenes reunidos en una clase de esta índole serían buenos amigos, pues tendrían las mismas ideas, las mismas aspiraciones. Todos estudiarían y sabrían más, y el profesor podría ir más deprisa en muchos puntos. Por esta fraternidad, nadie temería ser importuno interrumpiendo al profesor; todos se atreverían á hacer objeciones, aunque en realidad no fueran muy pertinentes. De este modo las partes más difíciles é importantes serían explicadas mejor, comprendidas mejor. No se adelantaría en la obscuridad. Otra cosa capitalísima. El profesor se vería casi obligado á unirse á los estudiantes. La separación que existe en España entre el maestro y el discípulo no puede menos de llevar consigo efectos desastrosos.

El profesor tiene que vivir con el discípulo. Tiene que estar en contacto con él lo más posible. Una semana de esta unión vale más que un curso entero.

¿Quién no piensa en los tiempos de Sócrates, de Platón, de Aristóteles, de los peripatéticos?

¡Qué comercio de saber más íntimo aquél! ¡Cuánta sabiduría se propagó por él!

Hay más todavía. El profesor no pronunciaría discursos que cansan y no producen nada. Hablaría menos, pero diría más. Habría más diálogos. ¡Cuántos profesores temerían estos discursos! Estos diálogos, estos exámenes continuos que el discípulo haría al profesor obligarían á éste á profundizar su materia. El discípulo pondría siempre algo propio, y esto encariña mucho al estudio.

Un profesor malo no podría continuar. Este contacto acabaría por serle imposible; y si quisiera insistir, su clase quedaría desierta, y entonces, por falta de oyentes, se suprimiría el profesor. Y he ahí cómo la misma causa suprimiría la lista y haría desaparecer á los malos profesores.

Los exámenes

Hoy día no me parece posible suprimirlos completamente; pero sí necesitan modificaciones.

El profesor que ha estado todo un curso con sus discípulos, como antes he dicho, sabe perfectamente cuáles pueden pasar adelante, y cuáles no.

Y un examen á fines de curso, por un tribunal competente, se entiende, no parece tan mal. Pero entendámonos. Un examen de las cosas importantes, de las indispensables. De éstas el examen debiera ser rigurosísimo, no en la forma, sino en la substancia. Es decir, que el examinando diera á comprender claramente que ha penetrado el espíritu de la materia en él.

Nada de definiciones ni de adornos; no solamente en los exámenes, sino también durante el curso no se debiera ni siquiera hablar de todo aquello que no es estrictamente necesario. Demasiado hay que aprender sin añadir cosas inútiles y vacías.

Esto es de gran importancia.

Al final de la carrera, otro examen general; pero también aquí repito: exigir poco, pero este poco profundamente.

Sobran los que todo lo saben, pero mal. Hace falta gente que sepa lo necesario, pero en toda su plenitud.

Es imposible saber todo lo que se exige hoy día. Ningún estudiante serio teme los exámenes que yo indico. Siempre está dispuesto á sufrirlos.

Y llegamos á los profesores.

Es muy difícil ser un buen profesor, y, por tanto, los buenos profesores son raros. Hay, pues, que contentarse con escoger entre los malos los que lo son menos. Creo que hay demasiado profesorado, mejor dicho, que sobran cátedras. ¿Me explico? Hay materias que no son bastante útiles; hay otras que no tienen estudiosos, por lo menos en ciertas Universidades. En Salamanca yo era el único estudiante en Filología española; en Griego y en Sánscrito no tenía más que un condiscípulo, que cursó más bien para serme útil.

En la Central misma, y teniendo como catedrático al nunca bastante alabado Ramón Menéndez Pidal, ¿cuántos alumnos tiene la clase de Filología castellana? Y eso que es obligatoria.

Que se supriman, pues, muchas cátedras. Con los sueldos de estas cátedras aumentese, y más todavía, el sueldo de las necesarias.

Ustedes no pagan bastante al profesorado, aunque hay profesores que no merecen explicar ni pagando ellos al Estado.

Un profesor estudioso necesita tener las menos posibles preocupaciones materiales.

Siendo solamente catedrático, no se puede vivir en Madrid.

En casos especiales el Estado no tendría que ofrecer un sueldo al catedrático, sino que éste debiera manifestar lo que necesita.

Los quinquenios no los estimo justos. Hay profesores á quienes habría que disminuir el sueldo de tanto en tanto. A otros podría doblárseles después de un solo año de explicar.

Hasta mejores tiempos soy partidario de las oposiciones. En la misma Suiza quizás fueran útiles.

En las oposiciones también habría que exigir mucho más y mucho menos.

Nada de charlas, de gente que nunca acaba de hablar, sin decir nada.

Gente sólida, vasta de horizontes; pero en las grandes notas, no en las nimiedades, en los adornitos.

A todo profesor serio repugna siempre tener que estudiar cosas que son inútiles, y sobre todo para unas oposiciones. Mientras que en todo tiempo está preparado en las cosas de real importancia. Sobre esas materias está siempre estudiando, y cada día profundizándolas más.

Además, se debiera tener muy en cuenta la vida anterior del opositor: su carrera, sus aptitudes, trabajos, etc.

Siempre existirían dignos catedráticos que, sin embargo, no saldrían brillantemente de unas oposiciones.

Es inútil que diga cuáles debieran ser los jueces.

Y ahora, á cosas más vastas.

En general, me parece que los profesores españoles no tienen buenos métodos de enseñanza.

Muchos enseñarían bien; pero los reglamentos se lo impiden.

Los verdaderos profesores necesitan la libertad más completa.

Los programas son siempre dañinos.

Se les obliga á explicar demasiadas cosas. Siempre vuelvo á lo mismo, ¿verdad?

Un buen profesor tiene que preparar sus lecciones. Hay que dejarle tiempo para prepararlas. ¿Quién no comprende que vale más una lección bien dada que una semana de oratoria? Además, los discursos cansan á los estudiantes, por serios que sean. Esto tiene, en fin, la ventaja inmensa de dar tiempo al discípulo para estudiar en su casa; estudio indispensable, insustituible, diría casi más necesario que el profesor.

¿Qué sería de mi vida intelectual si no supiera más que lo que mis profesores me han enseñado!

Pocas lecciones, pocas lecciones. Habrá mejores explicaciones y mejores oyentes.

Otra vez digo que el profesor tiene que ser menos catedrático y más padre, más amigo, ¿qué diría yo?, más compañero. No vale nada tanto como tú á tú con los discípulos, como este trabajo juntos.

No me parece bien que los extranjeros no puedan concurrir á las cátedras españolas.

Aun siendo patriota, hay que aceptar todo lo que pueda ser útil á la Patria. Los que pierden son ustedes.

Naturalmente: á paridad de méritos, que se prefieran los españoles.

Además, el contacto con profesores de espíritu diverso me parece excelente. Los matrimonios de parientes llevan á la esterilidad.

No es cierto lo que aquí se ha dicho de que en el Extranjero no se admiten profesores españoles. En la Universidad de Suiza he tenido como profesor á un dominico de Avila, así como á profesores italianos, franceses, alemanes, ingleses, etc.

Es un motivo de orgullo para las Universidades suizas tener lo mejor de todos los países.

Debido á este solo hecho, yo creo que en ninguna Universidad del mundo hay un espíritu igual al de dicha Universidad.

Además, la lucha noble del saber sería más vasta, más intensa, más llena de vida.

Creo también que faltan auxiliares para algunas cátedras.

Es casi superfluo hablar de la importancia del material científico, especialmente en Medicina.

A no ser posible la adquisición de éste, es preferible suprimir alguna cátedra de provincia, para invertir aquel dinero en la misma asignatura de otra Universidad.

En Medicina sobre todo es esencialmente necesaria la enseñanza práctica. De la clase debiera el estudiante pasar al laboratorio, de éste al enfermo, y del enfermo al estudio de su casa.

En Suiza se pagan cantidades bastante elevadas para tener derecho á los laboratorios.

Nada, absolutamente nada puede sustituir á esta enseñanza directa. Sin ella no hay verdadera enseñanza.

Todas las ciencias deben su vida y su origen á las experiencias.

En Medicina especialmente no puede existir, no diré la certidumbre, ni la misma probabilidad, á no estar fundada en una serie más ó menos extensa de hechos, de casos, de ensayos, de tanteos bien orientados y mejor analizados.

¿Qué sería de la ciencia si la Humanidad no hubiera abandonado los métodos empíricos, teóricos, de los antiguos, de la Edad Media, de Santo Tomás y sucesores?

Las experiencias tienen además la ventaja inmensa de atraer la atención de los estudiantes.

Descomponer los cuerpos y formar otros diferentes, medirlos, pesarlos, les interesa grandemente. Encontrando cada uno en estas experiencias su personalidad, sus facultades inventivas, siente íntimamente su colaboración para el progreso, y resulta incomparablemente sugestiva y de efectos maravillosos.

Los locales dejan mucho que desear. Y los locales no tienen poca importancia. No solamente por la higiene y, por consiguiente, por las energías físicas que pueden sustraer ó aumentar en los estudiantes, sino también en el orden moral.

Un local grande, lleno de luz, de sencilla elegancia, de perspectivas vastas, influye grandemente en los ánimos.

Las escuelas nuevas suizas se construyen todas con la más severa elegancia y *confort* posible. Siempre en medio de la Naturaleza.

Desde las Universidades de Berna, Zurich, Lausanne, Neuchatel, Friburgo, etc., se goza de panoramas encantadores.

Otra cuestión

¿Hay mejores profesores en Suiza, ó en España?

Aquí es preciso distinguir. Todas las Universidades suizas tienen algunas personalidades científicas conocidas que les cuestan muy caras. Casi todos los profesores suizos saben muy bien su materia, que es, sin comparación, más limitada que aquí. Todos tienen métodos perfectamente estudiados y reconocidos como la última palabra en Pedagogía. Ventaja tan grande, que más no cabe. Todos tienen los medios para enseñar mucho mejor que aquí sabiendo menos. Las clases raramente son numerosas, á excepción de los grandes cursos de Literatura y de Historia.

En los innumerables seminarios (laboratorios) el número de discípulos es muy limitado. En estos seminarios los profesores suizos son grandes maestros.

En general, si prácticamente los profesores suizos como pedagogos son superiores á los españoles, en cuanto á inteligencia é intuición ustedes les aventajan en mucho.

En Salamanca he encontrado excelentes profesores; y Ramón Menéndez Pidal y Menéndez Pelayo, en mi especialidad, no tienen rivales en mi país.

Se ha afirmado aquí que en el Extranjero no se conocen los profesores españoles. Con rarísimas excepciones, esto es cierto. Pero si no se habla de ello es por varias razones.

Cuando tuve que ir á Salamanca á causa de mi doctorado para estudiar allí Filología española, tenía una idea pésima de los españoles. Me figuraba que me encontraría allí con el último grado de cultura.

Pocos, poquísimos son los extranjeros que tienen una idea mejor de la que yo tenía de ustedes.

No hay duda; á los españoles no se les conoce fuera de España. Así es que *a priori* decimos que no son capaces de trabajar, y, por consiguiente, de hacer algo.

Con estos precedentes es fácil comprender cómo no se estudia, ni siquiera se lee, lo que sale de España.

Además, ustedes no saben hacer los reclamos, y los reclamos valen también en esto. Ustedes no presentan bien las cosas.

Pero estimo que quizás la razón capital estribe en lo siguiente: que el estado físico-psíquico actual de España no ha permitido todavía en general á ustedes empaparse bien de la nueva orientación científica, única capaz de hacer adelantar las innumerables especialidades.

Faltan especialistas, falta gente que trabaje toda su vida en buscar nuevos cráneos en Sierra Nevada, nuevos monumentos escondidos; en estudiar los órganos sexuales de bichitos microscópicos; qué y cuánto tendrían que conocer los estudiosos españoles; la historia del habla de una pequeña región española desconocida, etc.

Actualmente lo que interesa conocer son pocos datos; pero nuevos, ciertos, científicamente probados, que aumenten el capital científico. Hay que ser particularista, no salir ni un paso del sujeto tratado; hay que tener de vista un rincón limitado del saber. Y para esto es preciso tener nervios de hierro y una gran voluntad.

De repente es imposible entrar como grandes luminares en el nuevo derrotero científico.

En cuanto á los estudiantes podría repetir las mismas observaciones. Estoy persuadido de que si ellos tuvieran todos los medios de que nosotros disponemos, y, sobre todo, trabajasen con tanta constancia, no tardaría España en ser la primera nación europea en el orden intelectual.

- No me cabe duda; á los estudiantes españoles se les exige demasiado.

Es imposible tener una idea clara de tantas cosas diferentes. Los genio

universales son raros. Aquí no se puede ser estudiante serio. Nunca me hubiera yo atrevido á hacer mi doctorado de Filología en España.

Es de todo punto imposible para mi inteligencia limitada abarcar de una manera útil tantos conocimientos; conocer las reglas de sánscrito, de griego, de latín, de árabe, de lenguas indogermánicas, etc., etc.: sería cosa pueril, si no fuera altamente funesta.

¿No sería mejor saber muy bien francés ó alemán que tener una vaguísima noción de latín, de griego, francés, alemán, inglés y de qué sé yo?

Sobran, pero muchos, estudiantes de segunda enseñanza y de enseñanza superior, obligándoles á conocer profundamente todas las materias indispensables para una carrera; sería una selección providencial.

Pocos son en todo país, y en España especialmente, hasta ahora por lo menos, los que pueden profundizar, y éstos son los únicos que debieran continuar los estudios superiores.

Queda la cuestión religiosa

Todas las religiones son tan sagradas ó tan ridículas, que no hay ni siquiera que nombrarlas en la enseñanza. Que existan cátedras de Religión, y que á ellas acudan las personas interesadas.

En caso de que algún dogma de una religión positiva se opusiera al progreso de la ciencia, como ocurrió con el budismo y otras religiones en lo que toca á la anatomía, por ejemplo, no habría que admitir nada más que lo que la razón humana indicara.

Otra cosa completamente diversa es la enseñanza de una moral natural.

Es preciso entendernos en moral. Son, por consiguiente, indispensables estudios sociológicos de este género y cátedras *ad hoc*.

No basta ser moral; es necesario que los demás estén conformes con nuestra moralidad. Yo puedo creerme un ser moralísimo, y ser perverso y nefando para los demás.

Es inútil que lleve ejemplos de discrepancia en este orden. Yo estimo crimen el patriotismo, gastar corsé, vivir como vivimos y otras muchas cosas. Antes la moral creía ser necesario ir vestido; ahora, con los antiguos griegos, pienso que es mejor ir desnudo, *et sic de coeteris*.

Que yo crea ser lícito robar á los que tienen de sobra y no lo hacen fructificar, no es cosa que pueda ser indiferente á la sociedad. Es la moral de más importancia que todo lo otro.

No hay que admitir educador que sea inmoral; pero hay que estar conformes en una moralidad.

Pero lo hasta aquí expuesto me parece de menor transcendencia.

Si en instrucción pública se hiciera todo lo que acabo de indicar, si de

repente España se volviera rica y decretara para instrucción un presupuesto superior á cualquiera otra nación, la educación, ciertamente, adelantaría algo, y de los jóvenes paupérrimos de hoy, y por consiguiente incapacitados para el estudio, saldría algún hombre ilustre.

Pero el lamentable estado actual, según mi más arraigado parecer, *obedece* á causas mucho más hondas y poderosas.

¿Quién podrá dudar que sobran en España los que tienen medios materiales para alcanzar los más altos puestos del saber, y, sin embargo, no llegan ni al zaguán?

El alma, de no ser una entidad idéntica con el cuerpo, depende de éste en modo tal, que más no cabe.

Cualesquiera que sean sobre este punto nuestras ideas, el alma resulta siempre ser una forma íntimamente unida al cuerpo y ligada á él en todas sus manifestaciones.

Las eminencias católicas, con Santo Tomás á la cabeza, nos aseguran que el alma depende del cuerpo hasta en sus actos más espirituales, en los razonamientos puros.

Así, pues, es fácil comprender la importancia capital que tiene la perfección física en todos los órdenes psíquicos.

En España la cultura física está á un nivel tan bajo, que cada vez que pienso en ello me entristezco profundamente.

Todo español que sienta algo de amor para su patria debe trabajar con todas sus fuerzas para que desaparezca esta incultura.

Es indispensable, de todo punto indispensable, luchar contra todas las doctrinas, vengan de donde vengan, que hayan producido y mantengan este estado. El cuerpo es un templo sagrado que tenemos que respetar.

Si el cuerpo es lo que nos puede inclinar hacia una mala pendiente, es, por otra parte, por el que el alma puede aspirar al saber y al cielo.

¿Quién puede dudar que faltan en España las energías físicas? ¿Cuánta fuerza de voluntad hace falta á los españoles para dedicarse años y años, por ocho ó diez horas al día, al estudio de una materia cualquiera?

Solamente un ejemplo: en este mismo tan ilustre Ateneo en invierno hay una temperatura de 22 grados; 14 grados no bastan para cuerpos donde la sangre no circula.

La atmósfera está impregnada de humo, que la hace insoportable. Se hace uso grandísimo de tabaco, de café, y bastante de alcoholes. Es que las naturalezas son débiles y necesitan de estos excitantes. En el Ateneo se encuentra poca fuerza física, pocos cuerpos proporcionados. El cansancio se nota en la expresión de muchos.

Así no puede haber amor á la lucha.

Si los suizos fuesen tan débiles, estarían todavía muy atrasados en cuanto á cultura.

Si en el estudio se encuentra el abatimiento físico, necesariamente se acabará por huir de él. El trabajo intelectual no debe cansar.

En España, por estas razones, quizás pueda ser cierto en algunos casos lo que asegura Lombroso de que el genio y la locura se confunden.

Personalmente podría citar ejemplos.

Pero hay españoles que también tienen el don inmenso de la salud, que no han heredado la debilidad de sus antepasados, agotados por una sobrada, insuficiente ó mala nutrición, ó por otras causas, que aun con la más envidiable salud no alcanzan nunca nada.

Señores, lo que falta en España es un ambiente.

En Inglaterra y en Alemania no se mata con cuchillo, porque el ambiente es contrario á esta manera de hacer desaparecer á los hombres de la tierra. En Grecia eran artistas porque todo respiraba arte. En Suiza no hay mendicidad porque nadie la aguanta; los suizos se acuestan y levantan temprano porque así es la costumbre; el suizo es alpino porque todos lo son; por todas partes reina la limpieza, porque han nacido en medio de ella, y lo sucio les repugna. En todo, y especialmente en las viviendas, buscan las mayores comodidades posibles. El que está acostumbrado á las comodidades no se aviene á vivir sin ellas.

Todos protestan si hay una mala carretera, si un tren llega con retraso, si á las ocho de la mañana no se recibe la correspondencia del primero de los cuatro ó cinco que hay.

El que no trabaja, el que no produce, no puede vivir en Suiza, por rico é influyente que sea. Así como en otros países la alta sociedad aristocrática no admite en su seno á la inferior, ni ésta á los burgueses, y así seguidos, ni las dos primeras á ninguno que tenga la mala suerte de ser médico, ó que médicos cuente entre sus antepasados; así como en España los títulos, el dinero y las influencias tienen un poder inmenso, en Suiza, en la democrática Suiza solamente hay una nobleza, solamente hay un título; el título entre todos, el más noble: el de trabajador. Al holgazán no se le admite por ninguna parte; todas las puertas le están cerradas. Se le rechaza, se le desprecia como á un parásito, como á un ser inútil que no tiene derecho á vivir. Allí es verdad lo que dice la Sagrada Escritura: «El que no trabaje, que se muera.»

En Suiza se trabaja porque todo respira labor material y moral, todo habla de energía. No hay bosque, no hay cuerpo que se queje por falta de cuidado. Las montañas están perforadas, y en las altísimas cumbres se encuentra el ferrocarril y grandes hoteles. La mano del hombre se observa por todas partes, y no hay rincón que no fructifique. Desde las entrañas de los padres, desde el pecho materno brota vivificador el instinto del trabajo.

Por eso no hay vagos allí.

Yo creo que nada impresiona tanto al forastero observador que acaba de llegar á Suiza como el orden que allí se manifiesta por todas partes, del modo más perfecto.

Las generaciones antecedentes debieron darse cuenta exacta de las ventajas inmensas del orden. Pero ahora ya no se razona en Suiza sobre la impor-

tancia del orden. Este ha llegado á ser una segunda naturaleza, un sentimiento. Es por la sangre, que corre; es por la sangre, que se siente.

En aquel país es de todo punto imposible salir del orden. Sería una anomalía tan grande, que chocaría á todo el mundo.

Suiza es como un gran ser superior admirablemente perfeccionado, y que, por consiguiente, no puede soportar ni por un momento el desorden de uno de sus miembros, por inferior que sea.

Pero, en fin, en Suiza el alma que todo lo engendra, que todo lo hace progresar y perfeccionarse, el ser inefable que palpita doquier, es el sentimiento del deber. En este sentimiento, señores, se encuentra todo el problema de la educación española y, por consiguiente, de toda reforma.

Este es el ambiente que hay que crear. Y este medio ambiente tiene que salir de ustedes.

Magistralmente lo ha dicho el Sr. Madinaveitia: «Somos nosotros, uno por uno, personalmente, los que tenemos que obrar la salvación.»

Después de habernos perfeccionado á nosotros mismos física y moralmente, propaguemos estas ideas santas por todas partes, en toda ocasión: aquí y en los salones de charla de este mismo centro, en casa y en la calle, en la ciudad y en los pueblos.

Que nuestros hijos, nuestras familias, nuestros amigos, todos los que nos rodeen, sientan emanar de nosotros la llama redentora.

Que toda nuestra vida, que todas nuestras acciones sean como una *cantiga* al ideal.

A esto personalmente lo debo todo. A mi corazón, á mis creencias, á mi fuerza física, á mis energías, á la idea de que es un deber sagrado cooperar á la redención material y moral de la Humanidad, que el bien de los demás es el bien mío, y que los sacrificios por la comunidad son el mayor de mis bienes.

Alejandro Canetti.

REMANSO DE DOLOR

XXII

(Si el lector se encariñó con este registro de dolores que atrás queda expuesto, y tal sucedió si tuvo la paciencia de llegar hasta aquí, sería defraudar sus esperanzas dejarle plantado á la puerta del cuarto de San Román.

Pero es el caso que el librito de notas que San Román escribiera termina en lo que antecede, y precisamente cuando empezaba á no ser necesaria la correspondencia amorosa. De modo que á un tiempo mismo quedan cortados los dos hilos de nuestra información.

Con la misma pluma que escribimos los capítulos antecedentes escribiremos los consiguientes, dando guardas al *memorandum* del protagonista de este novenario. Y si á pesar de ello no hemos presentado un asunto redondo, tal como lo ordenan las pragmáticas novelescas, será porque hicimos labor de ensayo, y no tuvimos tiempo de rellenar las aristas del trozo de vida que hemos copiado.)

La promesa de tormenta que durante todo el día se cernió en el cielo cumpliése á la hora en que la tierra entró por la obscura vereda de la noche. Cayeron las aguas copiosamente, retumbaron los truenos de monte en monte, y los relámpagos persiguiéronse zigzagueantes sobre la cúpula sombría de los cielos.

No era necesario tanto estrépito para que San Román no durmiese. El nervosismo en que le mantenía su partida hubiérale hecho por sí solo perder el sueño, aun sin la ayuda de la tempestad. Su cuerpo descansaba sobre el lecho; pero sus ojos permanecían abiertos, precisando cuanto le rodeaba en los segundos que el relámpago iluminaba su estancia colándose por los ventanos sin apestillar.

Primero la tormenta fué una distracción para su desvelamiento, esperando tras el fogonazo del relámpago la descarga del trueno, comparando mentalmente su fulgor y duración. Pero después, al ver que la tormenta prolongábase más de la cuenta, comenzó á impacientarse, temeroso de que por su causa fuese necesario suspender la marcha.

Porque... ¡quién se ponía en viaje con aquel tiempo á las cuatro de la mañana y para seis horas de coche! Era para pensarlo, después de haber conseguido en Termas una victoria sobre el mal tan positiva como la suya.

San Román se revolvía entre las sábanas atormentado por aquella incertidumbre, y cada relámpago que expandía claridad en el cuarto era una espina que se le clavaba en el corazón de su impaciencia. Así fué remontando la cumbre de la noche para descender por la vertiente de la madrugada, hasta llegar á la hora de la salida.

Bastante tiempo antes comenzaron á vestirse los viajeros á obscuras, aprovechando para encontrar sus prendas los sucesivos lampos de los relámpagos. Sin duda por causa de la tormenta había parado sus máquinas el molino cer-

cano, donde se producía la energía eléctrica que daba luz al balneario, y era inútil hacer girar la llave del interruptor.

Impacientes, y con objeto de que les procurasen otra clase de alumbrado, hicieron sonar el timbre para llamar á la servidumbre. Pero pasó el tiempo sin que acudiese nadie. Era necesario conformarse con el alumbrado de la tormenta, á falta de otro mejor.

San Román ya pensaba en si la diligencia habría partido sola sin esperar á los dos viajeros, cuando creyeron sentir pasos en el patio. Efectivamente; á poco una mano golpeaba en la puerta.

—¿Quién es?—preguntó San Román.

—Que si puedo bajar el baúl al coche—contestó una voz recia desde fuera.

—Pase usted, que ya está cerrado—dijo el viajero abriendo la puerta de la habitación.

—Pero... ¿están ustedes á oscuras?—preguntó sorprendido el mayoral.

—Sí, señor; como los buhos. Hemos llamado; pero ¡que si quieres!: nadie nos ha hecho caso.

—¡Esas criadas!...—prorrumpió el hombre de la tralla, que se alumbraba con una cerilla. Y salió pasillo adelante para porracear en la puerta de sus cuartos. Volvió á los pocos minutos trayendo un quinqué en la mano; pero al ir á encenderlo, resultó que no tenía petróleo.

—¡Míá no le dé una patada á este chisme!—exclamó el hombre después de aproximar inútilmente un par de cerillas á la seca torcida.

—No se impaciente usted—dijo la madre de San Román—, que ya bajaremos con cerillas.

—Le advierto á usted que sería el segundo que rompía...

—¡Cómo!

—Sí; al ir á coger uno de los que hay colgados en este pasillo, se me ha ido al suelo. Pero ¡que se fastidien!—dijo el mayoral.

Y, alumbrados con cerillas, dirigiéronse como en procesión á lo largo del pasillo, seguidos por el mayoral, que llevaba el pequeño baúl sobre los hombros.

Al pasar por el cuarto del señor Manuel observaron que había luz.

—¡Hasta la vista, señor Manuel!—susurró San Román por el ojo de la cerradura.

Y poniendo allí el oído, escuchó una voz bronca que le contestaba:

—¡Adiós, amigo; buen viaje!

Después de dar vueltas y más vueltas por el oscuro pasillo llegaron á la escalera y comenzaron á bajarla en busca de la salida. En el patio estaba el administrador adormilado; y á poco, mientras los viajeros esperaban á que cargasen los bultos y enganchasen el tiro, llegó una de las criadas envolviéndose en una toquilla que le cubría el pecho. Traía más sueño que si llevara una semana de velar á un enfermo.

Necesitábase estar impulsado por la ansiedad que á San Román empujaba para emprender el viaje con aquel tiempo. La tormenta de truenos y relám-

pagos había cesado; pero el agua seguía cayendo con la misma implacable furia; la carretera, después de tan continuado aguacero, estaría transformada en un río, y la humedad, que se enseñorearía de todo, podría muy bien ser causa retroactiva de su mejoría.

Fué preciso encajonarse en el estrecho vehículo parado delante del balneario. Desde la puerta, y bajo la luz desmayada de un farol que sacaran de la caballeriza, el administrador y la muchacha despedían á los viajeros: San Román, su madre y un viajante llegado la noche anterior de Pamplona.

—¿Estamos?—gritó desde la delantera la voz destemplada del mayoral.

—Ya puedes arrear, Manolón—replicó desde la puerta el administrador.

Restalló el látigo, que apenas hizo ruido con sus cuerdas húmedas, crujieron los ejes, y las ruedas comenzaron á girar, abriéndose camino entre los barrizales y lagunajos de la carretera.

—¡Adiós, adiós!—gritaban en la puerta del balneario agitando los brazos. Y la enorme mole negra del establecimiento empequeñecíase á medida que se alejaban de ella, destacando los vidrios alumbrados de una sola ventana, la del cuarto del señor Manuel, como el ojo de un cíclope.

Empañados los cristales de las alzadas ventanillas, era imposible divisar cosa alguna á su través. Los muros de adobe de unas corralizas que dejaban á la siniestra mano eran imprecisables en la brumazón nocturna, y la anchura del valle por donde el río corría extendíase á la derecha incierta y vaga como un mar de nubes. La inmensa cortina de agua que por todas partes colgaba agitábala el viento, ora hacia un lado, ora hacia el otro, según la dirección de sus violentas ráfagas. Las pobres bestias del tiro, azotadas por la lluvia, sostenían un trote uniforme, arrastrando el pesado armatoste de la diligencia bajas las orejas y humillada la cabeza para hurtar los continuos cabrilleos de la tralla, que el mayoral hacía cruzar sobre sus magros costillares.

Las primeras horas del viaje fueron silenciosas y largas. La desolación de aquella fría madrugada parecía aplanar el espíritu de los viajeros, quitándoles toda gana de charla. San Román y su madre, colocados en los dos extremos de uno de los asientos, sólo pensaban en cerrar los ojos, adormeciéndose con el movimiento del coche. Acaso el sueño les hubiese atrapado; pero el frío se les subía piernas arriba, haciéndoles de tiempo en tiempo removerse y patalear sobre las tablas del suelo. Sus patadas daban en blando: un saco de paja que habían echado antes de salir; pero cuando en una de las paradas vinieron á buscar el saco para mezclarlo al pienso de las caballerías, resultó que la paja estaba húmeda y el saco chorreando agua.

—¡Vaya un felpudo!—prorrumpió molesto el viajante. Y la madre de San Román, al enterarse de aquel desafuero, hubo de exclamar toda compungida:

—¡Dios quiera, hijo mío, que no te cueste cara tanta humedad!

La lluvia había cesado. El crepúsculo fué ganando el paisaje sin darse cuenta los viajeros, alboreando en Oriente un día gris. Por eso San Román no pudo contemplar la salida del sol, que tan hermosa hubiera podido ser en

aquellas extensiones de colinas escalonadas que domina el enhiesto caserío de Verdún. Poco á poco el nublado se fué disipando, la espesa cortina de la noche se fué aclarando, hasta que unos kilómetros antes de llegar á Jaca rompió el sol la barrera umbrosa que le detuviera y lanzó sus rayos á vagabundear sobre las aguas del Aragón, esmaltando los tonos del paisaje hermoso y bravío de la montaña aragonesa.

Corría entonces la carretera pegada á los montes bien poblados, defendiendo la seguridad de la marcha el murallón del río. Abrióse luego un poco más el camino que la diligencia seguía; los montes se echaban á un lado, dejando más espacio á la campiña; el río alejábase de la carretera, y á uno y otro lado de ella largas filas de copudos árboles daban guardia al viajero, señalándole la ruta de la capital jacetana, cuyas torres comenzaban á destacarse en la lejanía.

San Román, aprovechando la escasez de viajeros, en la última parada ocupó un asiento en la delantera, y allí fué hasta parar en Jaca, en donde sus parientes, al abrazarle, hubieron de advertir asombrados los grandes progresos de su mejoría, el feliz resultado de la novena en Termas.

Pocas eran las horas de que San Román y su madre disponían para visitar la ciudad de los condes de Aragón. Cansada por el ajeteo del viaje, la buena señora prefirió permanecer encerrada en la casa de sus parientes y dar por vista la ciudad. No así San Román, el cual, después de entrar á que le afeitasen en una peluquería bajo los soportales, frente á la catedral, dió algunas vueltas por distintas calles y pasó revista á paso largo á las bellezas de la ciudad, lamentando no poder dedicarles más tiempo.

Su catedral bizantina, guardadora de reliquias tan valiosas como el cuerpo de Santa Orosia, el portal plateresco y las ventanas de las Casas Consistoriales, su torre del Reloj y las edificaciones de sus calles, en las que suelen encontrarse con mucha frecuencia rastros bizantinos, góticos ó platerescos, conquistaron el ánimo de San Román, haciendo nacer en él el deseo de volver en otra ocasión y con más tiempo á contemplar tantas bellezas como allí encontraba reunidas. Además, la temperatura era tan agradable, que convidaba, ciertamente, á quien no tuviese tanta prisa como él. Por eso fueron inútiles los ruegos de sus parientes para que se detuviesen hasta el siguiente día.

Comieron temprano, y cerca de la una condujoles un ómnibus á la estación para tomar el tren de Zaragoza, en cuya ciudad penetraban al anochecer del mismo día, después de un viaje sin ninguna clase de accidentes.

XXIII

Domingo. En la calle hay un triunfo de sol. Cuanto los ojos contemplan refulge con brillantez de oro, y en los cristales de unos miradores que se encaraman al cielo en el chaffán de una hermosa construcción moderna, los ojos se aquietan un instante, sintiéndose desvanecer borrachos de luz.

San Román se cruza con gentes endomingadas, que ve pasar distraído. Horteras apresurados que buscan el solaz del café, sirvientas recién compuestas que se dirigen al encuentro del novio, estudiantes que salen del estanco mordisqueando descomunales vegueros, soldados de caballería que marchan á grandes zancadas haciendo sonar las espuelas y el sable. Acogido á una sombra, un guardia municipal de caídos mostachos pasea indolente, estirándose la incomodidad de los guantes blancos que previene el reglamento.

Acaba de estar en el café San Román entre sus amigos, los cuales han celebrado con alborozo su mejoría, saludando en él al muerto resucitado. Ahora se encamina á casa de su novia, y es tanta su prisa, que, más que andar, parece que va corriendo.

Refulge en el fondo de la calle la gran cúpula de la catedral, con su barandilla circular en la linterna y su ventanal redondo sobre el inclinado tejadillo. Pero San Román no confronta el *todo está igual* del camino que sigue; no piensa más que en la personita á quien va á ver con tanta impaciencia como deseo.

Desde lejos distingue los balcones, y agradece que no esté en ellos. Quiere ver de cerca la carita sonrosada, los ojos alegres, los labios enrojecidos por la emoción del encuentro, la sorpresa de la mejoría alcanzada. Al cruzar la calle marcha tan ensimismado, que casi le roza un milord que marcha silencioso sobre sus llantas de goma. No es extraño. Su espíritu está todo en el instante de la presentación.

Sube los escalones de dos en dos, y cuando el dedo va á posarse en el timbre tiene que detenerse un instante para tomar aliento. Su corazón siente una opresión de congoja y sobresalto. Llama, tardan en salir á abrirle, y cuando abren aparece sonriente, cariñosa, la bien Amada, como si le hubiese sentido tras la puerta. El afán de muchas palabras se traduce en silencio; las manos, unidas, no saben separarse; y aquello se hubiera prolongado desmesuradamente si no acierta á llegar á tiempo la demás familia.

Todos proclaman su mejoría; pero la que sin decir nada no se cansa de mirarle es, naturalmente, la damita de sus pensamientos, encantada y satisfecha por la transformación operada.

Hecha tertulia, San Román suelta la lengua y habla por los codos. Claro está que los lectores saben tan bien como el que esto escribe lo que el viajero pudo contar de su estancia en Termas.

—Á propósito—dice el papá de la novia—: ¿estaba usted todavía al ocurrir la desgracia que hoy trae el *Diario*?

—¿Qué desgracia?—exclama todo sorprendido el mozo.

—Toma...; pero ¿es que no ha leído usted la noticia del corresponsal?—vuelve á preguntar su futuro suegro.

—No, señor; nada he leído—contesta el futuro yerno, ansioso por conocer de qué se trata.

—Pues un bañista del establecimiento que se ha suicidado en su cuarto.

—¿Don Manuel Montesa?—grita más que pregunta San Román.

—Sí, así creo que dice llamarse el suicida.

Los ojos de San Román se abren de tal modo, que todos creen que va á darle algo. La noticia ha sido para él como una bofetada en pleno rostro. Cuantos le rodean acércanse extrañados.

—Pero ¿qué te pasa, Carlos?—pregunta la novia toda compungida, á punto de soltar el trapo.

—¿Se pone usted malo?—añade la madre acercándose.

—No, si no es nada—exclama el joven balbuceando—. Es que ese pobre hombre, ese desgraciado don Manuel Montesa fué mi compañero en Termas desde mi llegada y habíamos simpatizado grandemente.

—Pues vea usted: aquí da cuenta del suceso el corresponsal del *Diario*—agrega el dueño de la casa entregándole el periódico y señalando el lugar de la noticia.

Efectivamente; San Román, una vez repuesto, pudo leer lo siguiente:

«*Suicidio en un balneario.*—Serían las seis y media de la mañana cuando el señor juez de Termas fué avisado por la pareja que queda de noche en el balneario de que en el mismo había puesto fin á su vida uno de los bañistas.

• Personado en el lugar del suceso en compañía del actuario y del alguacil, encontró en uno de los cuartos el cadáver del desventurado suicida, que presentaba una herida penetrante en la sien derecha. La bala se había alojado en la masa encefálica, y la muerte, según el dictamen del médico del establecimiento, que examinó el cadáver delante del juez, debió ser repentina.

• Según los documentos que se encontraron en los bolsillos del muerto, su nombre era Manuel Montesa y Azagra, natural de Lerma, provincia de Burgos, y con residencia en la capital de Aragón.

• El suicida no dejó carta alguna por donde pudiera deducirse el porqué de su trágica resolución; pero según las declaraciones del médico del establecimiento, que tuvo largas conversaciones con él durante los días que allí permaneciera, su carácter concentrado en melancolía y su dolencia incurable debieron de ser las causas de su postrera determinación.

• El Juzgado levantó el cadáver, dándole sepultura en el cementerio de este pueblo.»

El periódico no decía más, ni más necesitaban los lectores para saciar esa voracidad salvaje de las gentes que se deleitan leyendo desgracias; para ellas aquel desgraciado que ponía fin á su vida en el cuarto de un balneario no era más que un polichinela que en un gesto trágico consumía la última pirueta de su vida. Para San Román, que conocía su historia de dolor, su odisea de enfermo y su abandono de olvido; que había escuchado sus quejas y recogido sus lamentaciones en aquellas entrevistas de los últimos días, en aquellas charlas que tuvieron algo de testamento; y que, sin creerlo tan cierto, había visto vislumbrarse en el fuego de sus miradas el impulso suicida germinando en lo hondo de su cerebro y por el aliento fecundante de las palabras dolientes y crudas del médico, la desgracia de aquel pobre hombre sacudía su corazón como si se tratase de uno de los suyos.

Habían sido hermanos en el dolor durante algunos días, habían entretejido sus vidas comunicándose uno á otro sus dolores, y de repente el periódico le comunicaba la noticia de que aquel hombre, á las pocas horas de salir él de Termas, acaso contestando al aguijón de un dolor que le pareciera más fuerte que de ordinario, había decidido de su vida.

En mal hora sacó á colación la noticia el padre de la muchacha, pues aunque la conversación torció su rumbo y todos hicieron para hacer olvidar á San Román la desgracia, bien pudieron ver que para ello se necesitaba tiempo.

Otro día triunfaría el amor, ya que con la vuelta y mejoría del ausente el deshilar angustioso de dos vidas que fueran todo zozobra, temores y ansiedad quedaba convertido desde aquel momento en una corriente plácida de florido y rumoroso arroyuelo, amigo de deslizarse por entre umbrías y florestas, á lo largo del misterio de los bosques y del encanto de los valles. Otro día triunfaría el Amor, diosецillo-niño que alegra con sus travesuras los mejores instantes de la vida...; pero entonces triunfó el dolor sobre todos los amores, y el silencio que reinó en los labios de San Román al apartarse á cuchichear con su novia, y que ésta respetó compasiva, fué como un recogimiento de oración por el infortunado don Manuel Montesa, en cuya tumba pensaba San Román que debían grabarse aquellas palabras suyas que él había escuchado graves, dolorosas, tristemente solemnes, como las voces de los augures:

—Hacer llegar la muerte es cosa fácil. Basta un segundo, menos todavía, y en el relámpago de una decisión cae tronchada una vida. Un dedo nervioso que juega con un juego imprudente sobre el gatillo de un revólver, y un pedazo de plomo que taladra las riens, abriendo el camino por donde la vida escapa. Eso es todo.

Y el señor Manuel no mentía. *Eso había sido todo.* Sólo quedaba que pensar una cosa. Lo que sería el *todo* de después, el inmenso *todo* del más allá.

Y San Román cerraba los ojos como si temiese mirar al vacío insondable de lo que nunca lograría ver.

AL CÉSAR...

No he tenido todavía el gusto de pasar unos días en Ansó. Por eso he de confesar que los detalles que de aquel valle me han servido para pergeñar algunas páginas de este libro, sobre todo lo que se refiere á giros de la modalidad lingüística que hablan los ansotanos, están tomados del informe presentado por Mr. Saróchandy á la Escuela práctica de Estudios superiores de París (Sección de Ciencias Históricas y Filológicas) en 1901, publicado en francés en el *Anuario* de dicho año, y traducido al castellano en la *Revista de Aragón* (1902, pág. 644), con un prólogo del eminente Joaquín Costa.

Decimos esto, porque el que se viste con ajena ropa, se expone á que lo desnuden en medio de la calle. Y no queremos correr el albur de tales desnudeces.

José García Mercadal.

La poesía española y la Revolución francesa

I

A quien no esté familiarizado con la historia literaria y política del siglo XVIII ha de parecerle por lógica intuición que un suceso tan extraordinario como la Revolución de 1789 tenía que repercutir estruendosamente en nuestra literatura, determinando un copioso raudal de inspiraciones adversas ó favorables al gran trastorno. Nada, sin embargo, más lejos de la realidad. Repasando la producción de las postrimerías de aquella centuria, siguiendo paso á paso la labor de sus poetas y las páginas de sus colecciones, se asombra uno de la escasez de referencias y comentarios líricos relacionados con el formidable alzamiento, que en todos los países de la tierra suscitó réplicas y contrarréplicas fogosas y continuas. Cuando aparecen en España esas referencias, esos comentarios, esas alusiones, suelen ser por vía incidental y en forma tangente y rápida, como si el escritor quisiera escapar á su asunto y librarse de una pesadilla. Ni para el ditirambo ni para la condenación se encuentran alientos de mediana persistencia; y cuando ellos se ofrecen alguna vez por excepción individual y solitaria, como en el caso del girondino Marchena, sus obras de esta clase duermen manuscritas por más de un siglo en la Biblioteca Nacional de París, casi enteramente ignoradas de sus contemporáneos.

No obstante la aridez de que hablo, me parece que una breve excursión por tales regiones de la poesía revolucionaria ó antirrevolucionaria no ha de estar desprovista de interés, supuesta la afición que semejantes estudios y temas despiertan hoy en el público literario de toda Europa. Me adelanto á anunciar desde luego que prescindiré de los precedentes filosóficos y de matiz enciclopédico en la poesía castellana: en primer lugar, porque mi punto de vista se constriñe á las manifestaciones de carácter expreso ó pragmático, no á las vagas y latentes; y después, porque ese trabajo se ha hecho ya, en forma superior y muy difícilmente superable, tanto en el *Bosquejo histórico-crítico* del marqués de Valmar, como en los *Heterodoxos* de Menéndez y Pelayo. Desde mi punto de vista no me interesa señalar ahora, por ejemplo, el espíritu dulzón y humanitarista de Meléndez ó las influencias rousseauianas que puedan ofrecer distintas composiciones suyas, tales como *El filósofo en el campo*, ni buscar una filiación volteriana de Moratín ó Iriarte, ni describir el teofilantropismo de D. Alberto Lista.

Mi objetivo actual es más concreto, más terminante: recoger, en una palabra, las alusiones formales y directas á los sucesos de la Revolución francesa, á sus personajes y actores, á sus episodios; reunir estos contados documentos literarios, aclarándolos sobriamente con un poco de luz histórica, é inducir

por ellos algo del espíritu y estado de conciencia de los españoles frente á frente de la tragedia espantosa que los motivara. ¿Causas de aquella esterilidad y común silencio á que me referí? A primera vista, lo más expedito sería atribuirlo todo y exclusivamente al sistema de prohibición puesto en práctica por el Gobierno desde el primer instante de la Revolución francesa. El tópico de la consabida intolerancia, la sombra mortal del Santo Oficio, podrían sacarnos de apuros y cortar el problema con una explicación perentoria y suficiente, si prescindieramos del fondo de las cosas y no buscáramos más que orígenes materiales á los fenómenos de la vida social.

Claro es que el conde de Floridablanca se propuso acordonar herméticamente la Península y evitar que las novedades de la vecina nación se propagasen á la nuestra. Todo el mundo sabe la prisa que se dió en cerrar el simulacro de Cortes del Reino, que se habían reunido para jurar al Príncipe de Asturias después de la muerte de Carlos III, temeroso de que pudieran seguir la ruta de los Estados Generales, reunidos también entonces, y apoderarse como ellos de la soberanía del país. Es por demás conocida la inquietud que produjeron ciertos chispazos y tumultos que de una manera simultánea con los signos premonitorios de la conmoción francesa, con el asalto de tahonas, con el incendio de la fábrica de Réveillon, fueron consecuencia de una universal carestía de los víveres y se señalaron en Barcelona el mismo año 1789 por el famoso *rebombori del pa*. Desde mediados de este año hasta la guerra con la primera República son continuas las Reales cédulas, las circulares, los edictos prohibiendo la introducción de diarios franceses, folletos, estampas, libros é impresos de todo género, y hasta la de abanicos, baratijas, telas ú otras mercaderías que contuvieran dibujos ó emblemas alusivos á los sucesos de París. Prohibióse igualmente la circulación de noticias por medio de manuscritos ó cartas, y hasta la conversación de viva voz llegó á ser reprimida y vigilada.

Mas esto, con tener efectos muy marcados sobre la ignorancia de la muchedumbre, no podía tenerlos iguales sobre la selección de los escritores y gente de letras, así por lo que tal empeño revestía de imposibilidad material ó de ponerle puertas al campo, como porque de hecho estaban enterados de todo. Los opúsculos, los ejemplares de la nueva Constitución, los folletos de Necker y Sieyès circulaban bajo capa, cuando no venían en las mismas carteras de los correos de gabinete. Si hemos de creer á un corresponsal en España del viejo *Moniteur* de la Revolución, á pesar de la vigilancia y del cordón de tropas en la frontera, no faltaba quien hiciese diez y quince leguas de marcha para recoger en el escondrijo convenido el paquete de diarios y *brochuras* de la última semana; y aun parece que se logró adiestrar cierto número de perros en la habilidad de este original y peligroso contrabando.

Hubo además un momento en que cedió un poco la presión ejercida hasta entonces. Fué allá por enero de 1793, cuando la ejecución de Luis XVI vino á hacer inevitable la guerra. Entonces se necesitaba poco ó mucho contar con una atmósfera social propicia á tales designios y remover los fondos de

lealtad monárquica y fervor religioso á que obedecían. Y en este momento, más que de la consigna de arriba ó de las sugerencias del Poder, el espíritu que se formó y los sentimientos que se exteriorizaron fueron obra viva y producto automático del alma española.

A este período pertenecen casi todas las manifestaciones poéticas que podremos registrar, dándose el caso de que las únicas que aceptan y ensalzan la Revolución, no sólo en su espíritu, sino en sus actos y desenvolvimiento material, escritas fueron lejos de España; mientras aquí los mismos hombres afectos á la novedad, amantes del progreso y de la reforma, no ocultaron jamás su repugnancia por los excesos revolucionarios, y aun evitaron cuanto pudieron el tener que recordarlos, como si fuera cosa nefanda y aborrecible. Tal es el caso representativo de Moratín, que he debido puntualizar en otro sitio: habiendo presenciado en París las escenas culminantes del inmenso drama, sepultólas en perenne olvido y les negó el esfuerzo de su pluma, que inmediatamente después de escapar á tales horrores trazaba las notas sueltas sobre Inglaterra y el interesante y nutrido *Viaje á Italia*.

Por otra parte, la calidad de esas muestras líricas no suple tampoco su escasez y rareza. No tropezará el lector con ninguna obra verdaderamente importante y á la altura del asunto. La grandeza, la sublimidad, estaban fuera de la tabla de valores literarios al final del siglo XVIII. Sus encarnaciones más valiosas, sus testimonios de mayor mérito hay que buscarlos en el campo de lo agradable y lindo, en la corrección negativa, en la ausencia de defectos.

Ni alto sentido histórico, ni elección moral, ni miradas de águilas fueron concedidos á aquella generación de miniaturistas y esmaltadores de tabaqueras. El entusiasmo, el furor poético y de profecía no vendrá al mundo más que con la siguiente generación, con De Maistre y Chateaubriand. Ni para lo divino ni para lo satánico pudo surgir una inspiración que estuviese al nivel del hecho y se identificase con las insólitas proporciones de la realidad objetiva. No supieron blasfemar artísticamente, ni artísticamente consignar el espanto de un nuevo Apocalipsis. Todo parece inepto y mezquino, literariamente hablando, á un lado y otro de los Pirineos; todo está por debajo de la elocuencia de los tribunos y aun de la *verve* endiablada de ciertos folicularios, como Camilo Desmoulins. Y sólo se levantan mirando á la inmortalidad como penitéticos obeliscos la oda de Chenier á la infeliz Carlota y sus *Yambos*, de impecable pureza.

II

De los poetas que en los albores de la Revolución estaban en el apogeo de su nombradía ó empezaban á declinar por efecto de sus años y dolencias, acude en primer término á la memoria el fabulista D. Tomás de Iriarte, espíritu francamente incrédulo, dado á la burla religiosa y abrigando siempre

mal encubierta ojeriza contra los frailes, á costa de los cuales compuso no pocos epigramas, viniendo á inaugurar la serie, pública ó clandestina, en que figuraron después los atribuidos á la condesa del Montijo:

... llorando duelos
con su vida ermitaña,
poseen todo el reino de los cielos
y dos terceras partes del de España.

Así decía ya en 1774 en su *Epístola* á D. José Cadalso, y una y otra vez insiste en sus irreverencias de la más pura cepa volteriana, no sólo contra las Ordenes religiosas y sobre puntos de disciplina, sino en lo que afecta á los dogmas fundamentales, jugando al equívoco con expresiones tales como la *Invención* de la Cruz, ó pasando revista á los conocimientos teológicos y escolásticos de su época en la larga macarrónea que tituló *Metrificatio invectivalis contra studia modernarum*. A Iriarte pertenece, según las autoridades más doctas, la primera muestra poética de franca impiedad en lengua castellana. Semejante primacía cronológica queda vinculada al siguiente romancillo, que muchos años después de compuesto reproducían con fruición los periódicos más exaltados de la primera época constitucional:

Tuvo Simón una barca
no más que de pescador,
y no más que como barca
á sus hijos la dejó.

Mas ellos tanto pescaron
é hicieron tanto doblón,
que ya tuvieron á menos
no mandar buque mayor.

La barca pasó á jabeque,
luego á fragata pasó,
de aquí á navío de guerra,
y asustó con su cañón.

Mas ya roto el viejo casco
de tormentas que sufrió,
se va pudriendo en el puerto;
¡lo que va de ayer á hoy!

Mil veces la han carenado,
y, al cabo, será mejor
desecharla y contentarnos
con la barca de Simón.

Su odio contra la Iglesia no consiguió comunicarle aliento mayor que el que solía distinguirle en otros temas ni le sacó de su proverbial prosaísmo, lindante á veces con la ramplonería, como es de ver en muchos fragmentos de su poema sobre *La música*, que llegan á emular las más famosas y pedestres vulgaridades de D. Gregorio de Salas. Claro es que con estos precedentes propios y de familia—su hermano D. Domingo, diplomático destinado

casi siempre á la Embajada de París, fué hechura del conde de Aranda y tuvo que ser andando el tiempo el negociador de la paz de Basilea con el Directorio—, claro es, repito, que figurara en el bando de los galoidólatras y que tuviera que entender algunas veces con la Inquisición, algo despierta en los últimos años del reinado de Carlos III, á contar desde el proceso de Olavide.

Entonces fué cuando, con motivo del artículo de M. Masson de Morvillers sobre España en la nueva *Enciclopedia metódica*, se abrió la gran controversia secular que bajo distintos enunciados ha venido prosiguiendo hasta ahora entre rancios y novadores, entre patriotas y afrancesados, entre krau-sistas y ortodoxos, entre europeístas y nacionalistas puros. El puesto de Iriarte estuvo, naturalmente, al lado de los impugnadores de la tradición y cultura indígenas, y contra sus defensores de la legión suscitada en el Extran-jero por el abate Denina y capitaneada de Pirineos adentro por el irascible Forner. La enfermedad iba minando la existencia del fabulista canario, y cuando llegó la Revolución á su punto culminante hallábase él en su retiro de Sanlúcar buscando mejoría. Ninguna alusión ofrecen sus últimos escritos al acontecimiento extraordinario que tenía suspenso al mundo. Sus entretenimientos literarios de esa época son todos de sátira ó vindicación personal contra sus detractores, ó galanterías rimadas en obsequio de algún magnate ó dama de su predilección. Así, por ejemplo, la despedida dedicada á la segunda mujer del conde de Aranda, jovencita de quince años que éste había desposado en plena ancianidad con asombro de las Cortes de Madrid y de Ver-salles, donde ejerció de embajador hasta los preludios del movimiento revo-lucionario. Se trata de unas endechas que fueron presentadas á la condesa en nombre de una «tertulia de españoles de París», sintiendo su partida:

Lánguida y consternada,
la colonia española,
faltándole tú sola,
desierta yace aunque se ve poblada.

.....
Pero cuando á tu ingenio
y á tu semblante grato,
cuando á ese noble trato,
belleza juvenil y afable genio

la fortuna debía
de que en estrecha alianza
la urbana confianza
reinase con la plácida alegría,

¿quién el llanto refrena,
ó quién de sus pesares
no culpa al Manzanares,
que así robó su mejor ninfa al Sena?

.....

Mas si del patrio suelo,
señora, el blando clima
su robustez anima,
no pide la colonia otro consuelo.

Gocen los matritenses
nuestra perdida gloria,
con tal que en tu memoria
vivan los *españoles parisienses*.

Iriarte murió á últimos de 1791, sin alcanzar á ver los hechos culminantes que se iniciaban entonces, y así su silencio no debe causar extrañeza, porque nadie había levantado la voz todavía sobre tales materias cuando el autor de *El asno erudito* dejó de existir. Más significativo es el de Meléndez, en cuya vasta producción no es posible hallar ni un verso alusivo á las convulsiones de la nación vecina, no obstante haber venido éstas en el tiempo que corresponde á su segunda manera ó estilo, esto es, á su producción filosófica y de asuntos morales y serios á que Jovellanos le inclinó, con mejor intención ética que buen instinto literario. *Batilo* no podía ser más que el poeta erótico de su época, el cantor de *Galatea* y de *La paloma de Filis*. Sus inspiraciones sobre *La beneficencia*, sobre *El fanatismo* ó la *Prosperidad aparente de los malos* no pueden ya interesar, ni en el sentido histórico ni en el sentido eterno y permanente, á un lector de nuestros días. Son declamaciones lacrimosas de los años de la «sensibilidad», puesta en moda por Juan Jacobo. La musa anacreóntica del poeta magistrado fué siempre incompatible con las meditaciones profundas y graves del verdadero pensador. El carácter de Meléndez, femenino y sin consistencia, le llevó á todas las fluctuaciones, y no se distinguió nunca por la firmeza de su criterio ni mucho menos por la de su voluntad, flaca y tornadiza como ella sola. De esta manera es posible hallar entre sus poesías anhelos de renovación dentro del sentido enciclopedista más extremado y adulaciones al bando de los *persas* en la reacción de 1814, ditirambos á Godoy y á su enemigo irreconciliable Fernando VII, versos gratulatorios para el intruso y gritos de alarma excitando á los españoles á defender su independencia.

Lo cierto es que los sucesos de Francia, en su primer período, no merecieron ningún comentario de su pluma, ningún acénto de su lira, como no los merecieron tampoco á Moratín, no obstante haber presenciado en Burdeos y después en París la iniciación del Terror el 10 de agosto, la caída de la Monarquía, la conducción del Rey al Temple. Ni en prosa ni en verso, fuera del lacónico diario personal que llevaba hacía tiempo, volvió la memoria á tales recuerdos y escenas; y aun es posible que al hablar de ellos confidencialmente en los últimos años de su vida con su amigo y compañero de emigración Silvela, los tergiversara ó los tuviera muy borrosos y trastornados, puesto que este último, en la biografía de Moratín, ofrece pormenores tan inexactos como haber visto pasear la cabeza de la pobre Lamballe por las calles de París. El hecho no ocurrió hasta el día 3 de septiembre, y Moratín se ha-

llaba en Londres desde el 27 de agosto, habiendo huido de los horrores de la capital francesa. Tan sólo en la segunda de sus *Epístolas*, dedicada á D. Gaspar Melchor de Jovellanos, aparece esta vaga referencia, hablando de sus largos viajes y peregrinaciones:

... De mi patria orilla
á las que el Sena turbulento baña
teñido en sangre; del audaz britano,
dueño del mar, al aterido belga;
del Rhin profundo á las nevadas cumbres
del Apenino...

III

Jovellanos contestó á la *Epístola* de Moratín con otra suya también en verso libre, dentro del tono general reflexivo y sentencioso de las *Sátiras* á Arnesto y de las meditaciones sobre las ruinas del Paular ó desde su prisión de Mallorca. Si no llegaba Jovellanos á las alturas del filósofo puro, excedía las del pensador; si no puede entrar en la región de los poetas inmortales, su natural elocuencia toma á menudo aspectos de inspiración y sobresale en el género propio de los reformadores y moralistas: la sátira, la flagelación de las costumbres, el apóstrofe iracundo y fulminante, cuanto constituye, en suma, la reacción de un temperamento elevado contra la decadencia de su tiempo, que nadie acertó á sentir ni concentrar más intensamente en prosa y en verso como escritor, y como patriota, en actos y en palabras encendidas. Tomados en el sentido de pintura y resumen de aquel rebajamiento general de los caracteres, sus dos famosos cuadros satíricos han pasado á la posteridad de la misma suerte que los *Caprichos* de Goya, y nadie que vuelva los ojos á tal época puede dejar de tenerlos presentes.

No era, por cierto, Jovellanos un espíritu cerrado á la novedad y á la reforma. Nadie como él trazó las líneas generales ni puso los cimientos de la transformación racional de España en lo político, en lo pedagógico, en cuanto á la economía y al derecho civil. Y, no obstante, la bacanal de sangre en que muy pronto vino á convertirse la Revolución francesa, aquella traslación de las viejas intolerancias y fanatismos á los principios nuevos, no tardaron en sublevarle con tanta fuerza y ardor como le habían sublevado los del régimen antiguo. Y he aquí que el dramaturgo de *El delincuente honrado*, el admirador de Montesquieu, el fundador del Instituto gijonés y el oráculo de las Sociedades económicas no vacila desde el primer momento en expresar todo el horror, toda la repulsión profunda y sincera que los estragos de París vinieron á producirle. Véase, si no, cómo responde á los tímidos acentos de Moratín:

¡Oh venturoso! ¡Oh una y mil veces
feliz Inarco, á quien la suerte un día

dió que los anchos términos de Europa
lograses visitar! ¡Feliz quien supo
por tan distintos pueblos y regiones
libre vagar, sus leyes y costumbres
con firme y fiel balanza comparando;
que viste al fin *la vacilante cuna*
de la francesa libertad mecida por
el terror!...

.....
... ¡Cuánto, cuánto
cambió de Bruto y de Richelieu la patria!
¡Oh, qué mudanza! ¡Oh, qué lección! Bien dices:
la experiencia te instruye. Sí; del hombre
he aquí el más digno y provechoso estudio:
ya ornada ver la gran Naturaleza
por los esfuerzos de la industria humana,
varia, fecunda, gloriosa y llena
de amor, de unión, de movimiento y vida,
ó ya violadas sus eternas leyes
por la loca ambición, con rabia insana;
guerra, furor, desolación y muerte:
tal es el hombre. Ya le ves al cielo
por la virtud alzado, y de él bajando,
traer el pecho de piedad henchido,
y fiel y humano y oficioso darse
todo al amor y fraternal concordia.

.....
Mas ya le ves que del Averno oscuro
sale blandiendo la enemiga antorcha,
y acá y allá, frenético bramando,
quema, mata y asuela cuanto topa.
¡Ni amarle puedes, ni odiarle; puedes
tan sólo ver con lástima su hado,
hado cruel, que á enemistad y fraude
y susto y guerra eterna le conduce!

No era esto una fuga ó escape fortuito de la inspiración irreflexiva y momentánea á que tan abonados suelen ser los poetas, maestros en contradicciones de ideas y conducta. Jovellanos mantuvo con respecto á las cosas de la Revolución un criterio firme y tenaz, tanto en prosa como en verso, en sus escritos públicos y en sus cartas privadas ó confidenciales, dirigiérase á gentes rancias y ortodoxas ó á jovenzuelos afrancesados y con la cabeza llena de humo. Odiaba la rebelión y lo que ahora llaman futurismo. Consideraba un crimen sacrificar las generaciones actuales á la ignota conveniencia de las futuras. Creía firmemente que cada pueblo tiene marcado su límite de posibilidad en la marcha del progreso, y que excederlo ó traspasarlo equivale á retroceder. Era enemigo, en una palabra, de las abstracciones y de los sistemas *a priori*, entronizados por el radicalismo jacobino, opinando que cada nación tiene su fórmula propia, adecuada á su estructura especial, á su desenvolvimiento histórico; y sintiendo ansias liberales y de regeneración, apreció para

siempre el ejemplo francés, no como un modelo ni una pauta, sino como una lección y un escarmiento terrible en cabeza ajena.

Como ya insinué, las voces de protesta y condenación surgieron en la poesía castellana á raíz de la muerte de Luis XVI. Hasta entonces había reinado absoluto silencio. Las alusiones que por azar parecen aplicables á la Revolución francesa son hasta entonces muy oblicuas y veladas por la generalización, sin nombres concretos, sin rasgos locales. Se había convenido en no hablar del asunto ni para bien ni para mal. Pero el fallo de la Convención y la triste jornada del 21 de enero de 1793 parecieron levantar automáticamente todas las interdicciones, y, aunque en forma harto infeliz y desmayada, las letras españolas se sumaron á la sorpresa é indignación del mundo entero.

Como es sabido, Carlos IV trató hasta el postrer instante de salvar á su regio pariente, bien por medios públicos ó diplomáticos, bien por secretas gestiones. No quedaba en París más representación oficial de España después de la retirada de los embajadores que el cónsul, caballero de Ocáriz, quien insistió dos veces á última hora cerca de la Convención para ofrecer los oficios de nuestro país, mediando con las potencias coligadas, á cambio de obtener la extradición de Luis XVI. Sostienen muchos escritores contemporáneos del hecho que el Monarca español abrió á Ocáriz un crédito ilimitado para sobornar, si era preciso ó posible, á los miembros de la asamblea que debían votar en el proceso; y se asegura que uno de ellos, el ex capuchino Chabot, llegó á sacar al generoso y bien intencionado cónsul más de un millón de francos, inaugurando de esta suerte las famosas concusiones y venalidades que le llevaron más tarde á la guillotina, con la hornada de Danton y sus amigos. Después de la ejecución del Monarca vino la guerra, preparada de antemano en la sombra por una y otra potencia, no obstante la expectación aparente en que vivieron durante el año 92. Concentráronse los ejercicios sobre la frontera, reuniéronse las escuadras, cuyos buques debían, en unión de los ingleses, ocupar á Tolón. Vargas Ponce es uno de los marinos que los tripulan, y Jovellanos escribe y le dedica con este motivo una oda, por cierto indigna de su nombradía literaria y de la solemnidad del momento:

Dejas, ¡oh Poncio!, la ociosa Mantua
y, de sus musas separado, corres
á do las torres de Cipión descuellan
sobre las ondas;

sobre las ondas, que la grande armada
mecen humildes del monarca hispano,
á cuya mano, tímido, Neptuno
cedió el tridente.

.....
Tiembla á su vista, pálida, y se esconde
despavorida la feroz Quimera
que la bandera tricolor impía
sigue proterva.

Caerá rendida, y con horrible estruendo
en el profundo báratro lanzada,
será aherrrojada por las negras furias
de sus cavernas.

.....
¡Guay de ti, triste nación, que el velo
de la inocencia y la verdad rasgaste
cuando violaste los sagrados fueros
de la justicia!

¡Guay de ti, loca nación, que al cielo
con tan horrendo escándalo afligiste
cuando tendiste la sangrienta mano
contra el Ungido!

Firmó su santa cólera el decreto
que la venganza confió á la España,
y ya su saña corre el golfo, armada
de rayo y trueno.

Lidiará Poncio do la roja insignia
se diere al viento por la empresa santa,
do la almiranta desparciere en torno
ruina y espanto...

¿A qué seguir transcribiendo más estrofas? Nunca se habrá visto menos apropiada al asunto la oda sáfica, ni habrá sido dispuesto con más inoportunidad el hemistiquio aconsonantado, ni las arcaicas interjecciones retóricas por el estilo del *¡guay!*, lejos de elevar el tono y la nobleza de la obra, la habrán interrumpido con mayor afectación. ¡Cuán lejos se halla esta pieza del calor persuasivo de las sátiras ó de la elocuencia y gravedad digna de Rioja que campea en sus epístolas de asunto moral y arqueológico!

Miguel S. Oliver.

ALLÁ MUY LEJOS...

Allá muy lejos, muy lejos
está la casita blanca
donde corrieran los años
más felices de mi infancia.

Perdida detrás del bosque
se suele ver, si las ramas
de los pinos se entreabren
á la caricia del aura.

A sus pies un arroyuelo
corre y canta,
mientras el sol en sus ondas
sus claros reflejos baña.

A la hora de la siesta,
cuando todo duerme y habla
sólo la Naturaleza...,
voy camino de la casa.

Voy soñando muchas cosas
— que no nacieron ni acabán —,
y forjándome ilusiones
y castillos y esperanzas.

Todo á mi redor es mudo,
todo calla...,
y nadie á interrumpir viene
la meditación del alma.

Hay un mundo de visiones
que baten sus frescas alas
junto al corazón y evocan
todas las dichas pasadas,

todas las hondas tristezas
y las rubias alboradas,
los crepúsculos azules
y aquellas noches tan largas.

Entonces cierro los ojos
del espíritu, y el ansia
de volver atrás los años
obstinamente me embriaga.

Sé que todo es imposible,
que sólo es quimera vana,
que una sola vez vivimos
una cosa, y luego... pasa.

Pero soy feliz con ello
y me aferro á mi ignorancia,
y además, esa locura
se perdona, pues no daña.

Llego y me siento á la sombra
de unos sauces cuyas ramas
se reflejan del arroyo
sobre las tranquilas aguas.

Allí forjo mil proyectos
y acaricio nuevas ansias,
que apenas viviendo un algo,
van á perderse en la nada.

Al declinar de la tarde
me levanto con el alma
toda llena de misterios,
de músicas y fragancias.

Vuelvo á emprender el camino...
Silenciosas me acompañan
un mundo de idealidades
y otro mundo de nostalgias.

Voy lentamente. Y hojeo
las interminables páginas
de la hora: encuentro risas,
colores, notas y lágrimas.

Un pastor cruza. Se aleja
paso á paso, mientras canta
una canción toda oliente
á vaguedades lejanas...

Hay murmullos en el aire,
sinfonías y palabras
que nos dicen el secreto
de las cosas ignoradas.

Todo mi tristeza alegre
y aviva mis esperanzas...
Hasta el crepúsculo de oro
gota á gota se derrama
como un bálsamo divino
sobre lo estéril del alma.

Julio J. Casal.

ANDANTINO CANTÁBILE

Era mi vida más triste
que la suerte de los ríos,
camina que te camina,
siempre solo,
sin descanso y sin cariño.

Conté al arroyo mis penas,
y él sus consejos me dijo.
¡Cómo se depura el alma
con las aguas
de los arroyuelos limpios!

Iba una pajita de oro
en un regato que he visto;
cuando el sol la iluminaba,
parecía más contento
su correr, más fresco y vivo.

Tú también cuando iba solo
te añadiste á mi camino,
brizna de oro, dulce encanto,
carga leve,
mujer del ensueño mío.

No renegad de la vida
donde hay besos y cariños.
¿Sois hombres? Pues ¡á gozarla
y á quererla y á llorarla!
Si no, ¿para qué nacimos?

Las llagas que hace la vida
me las curan tus suspiros,
y así, entre penas y glorias,
gozo y sufro, pero vivo.

Vivo donde hay ojos negros
y labios humedecidos;
hay mujeres para el hombre;
para lo bueno, recuerdos;
para las penas, olvido.

¡Dejemos que el vivir vaya,
como el agua de los ríos,
por las peñas, por los valles,
lento ó raudo,
triste, loco, turbio ó limpio!

Mientras la vida no pare,
mientras corra y corra el río,
serán más bellas las flores
de las aguas,
serán más bellas las almas
de los hijos.

Deja, pues, que ande el arroyo
de los años su camino,
y en tanto, ¡no me abandones,
luz de mi ruta, sol de oro,
mujer del ensueño mío!

¡Sé el encanto de mi vida,
la motita de oro, el brillo!
¡No me dejes triste y solo,
no me dejes; ven conmigo!

Manuel Abril.

INFORMACIONES

Extranjera

Argentinos y españoles

La relación en que actualmente estamos, cada vez más estrecha y cordial, con la República Argentina nos proporciona á diario la satisfacción de conocer aquí á los hombres ilustres de aquel país, que vienen al nuestro atraídos por algo más que la mutua simpatía entre ambas naciones, atraídos por esa misteriosa fuerza de la sangre, que evidentemente parece rebelarse contra todo capricho del tiempo y de la Historia.

En el Ateneo de Madrid pronunció Belisario Roldán no hace muchos meses uno de sus discursos más notables; Sáenz Peña y su antecesor en la presidencia de aquella República, Dr. Figueroa Alcorta, no han dejado á su paso por Madrid simples estelas de aclamaciones de protocolo, sino las más hondas huellas de simpatías, afectos y amistades.

Igual pudiéramos decir del ilustre ex ministro argentino Dr. Naón en su corta estancia entre nosotros, y de tantos más como á diario, cuando son nuestros huéspedes, nos dan la idea, por lo fácil y prontamente que con ellos se intima, de que son no ya sólo nuestros paisanos, sino más aún, nuestros buenos amigos de la infancia.

Soiza Reilly, Gálvez, Garay, Alemán, han dejado imborrable recuerdo en nuestro espíritu. Y estamos seguros de que ellos nos corresponden sinceramente.

En estos días ha pasado por Madrid, tras de recorrer otras ciudades españolas, D. Juan José Villatte, persona de talento y de brillante posición que goza en su país de muchos prestigios merced á su acertado desempeño de importantes cargos públicos cerca de los ministros de Instrucción pública doctor Zapata y Dr. Pinedo y de los ministros del Interior Dr. Zorrilla y Dr. González. Además, en 1893 fué subsecretario de la Intervención nacional en la provincia de Santa Fe, director de Instrucción pública en 1907, durante la presidencia del Dr. Figueroa Alcorta, y catedrático de Geografía americana en las Escuelas nacionales de Buenos Aires.

«España—nos decía—me parece una prolongación de mi patria. Todo lo que aquí encuentro bien y todo lo que encuentro mal me enorgullece ó me indigna como si fuese propio. Y los nuevos amigos que aquí hago me parecen amigos de siempre, como si sus caras me fuesen conocidas y nuestros afectos fueran antiguos.»

El Sr. Villatte visitó detenidamente nuestros Museos y algunos de los Ministerios, en especial el de Instrucción pública, conferenciando con el subse-

cretario de dicho departamento, Sr. Rivas, que le facilitó estadísticas y datos relativos á la enseñanza en España.

Durante su permanencia en Madrid ha sido muy agasajado el Sr. Villatte, habiéndosele impuesto la Cruz Roja de oro, y elogiado mucho en la prensa.

Entre los banquetes que se han dado en su honor dejarán grata memoria el organizado por el encargado de Negocios de la Argentina, Sr. Barilari, en los Jardines del Buen Retiro; el que tuvo lugar en el estudio de Mariano Benlliure, con asistencia del subsecretario de Instrucción pública, D. Natalio Rivas, y los Sres. Barilari, Enciso y de Val; y, finalmente, la comida que la Revista ATENEO dió al Sr. Villatte en La Huerta, con asistencia de numerosos hombres políticos, periodistas, literatos y artistas madrileños, á todos los cuales agasajos correspondió el ilustre argentino con una espléndida comida en el Hotel Ritz, donde se hospedaba.

Su Alteza Real la Serma. Sra. Infanta D.^a Isabel, que, sintiéndose ya tan argentina como española, tiene verdadero gusto en saludar á cuantos argentinos pasan por España, se apresuró á invitar al Sr. Villatte á un almuerzo en el palacio de La Granja, al que asistieron con el obsequiado los diplomáticos argentinos Sres. Barilari y Enciso, el insigne orador padre Luis Calpena, el escultor D. Mariano Benlliure, D. Mariano Miguel de Val y la dama y el secretario de S. A., señora marquesa viuda de Nájera y señor Coello.

La Infanta Isabel había hecho el día anterior las invitaciones por telegrama particular á cada uno de los citados señores.

De Madrid á La Granja se trasladaron en los magníficos automóviles de los Sres. Villatte y Benlliure, deteniéndose en Villalba con objeto de presentar un encierro de toros.

Al llegar, después de un delicioso viaje, al palacio de San Ildefonso, Su Alteza los recibió en el jardín, pasando luego al comedor, donde se sirvió un exquisito almuerzo, reinando allí la sencillez, que es la característica de la Infanta popular, y siendo amenísimas las conversaciones que S. A. inició sobre su viaje á la Argentina y las semejanzas de los caracteres de aquel pueblo y el nuestro.

Después del almuerzo D.^a Isabel mostró á sus invitados el obsequio que acababan de hacerle los que con ella fueron en misión especial á Buenos Aires. Es una artística placa de plata repujada, con elocuente inscripción y firmas, debida al cincel de Blay.



Don Juan José Villatte.

Su Alteza había dispuesto que en uno de los coches de Palacio recorriesen los expedicionarios los jardines del Real Sitio, visitando las monumentales fuentes, dignas de Versalles. Y al regresar de este paseo, la Infanta D.^a Isabel se asomó á uno de los balcones de Palacio para decir adiós á sus invitados y recomendarles el regreso á Madrid por Segovia y Ríofrío, como lo realizaron.

El Sr. Villatte volvió complacidísimo de su excursión á La Granja y de las atenciones recibidas de la Infanta Isabel.

Pocos días después salió para Lisboa; á su regreso de Portugal se detuvo de nuevo en Madrid, y al abandonar la Península, camino de París, donde por algún tiempo fijará su residencia, se llevó el firme propósito de volver á menudo á España y vivir largas temporadas en ella.

Indudablemente, como decía no hace mucho tiempo el Sr. Llovet, cónsul de la Argentina en París, todo argentino al salir de su patria desea conocer á España; pero no encuentra aquí grandes facilidades el turista, y por eso París es el cuartel general de los americanos del Sur.

La colonia argentina dejó en la capital francesa el año 1909, según estadísticas, unos 250 millones de francos en hoteles, teatros, modistos, Bancos, etcétera.

Estas cifras son bastante elocuentes para excusar el comentario; por sí solas demuestran lo beneficiosa que ha de ser á España esa obra que la Infanta Isabel ha emprendido con tanto talento como tenacidad, manifestándose en todo momento decidida propagandista de la Argentina, y en general de toda la Hispanoamérica, y preocupándose no sólo de que al llegar aquí sea la estancia grata, sino de que ya antes se les aumenten las comodidades del viaje por mar y por tierra y se facilite el servicio de Aduanas, que tantas molestias ocasiona.

V. A. L.

Pedagógica

Residencia de estudiantes

Muchas Universidades de los últimos tiempos, atentas á la formación de especialistas é investigadores científicos, habían dejado perderse los ideales corporativos escolares, tan vivos en los sistemas residenciales de la Edad Media y del Renacimiento. Sólo algunas, por excepción, han guardado su estructura tradicional, conservando un rico tesoro de vida asociada.

Pero desde el último tercio del pasado siglo se ha hecho perceptible en todas partes una rectificación, por la cual, conservando y mejorando los poderosos medios de elaboración científica, se atiende, sin embargo, con interés creciente á la vida moral, á la formación del carácter, á la cultura general,

á la higiene, al vigor de la raza, al esparcimiento reparador, á las buenas maneras y, en general, al ennoblecimiento de la juventud que visita las Universidades.

A falta de aquellas instituciones seculares, se han creado nuevos tipos de vida común, de forma variable según las condiciones de su aparición y régimen, pero basados siempre en los modernos principios de libertad y dominio de sí mismo, que, rechazando el internado de clausura y la disciplina mecánica, buscan como garantías el ideal colectivo, el influjo de las generaciones ya formadas sobre las nuevas, el prestigio intelectual y moral de los directores, el respeto mutuo y todo el complejo sistema de factores que integran una vida social sencilla á la vez que refinada. Así han comenzado á aparecer en varios países las Residencias de estudiantes.

Su necesidad en el nuestro, en donde á tan tristes extremos suele estar hoy reducida la vida material y espiritual de nuestra juventud, no es necesario encarecerla.

No existe organizada la tutela de la Universidad sobre los estudiantes, no tienen éstos Asociaciones cooperativas, ni hacen obra de apostolado y redención, cosas todas tan frecuentes en el Extranjero. Y con razón vacilan las familias en enviar á sus hijos á la ciudad universitaria, donde, faltos de un ambiente que recoja sus impulsos más puros y nobles, se entregan con frecuencia á una vida disipada. Todo ello sin olvidar que la misma labor docente, por acertada é intensa que sea, resulta estéril si no se le prepara un ambiente adecuado de intereses culturales y una disposición favorable de los espíritus.

En este sentido quizás las Residencias contribuyan á aumentar el estímulo de trabajo que comienza á sentir nuestra juventud, haciéndola pedir un puesto en la vida científica europea y remover, mediante una síntesis de los conocimientos adquiridos y de todos los influjos espirituales con que haya enriquecido su personalidad, el alma dormida de nuestra España.

El Real decreto de 6 de mayo de 1910, refrendado por el señor conde de Romanones, encomendó á la *Junta para ampliación de estudios* la fundación en Madrid de una Residencia de estudiantes, desarrollando así una de las iniciativas que el Sr. Jimeno había llevado ya al decreto constitutivo de aquella en 1907.

La Junta ha procedido con prudencia en el primer año al cumplir el encargo con que fué honrada. Ni para comenzar ni para vivir con intimidad son convenientes núcleos numerosos. Hay que formar un primer grupo, y tomar luego de él, cuando haya adquirido vigor bastante, el fermento para producir otro y otros, de tal modo, que al cabo de algunos años pueda haber centenares, miles de estudiantes quizás, viviendo en pequeñas agrupaciones, cada una con su carácter local y su personalidad propia, y unidas todas por ciertos vínculos de cooperación, por la existencia de obras comunes y por el cultivo de ideales análogos.

Decidióse la Junta á ensayar la formación de un grupo, y en el verano

de 1910 alquiló y amuebló un hotel, pudiendo abrirlo en 1.º de octubre. Los estudiantes fueron admitidos paulatinamente, y hacia la mitad del invierno quedaron llenas sus diez y siete plazas.

En febrero de 1911, ya en pleno funcionamiento la Residencia, S. M. el Rey, acompañado del señor ministro de Instrucción pública, D. Amós Salvador, se dignó visitarla, mostrando un sincero interés y ofreciendo generosamente su protección para esta obra.

El resultado de este ensayo ha sido excelente. Los estudiantes (algunos de ellos extranjeros) han sabido aprovechar las ventajas de la vida en común, y ha comenzado á crearse entre ellos un espíritu colectivo.

La Junta ha creído que durante el verano de 1911 podía ensancharse la obra, y con el beneplácito del actual ministro, D. Amalio Jimeno, ha alquilado otro hotel próximo, ha ampliado el primero, y podrá disponer en octubre de unas cincuenta plazas, número máximo que querría asignar á cada núcleo.

Este primer grupo se ha instalado en dos hoteles, números 10 y 14 de la calle de Fortuny, completados con varias edificaciones y un campo de juego, graciosamente cedido por el señor duque de Arión.

El sitio es tranquilo y sano, á pocos metros de la Castellana y en el centro de muchos establecimientos docentes, museos y laboratorios. Cuatro grandes líneas de tranvías, que pasan frecuentemente por sus inmediaciones, facilitan la comunicación.

Cada residente tiene su dormitorio individual. Hay calefacción en las bibliotecas, salas y comedor. Algunos dormitorios tienen chimenea; pero la calefacción en ellos es de cuenta privada.

Régimen

El régimen interior, tanto en lo referente á los estudios como á la vida moral, está confiado al presidente y al Comité directivo de la Residencia.

Los residentes hacen sus estudios en los Centros docentes de Madrid, ó se dedican privadamente á la investigación en laboratorios, bibliotecas, archivos, clínicas, etc.

El Comité procura ofrecer facilidades para el aprendizaje de idiomas, ingreso en los laboratorios é institutos, asistencia á cursos y lecciones especiales, museos, hospitales, talleres, fábricas, etc., préstamos de libros é instrumentos y cuanto favorezca el trabajo de los alumnos. Además, algunos especialistas, cuyo número espera aumentar cada año, prestarán á aquéllos el auxilio directo que necesiten. La Junta aspira á que la Residencia vaya organizando centros propios de trabajo y preparación.

El presidente está en relación con los profesores de los establecimientos de enseñanza, y podrá dar noticias á los padres que deseen conocer la marcha de los estudios de sus hijos.

La participación en excursiones, juegos, conciertos, etc., es libre.

Se admiten estudiantes que hayan cumplido quince años, y también pro-

fesores ó graduados que hagan en Madrid estudios, verbigracia, preparen oposiciones ó trabajen en los centros de investigación. También se admite un corto número de profesores y estudiantes extranjeros.

La admisión se hace por el presidente, previas las referencias é informes oportunos.

Los honorarios varían entre 105 y 180 pesetas mensuales, según las habitaciones, incluidos todos los gastos, excepto el lavado de ropa, que se realiza en condiciones especiales de higiene y baratura.

Las comidas, que son cuatro (desayuno de tenedor, almuerzo, merienda y comida), son iguales para todos los residentes.

Los pagos se hacen por meses adelantados. Para facilitarlos hay cuenta corriente en el Banco de España.

A propuesta del Comité, la Junta concede becas para vivir en la Residencia á estudiantes que carezcan de los recursos necesarios para seguir sus trabajos en Madrid y revelen la aptitud y preparación suficientes.

Durante los veranos se organizarán en la Residencia cursos breves de preparación para españoles que deseen hacer estudios en el Extranjero, y cursos de lengua, literatura, historia y arte españoles para extranjeros que visiten España en las vacaciones.



Académica

Academia de la Poesía Colombiana

Reproducimos de *El Nuevo Tiempo*, de Bogotá, la siguiente acta:

«En la ciudad de Bogotá, á veintiocho de junio de mil novecientos once, siendo las ocho de la noche, se reunieron en la casa del Sr. Rafael Tamayo, y por él presididos, los Sres. Ismael Enrique Arciniegas, Antonio Gómez Restrepo, Federico Rivas Frade, Max Grillo y Diego Uribe, con el propósito de proceder á elegir, de acuerdo con los deseos de la Academia de la Poesía Española, expresados en la nota-credencial que en seguida se inserta, los miembros de número de la Academia de la Poesía Colombiana como correspondientes de aquella Corporación.

»El Sr. Grillo, quien fué designado secretario accidental de la junta, leyó el oficio de la Academia de la Poesía Española, que á la letra dice así:

«Academia de la Poesía Española.

»En nombre de esta Corporación me permito remitir á usted los adjuntos
»títulos y folletos para que se sirva hacerlos llegar á los interesados; y tengo
»el honor de participarle el gusto con que veríamos que unidos á usted los señores D. Rafael Tamayo, D. Julio Flórez, D. Víctor M. Londoño, D. Ismael

•López, D. Ismael Enrique Arciniegas, D. Diego Uribe, D. Angel María Céspedes, D. Eduardo Castillo, D. Federico Rivas Frade y D. Francisco Valencia, y los demás que á su voluntad designasen, constituyeran en Bogotá la Academia de la Poesía Colombiana, correspondiente de la nuestra, con la que deseáramos estar en constante relación para el mayor desarrollo de todo nuestro programa de mutuo apoyo é intercambio.

•En la primera junta general que esta Corporación celebre, después de recibidas sus noticias y lista de nombres, haremos las propuestas todas, é inmediatamente enviaremos á ustedes la documentación que acredite sus nombramientos.

•Dios guarde á usted muchos años.—Madrid, 15 de enero de 1911.—El secretario, *Mariano Miguel de Val*. (L. S.).

•Sr. D. Max Grillo.»

•Debe advertirse en este acta que el Sr. D. Antonio Gómez Restrepo no es citado en la nota que se deja copiada por haber recibido en pliego separado el nombramiento de miembro correspondiente de la Academia mencionada.

•Siendo de cortesía y conveniencia corresponder cuanto antes á los deseos de la Academia de la Poesía Española, y á pesar de encontrarse ausentes de la patria los Sres. D. Angel María Céspedes, D. Julio Flórez, D. Víctor M. Londoño, D. Ismael López, D. Francisco Valencia, y de haberse excusado de asistir á la junta D. Eduardo Castillo por inconvenientes de salud, se procedió á la elección de trece miembros de número que, unidos á los doce designados por la Academia de la Poesía Española, vengan á constituir en pleno la Academia de la Poesía Colombiana.

•El secretario leyó, antes de proceder á la elección, la siguiente lista de cultivadores más ó menos asiduos de la Poesía, con el fin de tener presentes sus nombres:

•Antonio J. Restrepo, Adolfo León Gómez, Augusto N. Samper, Antonio Quijano Torres, Alfredo Gómez Jaime, Aurelio Martínez Mutis, Antonio José Caro, Alejo María Patiño, Alberto Sánchez, Sra. D.^a Agripina Montes del Valle, Abdalosis Gómez, Abel Marín, Carlos Villafañe, Carlos Lorenzana, Dorila A. de Rojas, Edmundo Cervantes, E. W. Fernández, Enrique Alvarez Bonilla, Enrique Alvarez Henao, Eduardo López, Enrique Pérez, Eusebio Robledo, Federico Bravo, F. Martínez Rivas, F. Restrepo Gómez, Francisco Zaldúa V., Guillermo Manrique Terán, Gustavo Gaitán, Gustavo del Castillo, Guillermo Posada, Bernardo Holguín y Caro, Sra. D.^a Hortensia Antommarchi de Vázquez, Jorge Pombo, Joaquín Restrepo Tamayo, José Rivas Groot, Julián Páez, Jorge Roa, Julio César Gaitán, Jorge Bayona Posada, Jesús del Corral, José J. Casas, Jorge Mateus, Joaquín Maldonado Plata, José María Quijano Wallis, Juan C. Ramírez, Jorge Perea, L. E. Calderón Flórez, Lorenzo Marroquín, Luis María Mora, Luis del Corral, M. N. Cortés, M. A. Carvajal, Sra. D.^a Mercedes A. de Velasco, Roberto Mac Donall, R. Escobar Roa, Rubén Mogollón Carrizosa, Ricardo Sarmiento, Ricardo Tirado, Rafael María Carrasquilla, Rafael Vázquez Flórez, Samuel Velázquez, Samuel López,

Santiago Restrepo, Salomón Correal Torres, Teódulo Vargas, T. L. de Guevara, Víctor Martínez Rivas y Víctor J. Corredor.

»Fueron nombrados escrutadores por el señor presidente los Sres. Rivas Frade y Diego Uribe. Cada papeleta contenía trece nombres, y el resultado fué el siguiente: seis votos por cada uno de los Sres. Carlos Arturo Torres, D. Hernando Holguín y Caro y D. Alfredo Gómez Jaime; cinco votos por cada uno de los Sres. D. Roberto Mac Donall y D. Antonio León Gómez; cuatro votos por cada uno de los Sres. D. Jorge Roa, D. José Rivas Groot, D. Samuel Velázquez y D. Carlos Villafañe; tres votos por cada uno de los señores D. Jorge Pombo, D. Eduardo Posada, D. Enrique Alvarez Bonilla, D. Enrique W. Fernández; dos votos por cada uno de los Sres. D. Federico Martínez Rivas, D. Luis María Mora, D. José Joaquín Casas, D. Enrique Alvarez Hevas y D. Joaquín Restrepo Tamayo; un voto por cada uno de los Sres. D. Julián Páez, D. Edmundo Cervantes, D. Guillermo Manrique Terán, D. Daniel Arias Argáez, D. Clímaco Soto Borda, D. Alberto Sánchez y D. Jorge Mateus.

»La junta declaró electos á los Sres. Antonio José Restrepo, Holguín y Caro, Torres, Mac Donall, Roa, Rivas Groot, León Gómez, Gómez Jaime, Velázquez y Villafañe por mayoría absoluta de votos.

»Se procedió en seguida á votar por tres individuos, concretando la elección á los que habían obtenido la mayoría relativa, resultando, después de dos votaciones, electos los Sres. D. Jorge Pombo, D. Enrique Alvarez Henao y don Federico Martínez Rivas.

»La junta declaró por unanimidad académicos honorarios á las señoras doña Agripina Montes del Valle, D.^a Hortensia Antommarchi de Vázquez y doña Mercedes Alvarez de Velasco, al Rvdo. P. Teódulo Vargas y al presbítero D. Rafael María Carrasquilla.

»El señor presidente dispuso que se les comunicara la elección en nota de estilo á los señores académicos de número para que cuanto antes se reuniera la Corporación con el fin de elegir dignatarios, presidentes de honor y académicos correspondientes y comunicar su instalación á la Academia de Madrid.

»No habiendo otro asunto de qué tratar, se levantó la sesión, siendo las diez, próximamente.

»El presidente, *Rafael Tamayo*.—El secretario, *Max Grillo*.»

Bibliográfica

Las temporeras, por Claude Farrere; versión castellana de M. García Rueda.

Si anunciar la publicación de un libro del admirable autor de *Los civilizados* y de *El hombre que asesinó* es despertar en los lec-

tores una curiosidad y un interés no saciados sino con la lectura de la última página, en esta ocasión *Las temporeras* sobrepujarán aquel anhelo y despertarán animadísimo comentarios, acaso protestas, tal vez

«indignaciones hipócritas ó sinceras», como el autor expresa en la dedicatoria.

La vida galante ha tenido muchos historiadores y un número bastante mayor de novelistas; pero hacía falta un espíritu artístico y comprensivo á la vez, que la tratase desde el punto de vista del sentimiento, ajeno á toda secta literaria y á todo prejuicio filosófico. Claude Farrere, en *Las temporeras*, estudia con maestría por nadie superada, no solamente la existencia, ya original de suyo, de las amigas temporales de los oficiales de Marina en Tolón, sino que, buceando en las causas y en los efectos, nos muestra en toda su verdad cuánto hay de doloroso, de aspiraciones no satisfechas, de anhelos truncados, de barbarie injusta, de altruista bondad y de amor en la vida de esas pobres cortesanas que endulzan con sus caricias la existencia de los errantes, en los prejuicios de una sociedad que de buena fe se cree civilizada, y en la consideración que guardan á las temporeras los hombres que, «habiendo frotado sus prejuicios contra los prejuicios de la tierra toda», han acabado por comprender que una cortesana merece el mismo respeto que una mujer legalmente casada.

Esta conclusión, que sublevará á muchos lectores, está maravillosamente justificada en *Las temporeras*, sin largas disertaciones, con el estilo claro, vibrante, plástico que ha colocado el nombre de Claude Farrere á la cabeza de los novelistas franceses de nuestros tiempos.

Las temporeras es un animadísimo cuadro de vida por cuyas páginas desfila el Tolón galante y nocherniego, todo el intenso vivir de aquella ciudad donde la estancia de esa pléyade de viajeros curiosos y observadores que forman la oficialidad de la Marina francesa ha impreso un sello de cosmopolitismo sugestionador y lleno de encanto. ¿Y qué decir de las sorprendentes descripciones? Cuantos hayan leído *Los civilizados*, *El hombre que asesinó* y *La señorita Dax* conocen la insuperable maestría de Farrere en eso de trazar un paisaje ó una reunión en cuatro líneas justas, precisas, que hacen surgir ante los ojos del lector las imágenes con plasticidad sin igual. *Las temporeras* será seguramente la obra de Farrere que más discusiones provoque por sus audaces teorías, y también la que mayores elogios procure á su autor por el arte soberano con que está escrita.

Libros recibidos

POESÍA

Bajorrelieves (sonetos).—Ramón A. Urbano.—Madrid, 1911.

NOVELA

Contra Bonaparte.—Jorge Ohnet.—París.—Ollendorff.

Los archivos de Guibray.—Mauricio Montégut.—París.—Ollendorff.

VARIA

Espinas y flores de mi vida.—César Fallola.—Madrid, 1911.

La casa de la Infanta Isabel.—Gracián G. de Montoya.—Madrid, 1911.

La locura.—J. Jimeno Riera.—Zaragoza, 1911.

Documents de l'armée française.—G. García-Arista.—Zaragoza, 1910.

Biblioteca ATENEO de Autores Españoles

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN HISPANO-FRANCESA DE ZARAGOZA (1908)

OBRAS CLÁSICAS * OBRAS MODERNAS * OBRAS REGIONALES

POESÍAS TEATRO NOVELAS ACTUALIDAD COSTUMBRES CRÍTICA CUENTOS

OBRAS PUBLICADAS

Los Sitios de Zaragoza, juzgados por los generales de hoy, franceses y españoles.—S. M. el Rey D. Alfonso XIII; generales López Domínguez, Primo de Rivera, Bonnal, Gallieni, Bazaine-Haiter, Azcárraga, Weyler, Polavieja, Ochando, Luque, Martítegui, González Parrado, Echagüe, Suárez Inclán, Hore, Marvá y Madariaga. Epílogo del teniente coronel Ibáñez Marín. Retratos y autógrafos. (Edición de lujo.)—Precio: 10 pesetas.

Romancero de los Sitios de Zaragoza.—Fernández Shaw, Sancho, Gil, Cavestany, Larroder, Taboada, Bernaldo de Quirós, Enciso, Navas, García Redel, Cortines Murube, Valenzuela, Pomar, Fernández y González, Lassa, Aquino, Guijarro, Rueda, Rey, Gill, González Amurrio, Val, Bonilla, Alonso, Rodao, Abellán y Sandoval. Prólogo de Mariano Miguel de Val. Profusión de grabados. (Edición de lujo.)—Precio: 5 pesetas.

El placer de amar (novela).—Daniel López Orense.—Precio: 3 pesetas.

Cancionero (poesías).—Manuel de Sandoval, catedrático y correspondiente de la Real Academia Española. Precio: 3,50 pesetas.

Silba de varia lección.—Función de desagrazos en honor del insigne Lope de Rueda, desafortunadamente comento en la edición que de sus *Obras* publicó la Real Academia Española, valiéndose de la pólola de don Emilio Cotarelo y Mori.—*El Bachiller Alonso de San Martín.*—Precio: 2 pesetas.

Homenaje a Federico Mistral.—Paul Révoil, Rubén Darío, Teodoro Llorente, Díez-Canedo, Fernández Shaw, Iracheta, Machado, Mesa, Pérez de Ayala, Val y Bonilla.—Precio: 1,50 pesetas.

Los orígenes de la religión.—Edmundo González-Blanco.—Dos tomos.—Precio: 10 pesetas.

Educadores de nuestro Ejército.—Obra póstuma de José Ibáñez Marín. Prólogo del general de brigada Excmo. Sr. D. Federico de Madariaga. Retratos, autógrafos, etc.—Precio: 4 pesetas.

La revolución y los intelectuales.—Ramiro de Maeztu.—Precio: 1 peseta.

EN PREPARACIÓN

Novelas escogidas.—Varios autores.

Estudios de crítica literaria.—Adolfo Bonilla y San Martín.

Biblioteca ATENEO de Autores Americanos

OBRAS PUBLICADAS

Poema del otoño y otros poemas.—Rubén Darío.—Precio: 3,50 pesetas.

El viaje a Nicaragua (prosa y verso).—Rubén Darío.—Precio: 4 pesetas.

EN PREPARACIÓN

De otros huertos (versiones).—Baltino Dávalos.

OBRAS ESPECIALES

Colección "Oro viejo,"

Contendrá reproducciones de joyas literarias clásicas hasta ahora casi desconocidas u olvidadas. Las ediciones se ajustarán escrupulosamente a los textos más dignos de fe e irán precedidas de introducciones histórico-críticas.

DOBLÓN I.—**Entremeses del siglo XVII** atribuidos al Maestro *Tirso de Molina*, con una Epístola histórico-crítica, por *El Bachiller Mantuano*. (Tirada de 250 ejemplares.)—Precio: 2 pesetas.

DOBLÓN II.—**Vejámenes literarios**, por Jerónimo de Cáncer y Velasco y Anastasio Pantaleón de Ribera (siglo XVII), anotados y precedidos de una Advertencia histórico-crítica, por *El Bachiller Mantuano*. (Tirada de 300 ejemplares.)—Precio: 2 pesetas.

Nuestros grandes oradores

Esta colección se formará de pequeños volúmenes, cada uno de los cuales contendrá dos discursos escogidos, el retrato y el facsímil de uno de nuestros oradores insignes, tales como Castelar, Moret, Echegaray, Costa, Salmerón, Maura, Canalejas, Azcárate, etc.

I.—**Segismundo Moret.**—Propaganda liberal.—Precio: 2 pesetas.

Ediciones "Gran lujo,"

Tiradas especiales de importantes obras.

Alfonso XIII.—Rubén Darío.—Semblanza del Rey de España escrita para *La Nación*, de Buenos Aires. Edición de 200 ejemplares en 4.º mayor, papel inglés, y seis en papel Japón. Retratos de SS. MM. D. Alfonso, Doña Victoria y Doña María Cristina.—Precio: 5 pesetas.

Paz de Borbón.—Mariano Miguel de Val.—Semblanza.—(En preparación.)

Se admiten suscripciones a la **Biblioteca**, lo cual da derecho a recibir francos de porte los libros que se publiquen y a disfrutar un 25 por 100 de rebaja en el precio de cada tomo.

Dirección y Administración: Serrano, núm. 27.—MADRID.—Teléfono 2.297.

SUMARIO

	Páginas.
LA POESÍA ESPAÑOLA Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA.—Miguel S. Oliver.....	193
EL HIERRO.—Félix Navarro.....	197
A R. P. EN BELGICA.—Mariano Gómez González.....	206
EL CURA DEL CEMENTERIO (novela).—Gonzalo Firpo.....	216
LA MUSA ALBUANA: VIEJOS LABRADORES (poesías).—Mariano Miguel de Val.....	237
LAS LUCES DE CORDOBA (poesía).—Benigno Iñiguez.....	240
INFORMACIONES	
POLÍTICA:	
La suspensión de las garantías constitucionales	243
EXTRANJERA:	
Chile: Sociedad de Fomento Fabril.....	245
Uruguay: Reglamentación del trabajo.....	247
FINANCIERA:	
El valor del oro.....	248
LITERARIA:	
Juan Ramón Jiménez.—Andrés González-Bianco	250
BIBLIOGRÁFICA:	
La Ciencia Hierática de los Mayas, de Mario Roso de Luna.—Francisco Vera.....	253
Los archivos de Guibray, de Maurice Montégut.....	254
Contra Bonaparte, de Georges Ohnet.....	254
Nueva Biblioteca de Autores Españoles.....	255
LIBROS RECIBIDOS	256

NUEVA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES

Hermoso monumento de la literatura española que, bajo la dirección del eminente polígrafo Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, ha empezado a publicar la casa editorial de los Sres. Bailly-Baillière é Hijos.

Diez y siete son los tomos publicados hasta la fecha, y corresponden á las siguientes materias y autores:

- | | |
|---|--|
| Orígenes de la novela, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Tomos I, II y III. | tedrático de la Universidad Central y académico de la de la Historia. Tomos I y II. |
| Autobiografías y Memorias, por D. Manuel Serrano y Sanz, de la Universidad de Zaragoza. | Historia de la Orden de San Jerónimo, del P. Sigüenza, por D. Juan Catalina, catedrático, académico de la de la Historia y director del Museo de Arte Antiguo. Tomos I y II. |
| Sermones del P. Cabrera, por el P. Mir, de la Academia Española. | Crónicas del Gran Capitán, por D. Antonio Rodríguez Villa, de la Academia de la Historia. |
| Comedias de Tirso de Molina no publicadas en la Biblioteca Rivadeneyra, por D. Emilio Cotarelo, de la Academia Española. Tomos I y II. | Historiadores de Indias. Tomo I: Historia apologética de las Indias, de Fr. Bartolomé de las Casas. —Tomo II: Guerra de Quito, de Pedro de Cieza de León. —Jornada del río Marañón, de Toribio de Ortiúeira, etc., por D. Manuel Serrano y Sanz. |
| Primera Crónica General de España, que escribió el Rey don Alfonso el Sabio, por D. Ramón Menéndez Pidal, catedrático y académico de la Española. | Hechizos místicos españoles, por D. Miguel Mir, de la Academia Española. Tomo I. |
| Libros de Caballerías, por D. Adolfo Bonilla y San Martín, ca- | Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigan-gas, por D. Emilio Cotarelo, de la Academia Española. |

Precio de cada volumen: 12 pesetas en Madrid y 12,50 en provincias. Pídanse prospecto explicativo á los editores,

Sres. Bailly-Bailliere é Hijos.—Plaza de Santa Ana, 10.—MADRID

La mejor enciclopedia del mundo es la
Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana
actualmente en publicación

Acaba de publicarse el volumen undécimo, notabilísimo, que continúa la letra C.—En breve aparecerá el duodécimo.

J. ESPASA.—Cortes, 579.—BARCELONA

The Equitable Life Assurance Society of the United States

(La Equitativa de los Estados Unidos.)

SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

Fundada en Nueva York en 1859.

Situación de la Sociedad en 31 de diciembre de 1909.

	Pesetas oro.
Activo.....	2.519.860.420,86
Pagado á los asegurados desde su fundación.....	3.671.886.888,55
Dividendos pagados á los asegurados desde su fundación.....	624.844.684,67
Seguros en vigor.....	6.920.707.970,76

LA SOCIEDAD EMITE PÓLIZAS DE VIDA ENTERA

Pagos limitados, Dotales, Rentas vitalicias inmediatas, diferidas, etc.

• • •

Dirección general para España y Portugal en su PALACIO DE MADRID

Nombre

Señas de su domicilio

Profesión

Año, mes y día del nacimiento

Cantidad que desea asegurar

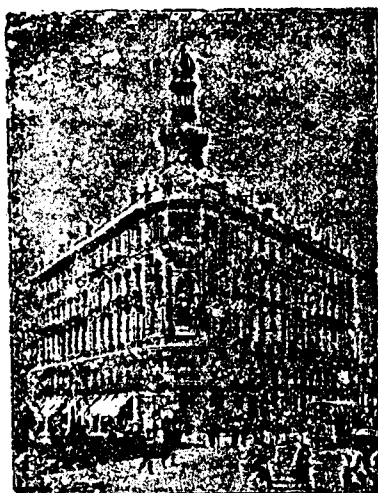
.....

Si tiene usted la bondad de llenar los anteriores huecos, y remitir esta hoja bajo sobre dirigido á la

Sucursal Española de

LA EQUITATIVA

MADRID



recibirá usted seguidamente explicación detallada de la clase de seguro que mejor se adapte á su edad y circunstancias especiales.

Abril, 1910.—Autorizado por la Comisaría de Seguros.

La poesía española y la Revolución francesa

IV

Por cierto que para el buque almirante de esa escuadra á que fué destinado Vargas Ponce, el poeta marino, bendijo en Barcelona el arzobispo tarraconense, allá por septiembre de 1792, un pabellón de combate con esta leyenda: *Pro Deo ac salute regum*. En la popa del mismo barco flameaba una banderola negra y verde con la siguiente inscripción en letras encarnadas: *Subvertetur Babylonis impiae nomen*. Así puede verse en una de las frecuentes correspondencias, escritas desde la capital de Cataluña, que publicaba el viejo *Moniteur*, en las cuales anduvo la mano de los agentes y emisarios de los clubs de París. Uno de ellos, y el más señalado sin disputa, fué el ciudadano Chantreau, destacado en Madrid y Barcelona alternativamente por el ministro Dumouriez con propósitos mixtos de agitación y espionaje.

De este Chantreau es el libro, rarísimo y apenas conocido en las bibliotecas españolas, que se titula *Lettres écrites de Barcelonne à un zélateur de liberté qui voyage en Allemagne, ou voyage en Espagne*. La primera edición apareció anónima en 1792 y fué agotada en poco tiempo. Repitióla en 1793 bajo su nombre y explicando los motivos que le habían obligado á guardar el incógnito. Se trata de un estudio sobre el estado militar de nuestras fronteras, sobre los emigrados franceses en España y sobre el espíritu y disposición de las comarcas españolas, y especialmente de Cataluña, con respecto á las novedades de Francia. Lo que acaso sorprenda á muchos será saber que á ese agente de los jacobinos deben los primeros rudimentos de lengua francesa, ya que su gramática fué la usual en nuestro país para la enseñanza de aquel idioma durante el siglo pasado y la estudié yo mismo como de texto en mis años de Instituto.

Pero dejando esta digresión y despidiéndonos de Vargas Ponce y de Jovellanos, de la «cuna de la francesa libertad, mecida por el Terror», de la «feroz Quimera» y de las demás personificaciones y figuras con las cuales el ilustre Jovino, tan esmerado y robusto en prosa, se supeditó poéticamente al patrón académico de aquellos días, prestemos un instante de atención á otro escritor magistrado: D. Juan Pablo Forner, fiscal del crimen de la Audiencia de Sevilla. Forner fué el enemigo más irreconciliable y sañudo no sólo de la Revolución francesa, sino de todo el espíritu galicista en general, erigiéndose en campeón de la autonomía intelectual de España y en jefe de la escuela apologetica de su antigua cultura, que vinieron á despertar el famoso libelo del marqués de Langle y el artículo ya citado de Masson de Morvilliers en la *Enciclopedia metódica*. No estaba dotado de las condiciones que forman al verdadero poeta. Carecía de fuego y de imaginación; su vehemencia no era vehemencia lírica ni furor divino, sino acritud y encono. Era un polemista y un

dialéctico endiablado, un genio irascible y bilioso, pronto á la réplica, infatigable en el combate, temible en la refutación.

Y esto, que dañaba á sus versos, haciéndolos casi siempre duros, prosaicos y sin armonía, llegaba á caldear y encender su prosa con los acentos de la elocuencia, con el sonrojo de la indignación, con los transportes del sarcasmo. La producción desigual y tumultuosa de este polígrafo resulta ya en sí misma un espejo de la antigua índole castellana: raza de improvisadores llenos de facundia, con súbitos aciertos y caídas, con relámpagos fulgurando sobre tinieblas, irregular y brillante, casi nunca correcta, sostenida y ordenada. En sus opúsculos y controversias pasó revista á todos los problemas de su tiempo, tratárase de literatura, de historia, de derecho ó de simples cuestiones de preceptiva, y aun de menudencia gramatical; y esos rasgos principales resplandecen en la *Oración apologética* y en la menipea que tituló *Exequias de la lengua castellana*. Quien de tal modo había combatido el espíritu francés, el galicismo en todas sus formas, ó sea la Revolución en estado latente, ¿cómo no había de levantarse airado así que la vió convertirse en actuación, en delirio, en desbordamiento y violencia? La ejecución de Luis XVI puso fin á su silencio, si bien no encontró tampoco para interrumpirlo un acento digno de tan alta y luctuosa ocasión:

Al corte infame de crúel cuchilla
cae la cabeza que á las leyes santas
órgano fué supremo, y veces tantas
las dió á la tierra en prepotente silla.

La de Occidente augusta maravilla
ludibrio yace de rebeldes plantas;
estremece el ejemplo altas gargantas
y un tanto el ceño del poder se humilla.

Pueblo que la adoró, sin llanto ahora
yerta la mira derramando en hilos
desde mano soez sangre inocente.

Así el que sirve al que le manda adora:
contra el débil señor vibra los filos;
si éste los vibra, sirve reverente.

Lejos está el anterior soneto de constituir una maravilla, ni cabía esperarla de Forner aun con tales motivos de inspiración. Los conceptos sutiles y retorcidos, los versos inarmónicos y llenos de sinalefas y cacofonías no corresponden á un momento tal de la historia humana; y si aquí los reproduzco, no es á título de ejemplos literarios, sino con la vista fija en un objetivo diferente, documental. En otra muestra que voy á ofrecer el autor considera como un don de la Providencia la tiranía que se ha amparado de los franceses, bien por lo que tiene de expiación, bien por lo que aviva la conciencia de los hombres este contraste entre el orden moral perturbado aquí abajo y el orden eterno é

inmanente de la Justicia divina. La versificación de este nuevo soneto—que formaba parte de una diatriba contra Brissot y Robespierre no publicada hasta ahora—excede muy poco al anterior en claridad y elegancia:

Gracias eternas á tu justa mano
dirijo humilde, Providencia santa,
cuando la tierra contra mí levanta
tiránico opresor, brazo inhumano.

Así de tu gobierno soberano
el orden luce en diferencia tanta,
que á la tiniebla que al mortal espanta
el rayo de la luz sigue cercano.

Mansión de vicios, la malvada tierra
triunfa con ellos; en región más pura
coronas tú los ánimos sagrados.

Haz ¡oh poder! á las virtudes guerra;
que sociedad tan bárbara é impura
no es para que los justos sean premiados.

Se advierte en tales versos como la intención recóndita de imitar á Argensola. Pero el último, sobre todo, es tan infeliz y poco musical, que la sombra de emoción levantada por los cuartetos se desvanece al instante, sin dejar rastro. Cuando un tenue acierto llega á elevar la musa del polígrafo extremeño, no tardan en presentarse los tropiezos de la versificación inhábil y defectuosa para destruirlo todo. Véase en corroboración de ello la siguiente pieza, titulada *El año 1793*, cuyo primer cuarteto se remonta no poco para llegar al cuarto endecasílabo—digno de un poeta de veras por su vuelo rápido y de agradable resonancia—, pero que se viene á tierra en seguida, sin alcanzar á sostenerse:

Cruje feroz el carro furibundo
del implacable Marte, y desquiciada
la tierra, en sangre y en sudor bañada,
puebla de horror los ámbitos del mundo.

Impía la Parca con aspecto inmundo,
no en los campos de Marte fatigada,
destroza en prado y monte encarnizada
greyes sin fin con ímpetu iracundo.

Cadáveres son hoy de hombres y brutos
cosecha horrenda de la tierra, males
con que esta edad su mérito señala.

Niéganse al hombre hasta los rudos frutos.
¡Ah! Según lo merecen los mortales,
así el cielo, Teodoro, les regala.

No hay necesidad de esforzarse para poner de manifiesto la esterilidad poética de Forner. Su talento era discursivo é ingenioso, de expositor y de controversista. En verso lo mismo que en prosa, no hace sino argumentar, exponer antítesis, impugnar tesis. Así, por ejemplo, cuando la *Gaceta de Madrid* dió noticia de la persecución y caída de los girondinos y de la muerte de Brissot, á quien profesaba odio reconcentrado, la comentó en unas quartetas festivas, apuntando, acaso el primero entre todos los satíricos de la demagogia, el contrasentido de quienes para fundar la libertad y restaurar la ley de amor entre los hombres cayeron en la más infame de las tiranías y en las más inmundas ferocidades:

Una república luego
diz que fundó su ansiedad
por gozar de libertad,
de igualdad y de sosiego.

Su república bendita,
para premiarle el trabajo,
le rebanó ¡zas! de un tajo
la chola, y no está contrita.

Ahora dime, Gil honrado:
¿no fué extraña habilidad
el fundar la libertad
para morir degollado?

Miguel S. Oliver.



EL HIERRO

Tratemos de penetrar lo más que podamos en la índole esencial del hierro.

Los metales en general hallanse en la Naturaleza en la respectiva compañía que determina su principal afinidad, y allá en sus lechos misteriosos guardan como inertes el gran secreto de la Creación de ser el amor ó cohesión fundamental la íntima esencia hasta de lo que parece más muerto, siendo cierto que aun las cenizas mismas del ayer sirven para nuevas combustiones de la vida del mañana, como lo comprueba la rotación *vital* de los abonos minerales para las plantas.

El calcio, el sodio, el potasio, el silicio, etc., se encuentran en cantidades colosales; pero en sus yacimientos *parecen* ya cadáveres, en un todo indiferentes al drama geológico en que tomaron parte. Pero ¿existe la muerte absoluta en algo de la realidad?

El hierro es un metal no sólo como los otros, el *más allá* de cualquier mena ú otra cosa, el ánima de una piedra: es el *más vital y espiritual* de todos, el *útil* por excelencia; tan afín ya de nuestra vida, que ella parece ser su gran amiga. Con él, ella *se exalta* (y creemos sea el hecho así, aun yaciendo el mineral de hierro muy hondo por bajo de nuestros pies), y sin él, languidece y muere. Por él se vitalizan nuestros glóbulos sanguíneos y nuestro globo planetario, y un poco de carbono le acompaña, como si ya fuese un ser organizado al modo de vegetales y animales, cuyos vasos vitales recorre, oxidándose en *la tierra*, disolviéndose en *el agua*, llegando con ella al vegetal, y por él hasta nosotros, donde nuestro *fuego* le reduce mediante la acción comburente de lo vital del *aire*.

Según los químicos, el hierro es lo mismo el factor decisivo de la *hemoglobina*, ó principio colorante y vivificador de la sangre, que el eficiente de la *clorófila*, ó substancia decisiva del verde y de la salud y hermosura de los vegetales. Ante la inmensa y universal acción de este metal más que ante la de otro alguno, y atendiendo á la no averiguada sencillez de rayas que el análisis espectral revela en el hierro, acentúanse nuestras dudas acerca del corriente concepto de los actuales cuerpos simples de la Química. ¿Será el *hierro* especialmente un tal cuerpo simple, ya por completo y para siempre irreducible á descomposición, de admirables complejidades antes no sospechadas? Tal vez en cuestiones como ésta se avansase más si en vez de limitarnos á estudiar *diferencialmente tan sólo* cada ciencia, se intentase una mayor tendencia hacia la unidad soberana con que la realidad se nos presenta, y ante la cual ni el artista ni el químico ni científico alguno pueden prescindir del ambiente de espiritualidad á que debemos la vida y el pensamiento, tan íntimamente relacionados.

Cíñase en buen hora nuestra atención á lo concreto lo más posible cuando algo determinado quiera conocer; pero sírvase el alma de sus angélicas alas de libertad y soberanía para ver algo más de la Sabiduría, de la *Esencia* verdadera y única *en todo latente* para los pobres ojos de la animalidad, más ó menos armados de ingeniosos cristales.

El hierro, según lo indicado al mencionar la hemoglobina y la clorófila, es,

pues, algo *fundamental*, y hasta de sensibilidad extremada misteriosa, como materialmente vemos en la brújula y en las limaduras ante un imán. ¡Cuán pronto y bien se asocian, demostrando su condición! El hierro es sin duda prenda de concordia entre cosas y seres, así como es de fuerte en su cohesión propia, típica de cuanto sea firme; y sin embargo de esa firmeza, su esencia es la de la vida misma: el movimiento, la vibración continua, la acción, el trabajo. Por la soberana noción de la unidad de todo lo íntimo del Universo despiértase en nosotros la intuición de lo que un metal así será en el arte, y por qué se alía á las manifestaciones más intensas y virtuales, á los más elevados símbolos y á las más enérgicas realidades. Es, en efecto, según la primera noción del hierro llegada á nuestro mundo, algo *caído del cielo* y que con motivo se daba por *premio* á los héroes homéricos. Llamósele *sideros* en griego; de modo que lo *sideral* y lo *siderúrgico*, lo extraterreno ó *celeste universal* y lo terrenal típico resultan afines. (También por aquí el hierro apunta hacia el *norte magnético*.) Y si del lenguaje de la gran cultura helénica pasamos á la inspiración de la voz latina, el sonido *¡ferrum!* anuncia como soplidos y rodajes de algo fuerte y recio que adviene. ¿No es acaso el VERBO, el *Hijo* de Dios, ó sea el *lenguaje*, quien más lo revela? El hierro es el obligado vehículo de la agitación, propenso á lo grande y épico, y aun como vibrante, llega á ser cuerda música y nota del diapasón.

La antigua Astrología asignó á nuestra Tierra el metal hierro, y le recordamos como guía ó brújula para surcar sus mares, como material para los buques, máquinas y vías terrestres, como de armas, como de útiles de labor de todo género. Metal que con nosotros mismos *respira*, trabaja, pelea, viaja, canta, y ama y apetece el oxígeno de nuestra vida, es el *más humano*. ¿Qué mucho que llegue alguna vez á representarnos, si es nuestro buen amigo y siempre nos ayuda? ¡Eso es el hierro!

No es inexacto el lenguaje literario al no hacer gran caso de las pequeñas dosis de carbono que *endurecen* el hierro *puro*, tan blando de suyo, que así sólo serviría, al decir médico, para el *uso interno* de vivificar nuestra sangre. Con una centésima de su peso en carbono, el hierro es el llamado *dulce*, y el mejor para labor de martillo artístico; con dos ó tres centésimas, el hierro es acero; y con cinco á seis, es fundición blanca ó gris, ó atruchada en la mezcla de entrambas, y es dado obtener acero, ó *carbureando* el hierro, ó *descarburando* la fundición. El buen *hierro de labor*, *maleable*, obtiénese de hornos con leña, y no con carbón de piedra, porque éste aporta azufre, fósforo, silicio y otras inconvenientes «compañías» para nuestro metal, aquí examinado como elemento de arte. Entre *otros males*, le traen la más fácil oxidación; razón por la cual los hierros modernos solamente se sostienen con mucha pintura, y los antiguos, procedentes de la explotación con leña, subsisten bastante en no pocas obras seculares á la intemperie y sin pintarlos, bastándoles su pátina propia, semejante en algo á la del bronce.

El hierro se presta á todas las exigencias de la expresión: desde la de líneas y trazos finos hasta las decorativas y aun mórbidas de la plástica.

Barras de cualquier perfil seccional, chapas generadas en plano y adaptables después á *cualquier curvatura*, aun á las complejísimas de la forma estatuaria, á todo modelo y tamaño, desde lo afiligranado á lo recio y colosal, es decir, á todo lo concebible, geométrico y mecánico, dominándose á discreción su forma y su dureza según se requiera. No hay, ciertamente, material de mayores horizontes para el arte general, que llega á rebasar, acabando por ser la misma vida en *acción* ó efectiva de lo ya animado por nuestro genio, y pasando á ser *semoviente* y motor de cualquier mecanismo, ó si se quiere más literalmente, osamenta y musculatura.

Se trata, pues, de algo de *primer orden* en las condiciones de nuestro mundo. El hierro ha hecho ya público el gran secreto que los otros metales ó almas de piedras guardaron en sus hipogeos. La máquina locomotriz, la redentora ó libertadora, atruena el silencio de los valles (y aun las crestas de altísimos montes en la vía sobre los Andes del Perú) con su perpetuo y potente «¡Voy!..., ¡voy!..., ¡voy!...», porque ya es, en efecto, realidad material el amoroso *eterno viniente* cargado de bienes. El progreso del caballo de nuestra ideación para borrar las fronteras y atenuar las distancias para que el espíritu las recorra triunfante y pueda sentar á su mesa de abundancia y concordia á todos los hombres. Un metal así, al ser roto ó sorprendido en su interna textura, es un metal de estrellitas del cielo, y bruñido es dulce luz de luna, sobre todo pulido como espejo de los astros, como armas y como cuerdas músicas, revelando su intimidad ó alma romántica; porque en lo natural, cada cosa en su aspecto revela ingenuamente su esencia. ¿Acaso hay algún interés ó poder superior al de la verdad misma?

Vedle modesto, retirado á ser *fondo* de una labor damasquinada: allí es negro como la obscura noche, para que su encumbrado hermano brille más; pero ¡cuán bello es aun así, tan negro, el *más valioso* de los metales! Se comprende que en la unidad de lo providencial, en la Historia, el hierro, el humilde valioso no se haya manifestado hasta la época cristiana, y en todo su esencial desarrollo, cuando la Humanidad estaba ya en sazón del predominio reconocido de la *ciencia*, á cuya inauguración de tal *reconocido* imperio asistimos nosotros. ¡Cuán hermoso va resultando el planeta nuestro á medida que avanza la gran labor *al hierro* confiada! Ahí lo tenemos envolviéndole ya, ciñendo el suelo en una red de líneas oscuras cuando no recibe los rayos del sol, pero luminosas como expresivas de su misión, como las vemos *de día* en nuestra soleada España. Al venir en nuestras excursiones provinciales de comarcas aún privadas de vía férrea, y llegar á ver carriles, parecíanos recibir, á la vista de los rieles de acero, la simpática corriente de la civilización entera.

El hierro comporta sin duda inspiraciones de la grandeza espiritual. Sobre la cruz de bandera y *espada* se jura nuestra *cohesión* con la Patria; agrúpanse hoy obreros ferroviarios, y se titulan «La Locomotora *Invencible*», sabiendo muy bien que la cohesión férrea en los hombres transformará la vida. El obrero *en hierro* es tal vez quien más siente la noble altivez del trabajo humano. ¡Cuán poco penetramos en el *alma* de las cosas!... Desde luego aun los

más opacos á la luz celeste llaman á cada paso, al ver una viga de hierro, su *alma* ó *ánima* á lo *esencial* de su resistencia y rigidez, porque ésa es, en efecto, la intención de la Esencia creadora de todo: que el hierro fuese el dechado terrestre de la unidad de moléculas, de vidas ó de pueblos; la salud en la sangre y en las naciones. ¡Pobres de los distanciados del hierro! ¡Pobre amplitud espiritual la de quien no recorrió algunos miles de kilómetros de férrea vía!...

Una vez un amigo residente en apartadísimo rincón filipino pidiénos un sencillo trazado de aparato elevatorio de aguas que había de hacerse *sin un clavo siquiera del maravilloso metal*, y cuyo motor sería un carabao ó buey enano de por allá. Dibujamos el *prehistórico* artefacto, y en ese lentísimo rumiante y en los bíblicos palitroques enclavijados vimos el espejo de nuestro mundo antes del hierro y antes de los metales. ¡Imposible de transmitir por medio de la palabra la intensa noción de realidad que conllevan tales hechos «sentidos» al reclinar nuestra cabeza sobre el pecho del Maestro! ¡Ni minas, ni talleres, ni vías, ni máquinas!... A eso corresponde no tener letras ni vestidos, cultura ni dignidad. La desnudez de cuerpos y almas, y el simple andar en dos pies... por la misericordia divina. Gracias á que ella existe, cabe esperar las mayores cosas en todas partes.

El hierro es, en efecto, lo más movido y excitante del mundo, y la *quietud* repugna á su concepto metafísico; aparte de que producido en grande resulta tan oxidable, que sólo envuelto como las momias en muertos aceites y tierras, ó sea con unción y entierro, le podemos cortar la *respiración*, el anhelo de oxidarse, que es lo espontáneo suyo. Á veces la funda ó estuche de *asfixia* es hasta un forro de plata ó de oro, pues todo ese justo honor le hemos hecho los hombres en algunos casos, como en las verjas de catedral, cuyo coste de dorar alarmaba á las relativamente rumbosas corporaciones que pagaban. Pero esto acontecía con el hierro en los *interiores*, donde lo *más amado* se guardaba. Al ver aún en Aragón viejos *hogares de pueblo* con herrajes (mimados á veces hasta *pulirlos* á fuerza de caricias ó cuidados), hemos entrevisto la pertinencia del arte del hierro en lo *íntimo popular*. Allí, jugando con las llamas, parece estar en su casa ese humilde criadito, aunque su abolengo sea el de Hércules, que tras de las mayores hazañas sentóse á la mesa de los dioses.

El hierro para lo monumental es harto movido y complejo. Monumento es «memoria», recuerdo perenne, inconmovible como el Moncayo ú otro monte de la tierra amada, que desde lejos ya se revela al alejado viajero cuando retorna ansioso á lo suyo, al «hogarcito con los hierros» que vió en su infancia junto al fuego congregante. El hierro es la *vida*; el monumento es la señal más fija ó muerta y *sencilla* que se pueda obtener. El hierro no es, pues, *monumental*, y el *estilo adecuado* del hierro para el *gran monumento* es una quimera planteada por quienes penetran muy poco en el fondo de las cosas. La famosa torre Eiffel es un artificioso escalar de la altura, meritorio, científico; pero ¿es monumental? ¿Lo es la celebrada galería de máquinas de la Exposición de 1889? Son triunfos constructivos y de habilidad industrial; pero ante

lo metafísico de la monumentalidad, un sencillo pétreo campanil de doble ó triple altura nada más que las casas de la aldea, semejantes en su conjunto de agrupación á las ovejitas con su pastor, impresiona más como perennidad imponente. Las grandes galerías de estación modernas son para el artista *unas viajeras más*; parecen estar *de paso* en el mundo, parar mientras dure la concesión explotadora. Son lo transitorio, lo descomponible, como la complicada jarcia marinera, que es fuerte, fortísima, pero á prueba de más vendavales que de siglos.

Los herrajes en la monumentalidad han de serlo al modo *romano* y al modo *propuesto* en el *cemento armado*, como *osamenta recubierta* para consistencia de las albañilerías que refuerzan. ¿No es el metal *meta-allos*, el más allá, lo más hondo de la mena del monte, de la masa acompañante? Pues ahí, en la palabra, en el verbo revelador está la solución del problema que arquitectos poco filósofos han buscado en casi todo el siglo en que nacimos. Al acabarse esa centuria se ha dado ya con la solución de reproducir ó representar hasta *los Alpes mismos* en una llanura de París, en la afortunada especulación del *village suisse*, artificial idilio de descanso que el exceso de mecanismos y herrajes llegaban á proponer como necesario. En aquel ensayo teatral conteníanse no pocas enseñanzas de arte que son del ideal, y por serlo, revisten la mayor importancia. Hay que retornar á lo sencillo, á lo natural, á lo sano; y como no se puede uno volver niño, hay que renacer por las eficacias del arte bello.

Que el hierro, con *todas sus cualidades típicas*, las de su tenacidad asombrosa, puesta de manifiesto por su misma condición dinámica ó cinemática, no es el *cuerpo de la pirámide* ó monumento quieto, queda ya bien probado en la Historia con el hecho de que en el período gótico, al llegar á las atrevidas agujas y crestas, donde el metal hierro en moderadas masas no resistiría mucho á la oxidación, y para donde la piedra no alcanzaba, acudíase al plomo, metal de ataúdes, *incompatible con la vida*, insoluble ó venenoso para ella, pero monumental ó permanente al aire más, mucho más que el hierro, que para estarse quedo en tales pináculos requiere la ayuda de ese muerto plomo.

La misión verdaderamente universalizadora de la concordia, ó sea esencialmente *cristiana* del hierro, ha sido puesta de manifiesto en *cada cruz* de un puente de vía férrea con su río respectivo; pero al patentizar esa *fase religiosa* se ha llegado en un caso concreto á producir una obra de excepcional interés artístico. Nos referimos al puente que salva la antigua frontera franco-alemana de Estrasburgo á Kehl. Trátase de un armado de vigas rectas, de celosías de cuadros en diagonal del aspecto ordinario de esas construcciones (cuyos hierros repiten indefinidamente en su estructura, ideación y en sus secciones ó combinaciones los «signos de victoria», la T y la X), pero cuyo puente presenta en uno y otro extremo *portadas de arquitectura como de catedral cristiana*, y sobre cada pilar, casi anegado por la corriente, exhibe góticas agujas indicadoras del cielo. Cualquier otro ser que el racional, en aquel sitio, ante el Rhin agresivo en amenazadora corriente, sentiría fundado miedo;

pero la razón soberana, al penetrar en Alemania, parece sentir el sabio mote germánico y humano *Gott mit uns*: «¡Dios está con nosotros!» ¡Adelante, y confiados! Y allí, en efecto, ante el enorme peligro, la Humanidad cruza tranquila, y tal vez representada en feliz juvenil pareja de miradas y manos entrelazadas, y con todo su ser inundado de las más dulces esperanzas. ¡Oh triunfo hermoso sobre la muerte y el miedo!

El hombre, divino por su razón de excelso origen, pasa victorioso por allí, como á veces sobre aparente tenue cendal que las hadas de su genio han tendido sobre el abismo, cual sucede, por ejemplo, junto á la espantosa catarata del Niágara; y, sin embargo, el «cendal tenue», el blando lazo, de aspecto meramente ideal, resiste el peso de convoyes del hombre soberano, que idea los puentes colgantes, como todas las admirables obras de la actual campaña redentora del ideal en nuestro mundo. ¡Cuánta poesía hay en todas estas cosas! ¡Cuán hondo y amplio es el pensar que el hierro sugiere á quien con los ojos de la espiritualidad quiere contemplarlo!

Cierto que ni el constructor puramente práctico ni el perito técnico tienen claro concepto de la divina labor á que están cooperando; pero ¿es necesario que las laboriosas abejas conozcan conscientemente todas las leyes geométricas, mecánicas y químicas concurrentes á la producción de sus mieles? No es condición precisa que cada obrero conozca todo el plan del Gran Arquitecto, ni es cosa rara hallar maravillosas obras de un *arte inconsciente* para el hombre, como son, por ejemplo, las profundidades del lenguaje en lo más vulgar y corriente. El solo nombre latino *ferrum*, ideado hace siglos, es toda una profecía.

Aquí en España, entre las revelaciones del ferrocarril, en la vía de Madrid á Zaragoza la línea cruza, en la ya olvidada frontera de Aragón y Castilla, sobre un puente, el Jalón, río y marca del estrecho concepto antiguo de las naciones, y de seguida penétrase por un túnel en mármol al pie de un monte que aún guarda un intacto marmóreo castillo, hoy habitado no ya por feudales halcones, sino por mansas naturales palomas. Al ofrecérsenos en Alhama una vez más sobre la cruz de una vía y un río la virtualidad de *la nueva campaña* de redención; al oír la resonante voz del eterno viviente entre las muertas rocas, desgajadas como los sepulcros abiertos, exclamando: ¡*Voy!*... ¡*¡voy!*!..., ¡*¡voy!*!..., como surgida del transfigurado Hércules, un velo del mundo pareció descorrerse ante nosotros, revelando al espíritu extasiado toda la marcha de la Historia hacia la unidad ú océano del ser, adonde van todos los riachuelos y ríos de la vida, donde están ya las guardas, las prevenciones homicidas de nuestros padres de Aragón y Castilla, más unidos por el recíproco amor que los novios del Rhin en nuestra ideación aducidos. Eso ha de ser, y lleva camino de ello, el mundo todo: lo que ese humilde hogar, fronterizo antes, y por lo visto como su nombre: «Aljama», *reunión, concordia de gentes*.

¿Son casuales estos nombres y estos hechos? ¿Son meros antojos de visionario estos deleites íntimos, en que se cree gozar desde lo obscuro con un poco de la luz del día, hallándose uno en prisiones de ignorancia?

No debe ser solamente ilusión ó demencia, porque si algún camino fácil hay del ideal á nuestras almas, es hacernos *sentir* lo bello y compenetrarse en el instante supremo de la dulce emoción. No lejos del Alhama, en el poético valle del Piedra, al penetrar yo una mañana en la soledad inmediata á la «Cola del caballo», salía azorada de debajo de las aguas, de la mágica gruta, una banda de palomas, y como un relámpago se asoció en la mente la idea de la eterna caída ó vuelo del torrente á su lecho, del vuelo de las aves hacia su conservación, y el del alma del hombre hacia Dios, allí como manifiesto por la belleza. ¡Todo una misma ley! Séanos consentida la leve digresión, en gracia, al menos, de que sin la obra de los ferrocarriles, aun habiendo nacido en Aragón, no habríamos ido á Piedra, ni antes de ello á países ya convertidos por el viajar continuo en provincias aragonesas y castellanas que se entienden á diario al combinar su correspondencia, sus cambios, sus recíprocos de-leites. ¿No va ya siendo el mundo por el hierro lo que ese *Alhama* de nuestra grata memoria? Eso, esa poesía, ese sentimiento de la unidad, de la *cohesión armoniosa*, como la de las «estrellitas», que el hierro ó acero recuerdan, eso es el hierro. Pero ¿el hierro es Dios, ó se revela por él más claramente que es *ser de seres*, que es materia, que es vida?

También las fronteras de esos conceptos tras de los cuales se encastilla son viejas guardas de la estrechez, parecen ir cayendo, ó perforándose al menos «con túneles» ó cauces de pensamientos de concordia. Teólogos ó creyentes sinceros, y científicos escrutadores tenaces: aquí os damos á unos y á otros de todo corazón manos amigas. Tal vez con un puente de hierro salvemos también el abismo de la discordia que os separa, y sobre el cual hoy nos sostienen las alas del arte. Cuando en lo alto de un templo veamos culminar el emblema de una férrea cruz dominando el mundo, pensemos en la doble fase de la verdad, allí casi inconscientemente proclamada. ¡Tanto por *cruz* como por *hierro*, merece prevalecer aquella ideación tan honrosamente! La acción del hierro es *libertadora*, es redentora como la del Evangelio, cuyo advenimiento pareció esperar para inculcarlo en el mundo. ¿No son al fin el Evangelio y el hierro *ideaciones de Uno*?

Del modo menos deliberado, y sólo con meditar amorosamente sobre el *arte* y sobre el *hierro*, hemos dado en esa misteriosa relación de los tres pueblos sitios á escuadra y del nombre Magdala, en cuyo análisis nos hemos complacido. Si con habernos agitado por el hierro hemos recogido un solo átomo del oro de la verdad, á las eficacias del hierro lo deberemos. Pero ante estas tentativas de elevarnos con y por la idea algo más que una alta torre de construcción material, también de hierro; al llamar *libertadora* su misión, se objetará tal vez el carácter *práctico*; pero ¿no son de hierro las cadenas y las rejas de las prisiones, las envolturas de los terribles proyectiles de destrucción, y las armas de la tiranía, sus espadas y cañones gigantescos, no son de acero? Es verdad; pero la pasajera represión del mal, ¿no es promover la expansión del bien ó finalidad de la libertad? A la eficacia del hierro de una espada ó de un proyectil opónese otra espada ó una férrea coraza, y los horro-

res de la guerra se extinguirán por *extremarse* con el hierro y sus auxiliares la potencia destructora más que con lamentaciones de dulces artistas ó de piadosos sacerdotes; porque sin duda es ley que lo que á hierro mata á hierro muere, y así los hombres acabaremos por saber lo que nos conviene. Sin duda la opresión por el hierro es pasajera, y si en un tiempo fué cadena ó grillete de esclavos libertados por el espíritu cristiano, mucho más, á razón de siglo por día, las cadenas y los grilletes servirán á la idea libertadora como adornos de muros semejantes á nuestro San Juan de los Reyes en Toledo. Contempladlos, y sentiréis la profundidad del *carácter épico* que hay en tales trofeos, gloriosa coronación de la eficacia española.

¿Qué más para iniciarnos en la esencia del hierro? ¿No es lo más íntimo del hombre su *propio anhelo* de felicidad? Pues bien; ella se va logrando merced al *trabajo*, y éste apenas se concibe de modo fecundo sin la mediación del hierro, sin la «herramienta», sin los *útiles* de labrar desde la tierra hasta los hondos surcos que el ideal abre con el santo escribir, hoy con férrea pluma, con la pluma de *acero*.

Toda virtual vibración vive en el hierro. ¡Ah! Sin él ni aun la lengua hablaría. El verbo transmítese instantáneo en el telégrafo ó alambre de hierro, y tal vez la condición de electrizarse el hierro sea el motivo de tenerle en nuestro cuerpo, y junto al árbol nervioso, por donde imperamos sobre nuestros músculos, que cuando fuertes, son llamados férreos ó de acero.

El hierro representa toda la exuberante producción mecánica, que por sí sola llena hasta rebasar todo almacén que no sea el mundo entero.

El hierro representa los tres reinos de la Naturaleza, y nos la humaniza en nuestras cosas. Puede copiar como «piedra» ó fundición el templo y la estatua helénicas ó la catedral cristiana; puede reproducir como encantado ó inmóvil la dulce vegetación con todos sus más delicados primores de la flora y de los follajes, y adaptarlo á cuantos sueños de idealidad plástica nos ocurran. En lo animal, ni aun la sutileza de las redes del encaje estelar de la araña le están vedadas, y como acero ó vida enérgica, en resortes inverosímiles salta, tiembla, trabaja y canta con angélica voz; vive en las vibraciones todas, que continuadas con sacudida continua le cristalizan, trayéndole á su mágica vida interna de la misteriosa geometría del mundo. Ni aun las de la luz le son indiferentes, puesto que pulido excede á todo otro cuerpo para limpieza de espejo, del cual se sirve el hombre para estudiar el *mundo sideral*, su hermano, y aun después de arder como volcán vistoso ó energía del fuego terrestre en el arco voltaico, podemos por fin someterle á la gran prueba de hacerle consumir en el seno amadísimo suyo de la substancia excitante de nuestra vida, y le veremos á él, al hierro, al humilde fondo negro del damasquinado, resplandecer en el oxígeno como el Cristo en el Tabor, con luz deslumbradora de blancura.

Metal viajero glorioso que viaja con y por el agua y nos trae el agua como la vida de la sangre y la hermosura de las plantas; metal que con poco puede matarnos y con menos aún darnos vida, á cuya seguridad y defensa quiere proveer siempre; metal potente que ata y desata cosas, hiende rocas y junta

pueblos, y que para congruencia con todo su ser puede soldarse consigo mismo aun sin abandonar el estado sólido: él nos va inculcando que la *cohesión* de los átomos es *la ley* del Universo, y la norma del mismo Evangelio la de los cuerpos y la de las almas.

Quien dice hierro, dice fuerza, fuego, chispazos de vida. Algo recio y victorioso vive en él. ¡*Disperta, ferrol*, fué grito lógico de combate. Los niños, al jugar con las negras *pedras del moro*, ó pequeñas piritas cúbicas, que dan fuego, presienten algo de mágico en aquella misteriosa geometría de lo terrestre. ¡Ah! ¡Cuántas veces, en la ingenuidad receptiva de la infancia, nos ha embelesado á todos una fragua en acción! Aun prescindiendo de los hercúleos y varoniles trabajadores de las ferrerías ya grandes, como las de Bilbao, donde se piensa en los cíclopes, ideados sin duda porque los primeros forjadores del hierro debieron taparse los ojos y evitar el peligro de perderlos con un *solo agujero* visual del vendaje de protección, donde se pusiera un vidrio de mica ó talco; aun dejando á un lado esas evocaciones de lo colosal y de lo teogónico, que son tan propias del hierro, bástanos recordar la impresión infantil. Caldeado el hierro, y de prisa, á toda prisa para no perder el precioso momento, los martillos férreos, sobre el duro yunque, parecen animar al hombre con este canto resonante de su eficacia: «¡Pron... to!, ¡pron... to!, ¡pron... to!» Esa es la sugestión del hierro: *la presteza, la acción enérgica y viva*, que aun escribiendo parece inculcársenos también, haciendo que el estilo chispee y nos caliente con intuiciones del alma de las cosas.

Ese es el sujeto y el sujetador que tenemos delante, y puesto que es amigo y protector y justamente *honrado*, ¡bien venido sea según lo presentamos!

Félix Navarro.



LA R. P. EN BÉLGICA

1. Evolución del régimen electoral belga; momento en que aparece la R. P.: su radio de acción.—2. El régimen electoral belga en su conjunto: fuentes; elementos característicos.—3. Razones determinantes del advenimiento de la R. P. en Bélgica.—4. Mecanismo del sistema belga de R. P.: operaciones que comprende.—5. Formación de las listas de candidatos.—6. Presentación de las listas de candidatos.—7. La papeleta de votación: sus requisitos.—8. La campaña electoral.—9. Las circunscripciones electorales.—10. Los «bureaux» electorales.—11. El voto: modo de emisión; especies; votos válidos y votos nulos.—12. El «déponillement» (recuento de votos).—13. Los cálculos para el reparto de puestos: funcionamiento del sistema de D'Hondt.—14. Designación y proclamación de los candidatos elegidos.—15. La designación de suplentes.—16. Apreciación crítica del sistema belga ó de D'Hondt.—17. Efectos que ha producido la R. P. en la vida política de Bélgica.—Bibliografía.

1. En 1830 el pueblo belga rompió violentamente los lazos políticos que le unían á Holanda y se constituyó en Estado independiente (1). «El sufragio universal era entonces considerado como una utopía, y ni aun los miembros más avanzados de las Constituyentes pensaron siquiera en proponerlo» (2). Lo único que se hizo fué democratizar el régimen censatario, introduciendo el sufragio directo, el voto singular y algunas otras reformas; pero lo esencial del régimen censatario se respetó. «La Cámara de los Representantes—decía el artículo 47 de la Constitución de 1831—se compone de los diputados elegidos por los ciudadanos que paguen el censo determinado por la ley Electoral, el cual no podrá exceder de 100 florines de impuestos directos, ni ser menor de 20 florines.» «Los miembros del Senado—agregaba el artículo 53—serán elegidos... por los ciudadanos que eligen los miembros de la Cámara de los Representantes.»

Desde esta época la legislación electoral de Bélgica ha sufrido las siguientes transformaciones:

a) La ley de 1877 estableció, mediante minuciosas disposiciones, el secreto del voto.

b) La revisión constitucional de 1893 introdujo un sufragio universal mitigado, que hizo además obligatorio, é instituyó el voto plural, que fué la fórmula de transacción entre los partidarios del sufragio universal puro y los del antiguo régimen censatario.

c) En fin, la ya célebre ley de 29 de diciembre de 1899 hizo desaparecer las iniquidades del escrutinio de lista puro y simple y del régimen de mayorías, estableciendo la R. P. de las opiniones políticas.

La R. P., que ya había sido objeto de una aplicación parcial en las elec-

(1) Vid. Ch. Seignobos: *Histoire politique de l'Europe contemporaine: Evolution des partis et des formes politiques (1814-1896)*; París, A. Colin, 1908; págs. 216 y siguientes.

(2) P. Errera: *Traité de Droit public belge*; París, Giard et Brière, 1909; págs. 133-134.

ciones municipales en virtud de la ley de 12 de septiembre de 1895, fué introducida en 1899 para las elecciones de la Cámara de los Representantes y del Senado, y «está llamada á dominar en no lejana fecha el régimen electoral entero y á aplicarse uniformemente á las Cámaras, á la Provincia y al Municipio» (1).

Decimos que la R. P. ha sido establecida para las elecciones de ambas Cámaras. No tiene, sin embargo, el mismo radio de acción en las elecciones de la Cámara y en las del Senado, pues aunque el régimen proporcionalista es idéntico para ambas elecciones, la composición y la duración diferentes de una y otra asamblea y las diversas condiciones de elegibilidad determinan algunas diferencias; diferencias, repetimos, que no afectan á la *modalidad* del sistema, sino á su *radiación*.

a) La Cámara de los Representantes se compone de 166 miembros, elegidos directamente por sufragio universal mediante escrutinio de lista y R. P. (Artículo 49 de la ley Electoral.)—El Senado se compone de 110 miembros, de los cuales sólo 76 son elegidos en la misma forma que los diputados, es decir, por sufragio universal directo, escrutinio de lista y R. P.; de los restantes, 27 son elegidos en escrutinio secreto y mayoritario por los Consejos provinciales, á razón de dos, tres ó cuatro senadores por provincia, según el número de habitantes de la misma, y los otros siete puestos se reservan para los hijos del Rey y, en su defecto, para los Príncipes belgas de la Familia Real, los cuales son senadores por derecho propio desde la edad de diez y ocho años, pero no tienen voto deliberativo hasta que hayan cumplido los veinticinco. (Constitución, arts. 53 revisado y 54.)

b) La duración normal de estas dos asambleas es también diferente. La Cámara de los Representantes se renueva totalmente de cuatro en cuatro años, y por mitad cada dos años; el Senado se renueva cada ocho años en su totalidad, y por mitad cada cuatro años. (Constitución, arts. 51 y 55; Código electoral, arts. 250 y siguientes; ley de 29 de diciembre de 1899, art. 7.º)—En caso de disolución la renovación es total; pero á fin de restablecer las series de renovaciones parciales, después de toda disolución una mitad de los mandatos conferidos se reduce á dos años para la Cámara y á cuatro para el Senado. (Cód. elect., art. 252.)

c) También son diferentes las condiciones de elegibilidad. De las tres condiciones exigidas, coinciden dos (nacionalidad, domicilio); pero la tercera (edad) es distinta en los electores para la Cámara, á quienes se exigen veinticinco años, que en los electores para el Senado, á quienes en lugar de veinticinco se les exigen treinta años. (Cód. elect., art. 1.º, 2.º)

En resumen, la R. P., introducida en 1899 para las elecciones legislativas, se aplica *en cuanto sistema* de una manera uniforme; pero el radio de aplicación de este sistema es mayor en las elecciones de la Cámara de los Representantes que en las del Senado, lo cual se debe á las diferencias que existen:

(1) P. Errera: loc. cit., pág. 148.

En la composición de ambas Cámaras,
En la duración normal de las mismas y
En las condiciones de elegibilidad.

2. Decía Montesquieu en su clásico libro acerca del *Esprit des lois* que en un Gobierno democrático «las leyes que establecen el derecho de sufragio son fundamentales» (lib. II, cap. II), es decir, que deben incluirse en la Constitución. Los redactores de la Constitución belga de 1830 conocían y participaron de esta manera de ver, y fijaron constitucionalmente las bases del derecho de sufragio, porque, como decía uno de los miembros de la extrema radical del Congreso Nacional, «en las leyes electorales se cimenta todo el edificio constitucional, y podría suceder que los legisladores por venir, modificando esas leyes, derribaran toda nuestra obra» (1) (la de las Cortes Constituyentes). Idéntico criterio prevaleció en la revisión constitucional de 1893, en cuya fecha los artículos 47 y 53 de la Constitución de 1831 (que versaban sobre materia electoral) fueron redactados de nuevo, siendo de notar en los textos revisados, independientemente de las novedades de fondo, algunas novedades de forma que reflejan las preocupaciones que presidieron el movimiento político revisionista. «Lo que llama la atención en primer lugar—dice M. Errera—es la extensión desmesurada de estos artículos, en especial del 47, y su desproporción con los restantes. En lugar de afirmarse un principio cuyo desenvolvimiento se abandonara á la ley, como lo hicieron las Constituyentes de 1830, vemos aquí á la Constitución entrar en el detalle, tal como se hace en los reglamentos orgánicos.» El motivo histórico de esta singularidad nos lo descubre á continuación el competente profesor de la Universidad de Bruselas: «Es que los partidos políticos, al formular la transacción de que nació el nuevo artículo 47, desconfiaban el uno del otro» (2). Por eso llevaron á la Constitución, inmovilizándolo en cierto sentido, lo que sin duda hubiera sido abandonado á la ley de no concurrir las circunstancias políticas á que acabamos de referirnos. Ese artículo 47, colocado en la ley fundamental del Reino, era la más sólida garantía de la estabilidad del régimen electoral, porque para modificarlo en sus elementos esenciales sería preciso poner en movimiento la pesada máquina revisionista.

El sistema del artículo 47 de la Constitución vigente en Bélgica combina en una cierta medida con el sufragio universal y directo el voto plural, el régimen timocrático, el *household suffrage* y la capacidad: el *sufragio universal*, en cuanto todo ciudadano varón es elector á los veinticinco años, salvo los casos de exclusión establecidos por la ley; el *voto plural*, en cuanto cada elector puede, bajo ciertas condiciones fijadas en la Constitución, acumular dos y hasta tres votos; el *régimen timocrático*, en cuanto la propiedad inmueble ó ciertas rentas son origen de privilegio electoral; el *household suffrage*,

(1) Citado por Errera, pág. 133.

(2) Loc. cit., pág. 135.

en cuanto los jefes de familia, ocupando una habitación de condiciones determinadas, gozan, á partir de los treinta y cinco años, un privilegio análogo; la *capacidad*, finalmente, en cuanto los grados docentes y las funciones ó posiciones enumeradas en la ley confieren un privilegio electoral doble.

De todas las naciones de Europa, acaso sea Bélgica la que ha elaborado con elementos más complejos el régimen electoral. No ha procedido con aquel optimismo, con aquella candidez é ignorancia de la realidad en que se inspiraron las Constituyentes de Francia en 1848, sino con un sentimiento más claro de los males que acompañan á la soberanía de las multitudes y de la inconstancia pueril y la brutalidad salvaje del reino del número. Los legisladores belgas han ensayado todos los remedios, todos los preservativos; han multiplicado las precauciones y prescrito una rigurosa antisepsia. Que hayan acertado con el remedio, tal vez sea discutible; pero lo indiscutible es el mérito de haber visto el peligro y haber querido combatirlo.

En esta marcha racional y equilibrada hacia la organización del sufragio político Bélgica es un excelente modelo. Acaso no tarde muchos años en tener un Senado que sea una verdadera representación orgánica de los elementos profesionales del país, en cuyo sentido la labor preliminar de estudio y tanteo es ya considerable; pero mientras llega el día de esta nueva y simpática experiencia, cuyo advenimiento preconizan los espíritus más esclarecidos y las mismas exigencias del Estado moderno, Bélgica nos ofrece la realidad de un régimen electoral que ha hecho sus pruebas y salido victorioso de ellas.

El sistema electoral belga está regulado por los artículos 47 y 53 de la Constitución y las leyes electorales de 12 de abril y 23 de junio de 1894, completadas por las de 2 de diciembre de 1894, 11 de abril de 1895, 11 de junio de 1896, 31 de marzo y 22 de abril de 1898, 29 de diciembre de 1899 y 18 de abril de 1902, coordinadas todas en forma de Código, cuyos 267 artículos son un verdadero alarde de previsión y minuciosidad.

Las particularidades de mayor relieve en el régimen electoral de Bélgica, las que mejor lo caracterizan, son el voto plural y la R. P.

La R. P. no fué, ciertamente, una conquista fácil, pues desde que fué preconizada por las clases intelectuales como una de las reformas más justas y más progresivas, hasta 1899, fecha en que quedó definitivamente incorporada al Código electoral, la R. P. tuvo que vencer en Bélgica ese enorme cúmulo de resistencias que siempre salen al paso de toda idea nueva. La primera iniciativa parlamentaria se produjo en 1894. El 6 de marzo de dicho año el Gabinete presidido por M. Beernaert presentó á la Cámara de los Representantes un proyecto de ley estableciendo la R. P. A juicio de M. Beernaert y sus colegas, esta innovación era una consecuencia lógica y necesaria de las dos grandes reformas—sufragio universal y voto obligatorio—que acababan de introducirse. Les parecía que el sufragio no es verdaderamente universal mientras todas las opiniones no estén representadas en razón de su importancia; y les parecía igualmente que desde el momento que se impone al lector el deber de votar, es justo hacer á las minorías aquellas concesiones á que sin

duda tienen derecho. Inspirándose en estas ideas, M. Beernaert defendió la R. P. ante el Parlamento, y puso en este empeño todo el peso de su elocuencia y su autoridad; pero el proyecto de ley—cuya exposición de motivos es un documento de extraordinario interés—fué rechazado, y á consecuencia de ello el eminente hombre de Estado presentó la dimisión de todo el Gabinete por él presidido.

Beernaert y sus compañeros fracasaron; pero la idea ganaba de día en día más prosélitos. La crisis ministerial hizo de la R. P. un problema candente y atrajo hacia él las miradas del público. Comenzó entonces una formidable campaña de discusiones en periódicos y revistas y de actos de propaganda de todo género. Poco después el proyecto de M. Beernaert reapareció en el Parlamento: suscitó debates apasionados; pero por fin triunfó, y practicada desde 1899 en seis ocasiones diferentes (en 1900, 1902, 1904, 1906, 1908 y 1910), la R. P. ha sido objeto de pruebas decisivas. Bélgica es, en efecto, el laboratorio, el campo de experiencias donde se han contrastado de un modo más concluyente los méritos y los defectos de este régimen. El balance de las experimentaciones efectuadas es verdaderamente su mejor elogio. «La R. P.—dice un autor moderno—ha proporcionado á los belgas un largo período de tranquilidad y de progresos económicos y sociales, ha pacificado los espíritus, ha transformado los partidos políticos, ha creado costumbres electorales muy tolerantes y mucho más sanas que las anteriores á la reforma, y ha logrado extirpar la corrupción por dinero y por promesas y las presiones oficiales...» (1). Los mismos que antes de 1899 se significaron como los más apasionados adversarios de la R. P. no desperdician hoy las ocasiones de rendirle homenaje, y de tal manera ha ganado los espíritus, que, según afirma M. Errera (2), muy pronto se hará extensiva á las elecciones provinciales y municipales.

No sucede lo mismo con respecto al voto plural. El voto plural se justifica en Bélgica por razones de oportunidad únicamente. Este voto, según antes indicamos, constituye una etapa entre el régimen censatario y el sufragio universal puro y simple. El régimen censatario era un régimen de privilegio, que negaba á muchos ciudadanos el derecho de votar. En 1893 se le sustituyó por el sufragio universal; pero, combinado con el voto plural, si bien aseguró á todos los ciudadanos un voto por lo menos, atribuyó á algunos el relativo predominio que se deriva de los votos suplementarios que la ley les concede. En Bélgica hay electores de un voto, electores de dos votos y electores de tres votos, lo cual produce como resultado que 1.606.602 electores dispongan en total de 2.519.583 votos (datos de 1906-1907) (3). En teoría el voto plural responde á una idea justa: la idea de que los ciudadanos de mayor capacidad deben tener una mayor parte en la elección de los representantes del Estado.

(1) G. Lachapelle: *La R. P. en Belgique (Revue Politique et Parlementaire, septiembre de 1910, pág. 463).*

(2) Loc. cit., pág. 148.

(3) Citados por P. Errera: loc. cit., pág. 136, nota.

Pero ¿cómo reconocer prácticamente la mayor capacidad de los ciudadanos? Cualquier criterio que se acepte (riqueza, instrucción, edad, situación familiar, posición social) se presta á muchas combinaciones, á cálculos muy arbitrarios, y, como dice Charles Benoist, «la más elemental prudencia aconseja que el equilibrio político del Estado dependa lo menos posible del cálculo de los hombres de gobierno, que dependen á su vez de los partidos...» (1). Los partidos avanzados de Bélgica han acertado á plantear en sus verdaderos términos el problema político que implica el voto plural, y los reproches más graves que contra él se formulan no son precisamente porque la pluralidad de votos rompa la igualdad de los ciudadanos, sino por los abusos, los fraudes y los cacicatos á que da lugar un sistema cuya misma complicación agrava las arbitrariedades á que se presta. Excepto los conservadores, á quienes principalmente beneficia el voto plural, todos los demás partidos reclaman su abolición, y ya hubiera desaparecido probablemente si no fuera preciso para conseguirlo revisar la Constitución, cuyo artículo 47 contiene las reglas fundamentales acerca del voto plural (2).

Caracterizan igualmente el régimen electoral belga las reglas y sanciones relativas al carácter obligatorio del voto y las disposiciones que se establecen para garantizar la identidad del elector y el más absoluto secreto del sufragio y para prevenir los fraudes electorales. Pudiera decirse que la idea directriz del régimen electoral de Bélgica es su espíritu de liberalismo *realista*, el noble cuidado de asegurar la sinceridad y la honradez de las elecciones políticas.

3. ¿Cuáles fueron las razones que determinaron la introducción en Bélgica de la R. P.?

Si fuéramos á traer aquí todas las razones de doctrina, de política y de oportunidad que fueron invocadas y briosamente defendidas por los partidarios de la reforma en sus escritos, en sus campañas de propaganda popular y en los debates parlamentarios de la ley de 1899, tendríamos que reproducir la mayor parte de lo que decimos en los capítulos de esta monografía donde se estudia el *Fundamento doctrinal* y *El pro y el contra de la R. P.* Allí hemos procurado condensar las más capitales razones que pueden alegarse á favor ó en contra de este sistema. Casi todas ellas fueron puestas en juego con gran brillantez por los proporcionalistas belgas; pero hubo algunas que pesaron más que las restantes en el ánimo de los legisladores. ¿Cuáles fueron?

a) El triunfo de la R. P. en Bélgica hay que atribuirlo en primer término á los absurdos resultados á que dió lugar el régimen de mayorías, mediante el cual obtenían una enorme representación partidos que sobrepasaban á los otros por un escaso número de sufragios solamente. Así, en las elecciones de 1880, 22.222 liberales obtuvieron 26 diputados, mientras que 20.979 católicos obtuvieron 40; es decir, con 2.000 votos menos, los católicos obtuvie-

(1) Ch. Benoist: *La crise de l'Etat moderne*; Paris, Firmin-Didot, s. f., pág. 114.

(2) Cf. P. Errera: loc. cit., págs. 137 y 135.

ron 14 puestos más que los liberales. En 1884 los católicos, con 27.930 votos, sacaron triunfantes 50 candidatos, y los liberales, con 22.117, ó sea unos cinco mil votos menos, sólo lograron dos diputados. En 1886 los católicos tuvieron 17.000 votos y 17 puestos; los liberales, 18.000 y 28. En 1888 los católicos 24.000 votos y 44 puestos; los liberales sólo dos diputados ¡con 23.000 votos! Y así, elección por elección hasta 1900, podrían seguirse comprobando en todas ellas las enormidades de un sistema en el que todo lo decidía el despotismo de la mitad más uno y el juego fortuito y brutal de las circunstancias. Estas estupendas anomalías, que falseaban el fundamento del régimen representativo y sometían la vida política á las más bruscas alternativas, provocaron una vigorosa cruzada contra el sistema mayoritario y á favor de la R. P.

b) Pero no se trataba sólo de la anomalía de los *resultados*; el régimen de mayorías constituía además un poderoso estímulo para la adopción de *procedimientos* electorales verdaderamente inmorales. Cuando los partidos resultaban equilibrados, se apelaba á todo género de presión y de corrupción para conquistar los votos que decidirían la victoria. Simultáneamente á esto se efectuaban escandalosas coaliciones. En unas elecciones los socialistas luchaban unidos á los católicos para derrotar al partido liberal; en otras eran los católicos y los liberales los que sumaban sus fuerzas contra el partido socialista. Estas coaliciones sucesivas y contradictorias, este juego perpetuo de los partidos intrigando los unos contra los otros contribuyó á que arraigara la idea de que sólo la R. P. haría posible en Bélgica una vida política sana, proba y leal.

c) Había otra razón para adoptar la R. P. Sabido es que Bélgica es una nación que carece del vínculo de la unidad de religión, de raza y de lengua, y en la que tampoco existen tradiciones históricas intensas (1). La estabilidad de un Estado cuyos elementos étnicos están en discordia y cuyas fuerzas morales y afectivas presentan tales divergencias era preciso garantizarla elevando á la categoría de dogma político el respeto mutuo y la tolerancia. ¿Cómo conseguir el milagro de que una mayoría de católicos no tiranizara á una minoría de protestantes, y de que belgas que hablan francés y belgas que hablan flamenco pudieran coexistir pacíficamente, sin pretender imponer unos á otros religión, idioma ni costumbres? Sólo la R. P. podía ser la solución de este conflicto en el terreno de la política. A falta de otro patriotismo, existía el patriotismo de la razón. Y la razón, el espíritu de justicia y de tolerancia, exigían que ningún partido aplastara á los demás y que todas las opiniones, todas las tendencias sociales y políticas estuvieran representadas en el Parlamento en proporción á su fuerza numérica.

d) En fin, la R. P. significaba un paso más hacia la universalización del sufragio. Este ha sido siempre uno de los ideales de los partidos liberales bel-

(1) Todas estas diferencias sociales y sus principales manifestaciones en la vida política se estudian con datos muy modernos y con excelente criterio de observación y de crítica en los primeros capítulos del libro de Henri Charriaux *La Belgique moderne*: París, Flammarion, 1910.

gas. Con el movimiento político que echó por tierra el régimen censatario dejó de ser un privilegio el derecho de sufragio y aumentó en varios millares el número de electores. Luego se quiso que cada elector fuera verdaderamente dueño de su voto, lo que no sucedía con el sistema de publicidad, que hacía fácil la fiscalización y las coacciones: el voto secreto, establecido en 1877, garantizaba la independencia moral del elector. Pero el régimen de mayorías hacía que resultaran nominales y ficticios uno y otro progreso: no basta que todo ciudadano tenga un voto; no basta que el voto sea sincero: es preciso además que el voto sea una realidad; es decir, que al derecho de votar vaya anejo el *derecho de elegir*. Con el sistema mayoritario, los electores en minoría votan, pero no eligen. Con la R. P., por el contrario, los votos de las minorías son verdaderamente electivos. La R. P. constituye, pues, un poderoso medio de progreso del sufragio universal.

En resumen, el deseo de una mayor *estabilidad de los partidos*, el *saneamiento de las costumbres electorales*, la *pacificación social* y la *efectividad del sufragio* pueden considerarse como las principales razones que determinaron la introducción de la R. P. en el régimen electoral de Bélgica.

4. El sistema belga de R. P. no ofrece, evidentemente, esa simplicidad que, á juicio de algunos, revalida todos los absurdos y brutalidades del régimen de mayorías. Es un sistema algo más complicado, comprende mayor número de operaciones; pero esa misma relativa complejidad constituye la mejor garantía de la verdad y la justicia del sufragio, de la ponderación de fuerzas entre los diversos partidos y del equilibrio y estabilidad que requieren los múltiples factores que integran la vida política. Sea, pues, bien venida.

«La R. P.—según dice Ch. Benoist—se basa en este principio: para hacer buena política es preciso comenzar por hacer buena aritmética; con su corolario natural: cuanto mejor sea la aritmética, mejor será la política... La política de hoy—agrega—es mala, porque también es mala la aritmética del sufragio... La política será buena cuando la aritmética lo sea igualmente, cuando todo grupo de electores, cualquiera que sea su importancia numérica, esté representado, y lo esté en razón directa de esa importancia... Determinar aritméticamente la relación entre la fuerza numérica y el poder político, restaurar la proporción entre representantes y representados: he ahí el fin, y de ahí el nombre, de la R. P.» (1).

La parte técnica del mecanismo electoral belga está inspirada en el sistema del profesor de la Universidad de Gante M. D'Hondt; pero este sistema se refiere únicamente al aspecto matemático del régimen, á las operaciones para el recuento de votos y adjudicación de puestos á las diversas candidaturas en presencia. Tales operaciones no son, sin embargo, todo el sistema.

¿Cómo se forman por los partidos las listas de candidatos, y qué formalidades se exigen para su presentación?

(1) Loc. cit., pág. 124.

¿Qué particularidades ofrecen las circunscripciones electorales, la campaña electoral y los boletines de votación?

¿Cómo se constituyen y qué funciones realizan las Mesas electorales?

¿De qué manera se practica el recuento de votos, los cálculos para el reparto de puestos, la proclamación de candidatos elegidos y la designación de los diputados suplentes?

Este es el objeto de los párrafos que siguen, y para explicar en ellos las operaciones del sistema belga—que son, en síntesis, las formuladas en las preguntas que preceden—procuraremos hacer una exposición diáfana de los preceptos de la ley de 29 de diciembre de 1899 y de las impresiones que recibimos en la primavera de 1910, en cuya época el autor de esta monografía, que á la sazón se encontraba en Bruselas, tuvo ocasión de ser testigo de las elecciones legislativas que entonces se efectuaron.

5. A todas las operaciones precede, como es natural, la *formación de las listas de candidatos*.

Como las elecciones legislativas tienen lugar cada dos años (1900, 1902, 1904, etc.) en la mitad de las circunscripciones (1) y en fechas fijas, conocidas de antemano, las Asociaciones políticas preparan con la debida antelación las listas de sus respectivos candidatos. Según se sabe, estas Asociaciones son tres en Bélgica: la Asociación católica, la Asociación liberal y el Partido obrero. No tienen nada de común estas Asociaciones con lo que se llama entre nosotros Comités de partido, sino que son verdaderos organismos políticos, con estatutos y programas definidos, lo que dispensa á los candidatos de elaborar por sí mismos las profesiones de fe y de organizar aisladamente y según su capricho la campaña electoral. Todo esto incumbe á la Asociación; la obra del candidato se reduce á defender las ideas del partido á que pertenece, y no se concibe como fenómeno regular y lícito eso que es tan corriente entre nosotros de que un candidato *acomode* sus opiniones y sus promesas políticas á las exigencias de las circunstancias y del medio en que lucha. De esta manera las opiniones dominantes en el país quedan perfectamente registradas en las cifras del escrutinio, y no se producen esos cambios bruscos á que estamos acostumbrados en los países en que las elecciones *se hacen* desde el Ministerio de la Gobernación.

Para la designación de candidatos se procede de la manera más simple y más lógica. No en vísperas del escrutinio, sino con varios meses de antelación, cada partido convoca á sus adictos, invitándoles: primero, á designar los candidatos del partido; segundo, á decidir en qué orden han de ser coloca-

(1) Nos referimos á la Cámara, pues el Senado se renueva por mitad cada cuatro años. Sin embargo, en caso de disolución la renovación es total; pero después de toda disolución, una mitad de los mandatos conferidos se reduce á dos años para la Cámara y á cuatro para el Senado, á fin de restablecer las series tal cual las fija el artículo 252 del Código electoral. El espíritu conservador es el que ha hecho prevalecer en Bélgica la regla de las renovaciones parciales. Los partidos liberales creen que puesto que la R. P. ha regularizado notablemente los movimientos políticos, sería preferible adoptar la renovación integral. Esta es la opinión de M. Errera, quien agrega: «Desgraciadamente, esta reforma exigiría la revisión de los artículos 51 y 55 de la Constitución.» (Loc. cit., pág. 165.)

dos en la lista (1). Este orden de presentación ofrece un interés capital, porque como la ley Electoral atribuye los sufragios obtenidos por la lista primero al candidato que va á la cabeza, luego al segundo candidato, luego al tercero, y así sucesivamente, claro es que el candidato que se coloca en primer lugar tiene más probabilidades de triunfar que el segundo, el segundo que el tercero, etc.

Una vez que la lista ha sido formada por el partido, procede el trámite de su presentación.

6. La ley quiere ante todo que las luchas electorales sean leales y francas, sin sorpresas ni maniobras de última hora. Por eso se dispone que la *presentación de las listas de candidatos* debe efectuarse, por lo menos, quince días antes del fijado para la elección. En cada lista se indica el nombre, apellido, profesión y domicilio de los candidatos. Deben ir firmadas por cien electores como *mínimum*, los cuales se llaman «padrinos» de la lista. Los candidatos deben aceptar por escrito su inclusión en la lista, la cual no debe comprender mayor número de candidatos que el de puestos á proveer. Con estos requisitos y dentro del plazo indicado, se remiten las listas al presidente del «*bureau principal*». Si el total de candidatos presentados no es mayor que el de diputados á elegir, los candidatos son desde luego proclamados sin elección por el «*bureau principal*». Esta eventualidad—que es la misma que prevé y resuelve con igual criterio el artículo 29 de nuestra ley Electoral—«era antes frecuente—dice P. Errera—; pero desde que funciona la R. P. no se ha presentado nunca» (2).

Las candidaturas múltiples están prohibidas, pues, según el artículo 256 de la ley, «un mismo candidato no puede figurar en más de una lista en el mismo colegio, ni ser candidato al mismo tiempo en más de un colegio electoral».

Según hemos indicado antes, el partido es el que decide el orden de presentación de los candidatos dentro de cada lista. Pero las listas, además de los candidatos titulares, comprenden los candidatos suplentes, cuyo orden de preferencia se determina de la misma manera y cuyo número está limitado por el artículo 254, á fin de evitar las listas demasiado largas y fantasistas. Aunque la ley prohíbe las candidaturas múltiples, autoriza que un mismo nombre sea presentado en la misma lista como candidato y como suplente.

Estas listas de que venimos hablando constituyen los elementos con que se forma la papeleta de votación.

Mariano Gómez González.

(Se continuará.)

(1) De hecho así es como se forman las listas; la ficción legal es que son presentadas por cien electores como *mínimum*. (Véase el párrafo siguiente.)

(2) Loc. cit., pág. 152.

EL CURA DEL CEMENTERIO

(NOVELA)

Al eminente crítico y literato D. Adolfo Bonilla
y San Martín.

I

—Seguid leyendo—decía don Benito á su camarada; y éste, hojeando los folios de un enorme volumen, iba leyendo nombres y más nombres, haciendo una breve observación sobre cada uno de ellos.

Don Benito escuchaba atento, caladas sus antiparras, removiéndolo con la badila las cenizas del brasero. Movía de vez en cuando la cabeza en tono de disgusto, cuando algunas de las observaciones hechas por el sacristán no eran de su agrado. La débil luz del quinqué iluminaba apenas la blanquecina estancia, por lo que el hermano Enrique tenía que aproximarse el libro hacia los ojos, lo cual le daba apariencias de míope.

—Suspended un momento la lectura, hermano, y hacedme el favor de cerrar la puerta de la cocina. Comienzan á penetrar los olores de los guisos, y las voces del ama, que, á decir verdad, debe de hallarse muy alegre, pues canta hoy demasiado, no me dejan atenderos.

Cumplió la orden el hermano Enrique, y se sentó de nuevo para continuar su tarea.

—Podéis seguir. Habíamos llegado á la letra M; ¿no es eso?

—Así es—repuso el sacristán; y montándose de nuevo los quevedos, uno de cuyos cristales se hallaba roto, continuó así: —Martínez Casas, doña Amalia. Esta señora encarga para el día veintiocho tres misas en el altar de San Antonio, por el alma de su difunto esposo.

—¿A cuántos estamos?

—A quince, padre mío.

—Bien; seguid. ¿Hay extraordinarios?

—Ninguno. Total, quince pesetas.

—¡Poco es! Seguid.

—Meléndez de Vivar, don Julio. Este señor encarga se arregle la tumba de doña Margarita Iglesias, adornándola con flores y reparando los desperfectos que se noten.

—¿Cuánto abona?

—Ciento veinticinco pesetas.

—¡Buena persona! Seguid.

—Machado Pérez, don Alfonso. Restaurar la tumba de la señorita Luisa Candelas del Cerrillo.

—¿Quién era esa joven?

—Se ignora el parentesco que le ligaba con ella.

—¿Cuánto abona?

—Cien pesetas.

—¡No se muestra muy espléndido! Seguid.

—Milano Sanz, Eustaquio; jornalero. Encarga una corona para el nicho de su esposa, María Alvarez.

—¿Cuánto...?

—Cinco pesetas.

—¡Miserable! Las flores valen más, y la mano de obra, el doble. ¡Vaya un recuerdo! Para eso, más vale no hacer nada. Otro nombre.

—Marquesa del Campillo. Encarga que todas las misas que se celebren mañana sean aplicadas por el alma de su hijo. Que al llegar el féretro á las once de la mañana se le cante responso de primera clase.

—¡Bien, bien; eso debe de subir bastante!

—Quinientas pesetas.

—¡Eso es, hermano! Acordaos de sacarme la capa pluvial de las grandes solemnidades, el hisopo de plata, la casulla de raso negro bordada en oro, el alba de seda y el bonete nuevo. Seguid leyendo.

—Marragán y Montes, Julia; labradora. Abona dos pesetas para que se enciendan cuatro velas ante el nicho de sus padres.

—¡Eso es imposible!—exclamó enfadado don Benito—. Las velas son más caras. Se le encenderán dos, y gracias. Seguid.

—No hay más nombres.

—¿Cuánto arroja esta letra?

El hermano Enrique hizo una breve operación, apuntando la cifra con un lápiz, y respondió:

—Setecientas cuarenta y siete pesetas.

—Bien. Vamos á otra letra.

—No hay más.

Don Benito se recostó en la butaca, colgó la badila en un clavo que había en la pared para este objeto, y exclamó, pasándose la mano por la frente:

—Decidme el total de lo que arroja el día.

Volvió el sacristán á hacer otra nueva operación, y respondió al cabo de un rato:

—Los ingresos de hoy ascienden á mil seiscientas diez y ocho pesetas quince céntimos.

—¡No es mal día! Con los céntimos os podéis quedar para que os toméis una copa á mi salud.

El hermano Enrique cerró el libro, que tenía en la cubierta el rotulito siguiente: «Libro registro de encargos»; lo guardó en un armario de pino, y cerrándolo con llave, entregó ésta al padre Benito.

—¿Qué hora es?—preguntó éste.

—Las ocho y media.

—¿Qué noche hace?

Abrió la ventana el hermanito, miró al espacio, y dijo:

—Mala; está lloviendo.

El religioso hizo un gesto de mohín.

—Cerrad, cerrad; entra agua y frío—exclamó, dirigiendo estas palabras con tono agrio á su ayudante, que se había quedado contemplando la triste perspectiva que ofrecía aquel enorme jardín de flores secas, aquel recinto donde reposaban confundidos el orgullo, la riqueza, la humildad y la pobreza—. Decid al ama, hermano, que prepare la mesa, y mientras dejadme solo, que como no me hallo muy bueno, tengo el cerebro un tanto fatigado.

Salió de la estancia el sacristán, amortiguando antes la luz del quinqué, y cerró tras sí la puerta.

* * *

Al verse solo don Benito, cerró por dentro, abrió el armario, avivó la luz, sacó el volumen que guardara poco antes su ayudante, y comprobó las sumas. Estaban bien hechas. Después, abriendo un cofrecito de hierro, comprobó la suma que rezaba el libro con la cantidad en metálico que había en un bolsón de cuero. No faltaba un céntimo. Su secretario era fiel y honrado.

Volvió á guardarlo todo, abrió la puerta y entró en la cocina, en donde su ama, entre risas y chanzas, contaba al hermano Enrique una picante historia mientras se asaba á la parrilla una pata de carnero.

—¡Alegres estamos, ama!—le dijo don Benito.

—¡Qué queréis, padre mío! Algo hay que hacer para olvidar las penas.

—Pues qué, ¿también las tienes?

—¡Ay, don Benito! ¿Qué mortal no las conoce? ¿Le parece á usted poca amargura verme desterrada del mundo de los vivos para sepultarme en vida entre los muertos?

—Si así es, ha sido por tu gusto.

—Verdad; fué por mi gusto; pero...

—Además—interrumpió el sacerdote—, si estuvieras en ese mundo de que hablas, tal vez echaras de menos este en que vives.

—Puede ser; no hay nadie contento con su suerte.

—La prueba de ello es que no debes de estar tan descontenta cuando te has pasado todo el día de hoy cantando, atolondrando mis oídos.

—¡Qué queréis! Es que no creía yo que hasta en estos lugares osaran los hombres dirigir requiebros y pensar en desatinos.

—¿Pues?...

—¡Sí!—exclamó el hermano Enrique, hombre ya anciano, aun cuando malicioso y perspicaz—. Contándome estaba cuando habéis entrado una aventura que le ocurrió el domingo.

—¿Qué es ello?

Sonrojóse el ama, murmuró entre dientes, y en aquel momento un alda-bonazo dado con fuerza en la puerta de la casa dejó á todos en suspenso.

Se asomó el hermano á la ventana y preguntó:

—¿Quién?

Y una voz varonil respondió fuera:

—Pedro.

Corrió el ama á abrir la puerta, y volvió seguida de un hombre alto, joven, que por el traje que llevaba y la hatada que traía sobre sus espaldas debía de ser pastor.

* * *

—¡Hola, ilustre mayoral!—exclamó don Benito al verle entrar.

—Buenas noches, señores—replicó éste.

—Mala noche traemos, ¿eh?

—Mala en verdad. Sopla un ábrego fuerte que hace temer que la lluvia no cese.

—¿Dónde ha dejado á Juan?—interrogó el ama.

—En el ventorro de Guillén. Topóse con unos amigos por el camino, y se marchó con ellos á jugar á las cartas.

—¿Vendrá á cenar?

—No.

—Entonces—dijo el religioso—, ama Gertrudis, puedes sacar la cena.

—Cuando guste, padre mío.

—¡Pero, tío!—exclamó Pedro—, ¿cuándo vais á dejar de llamar ama á esta moza, que lleva entre pecho y espalda metida la juventud?

Celebraron todos la ocurrencia, menos Gertrudis, que encarándose con don Benito, le dijo:

—Y tiene razón su sobrino: que cualquiera que oiga á su paternidad, creerá que tiene un ama *seca*, cuando menos.

Volviéronse á reir, y se dirigieron al comedor, donde la mesa, con blanco mantel, relucientes cubiertos y fina loza, les aguardaba.

Don Benito, hombre pulcro, se dirigió antes de ocupar su sitio á un lavamanos que pendía de la pared, y enjugándose las yemas de los dedos, murmuró entre dientes:

—*Lavabo inter innocentes manus meas...*—y secándoselas con una hazaleja que colgaba de un clavo, dijo á su sobrino: —Ve escanciando el vino, que el licor de la vida debe siempre presidir la mesa.

Hízolo así Pedro, y después se colocaron todos en sus respectivos asientos, menos Gertrudis, que, por estar en calidad de doméstica, era la que servía las viandas y comía en la cocina.

Y antes de proseguir adelante, el autor cree oportuno decir algunas palabras acerca de las cuatro personas que ya conoce el lector.

* * *

Don Benito había sido en su juventud el hombre predilecto de los salones de la alta sociedad; el *dandy* que con su arrogante figura, su rostro afeminado, su exquisita cultura, su clara inteligencia y sus delicados sentimientos había

subyugado el corazón de más de una mujer y había sido causa de disgustos y disputas entre las muchachas casaderas. Tal vez por todas estas circunstancias, ó porque su sino se mostró siempre con él duro é implacable, abandonó ese mundo, en el que tanto había gozado, para entrar en otro que le prometía una vejez moderada y en el que veía la filosofía que estaba de acuerdo con sus sentimientos. Holganza, dinero: he aquí lo que había sido desde niño su sueño de oro. Y como el dinero no le faltó al principio, pues sus padres al morir le dejaron heredero de bastantes bienes, no tuvo que pensar en asegurar su vida, sino en el modo de gozarla y de emplear aquellos puñados de dinero de que la muerte le había hecho dueño. Pero su fortuna no era eterna, y llegó por último lo que jamás había pensado: la última moneda de su capital. Vivió después gracias á empleos y destinos; pero su mano, demasiado abierta, derrochaba cuanto recibía. Así, pues, no extrañará al lector verlo ahora investido de las órdenes sagradas, á las que se dedicó, más que por vocación, por miras personales. En la época á que nos venimos refiriendo frisaba ya en los cincuenta, y conservaba aún en su fisonomía los vestigios de su juventud. Su cutis terso, su pelo entrecano y su aire grave le daban un noble aspecto que hacía adivinar al hombre de mundo, al desengañado de la vida. Sus sentimientos, por el contrario, no eran los mismos. Tal vez por el mundo en que habitaba, por lo adversa que le había sido la suerte y por el amor que al dinero siempre había profesado, su corazón se veía desposeído de la ternura que le había caracterizado y de la caridad que le había sido peculiar. Ahora no le hacían mella ni las adversidades que pudieran sufrir sus semejantes, ni los episodios tristes de que por desgracia se halla lleno el libro de la Humanidad, pues acostumbrado al constante trato con los muertos, á las calamidades y miserias humanas que de continuo escuchaba en confesiones y confidencias, su corazón se había avezado á ellas y cerrado á todo sentimiento generoso y noble.

Por el contrario, el hermano Enrique era un hombre que vestía el hábito desde sus más tiernos años, ignorando, por tanto, lo que ocurría en ese mundo de que le hablaba don Benito. Alto, delgado, de nariz aguileña y de escasa inteligencia, adivinábase en él al hombre inculto, al que ha tenido que soportar toda su vida privaciones y miserias, y al hombre de corazón compasivo y tierno, aunque tosco. Anciano ya, toda su vida se la pasó de sacristán ó ayudante de misa, siendo más ducho en estos trabajos que en esforzar su inteligencia para meter en su cabeza teologías y filosofías.

Ama Gertrudis, á quien don Benito daba este calificativo por la abundancia de sus carnes, no por su edad, era una moza fresca y guapetona que lindaba ya en los treinta. Desde niña había estado al servicio de los padres de Pedro, debiéndoles tanto ella como los suyos muchísimas atenciones. Los padres de Gertrudis, al morir, la encomendaron á los de Pedro, y más tarde, cuando el tío Benito apareció en la aldea vistiendo el traje talar y encargado del cementerio, pasó Gertrudis al servicio de éste en calidad de ama y de sirvienta. Pedro, hombre también culto y un tanto enamoradizo, hacíale la corte burlando la vigilancia de su tío. Rayaba ya en los veintiocho y había recorri-

do medio mundo, por lo cual había adquirido una ilustración suficiente para pasar en la aldea por el *hombre ilustre* por excelencia. Su amor á la tierra natal y á la faenas pastoriles, á la soledad y paz de su hatería, y, en una palabra, á todo aquello que tuviera sabor local, le arrastraron á despojarse de la levita y chistera que antes vistiera y á empuñar la aijada para conducir una yunta, ó la esteva del arado para marcar los surcos en su haza, porción de tierra labrantía que le pertenecía por herencia, ó conducir su hato por valles y collados con su hatada al hombro. Esto le encantaba, y éstas eran sus distracciones favoritas. Y cuando intentaba, por cualquier circunstancia, marchar á la ciudad vistiendo flamante traje de rico paño, llamaba la atención por su apostura y su cortesía, borrando las huellas de todo aquello que pudiera traer á la memoria las faenas á que se dedicaba.

Y una vez que conocemos ya á los cuatro personajes, prosiga el cuento.

II

Así que se sentaron á la mesa, don Benito, que no había echado en saco roto las palabras del hermano Enrique relativas á la aventura que le ocurriera el domingo á ama Gertrudis, preguntó á ésta en una de las varias veces que iba y venía de la cocina al comedor:

—Gertrudis, ¿qué aventura es esa de que habló el hermano Enrique y que tanto *pavo* te ha causado?

—Nada, padre mío. Picardías de los hombres, que hasta los lugares más santos los convierten en sitios de diversión.

—Pues ¿qué fué ello?

—Que marchaba á la fuente con mi bocal á la cabeza, y en el atajo me encontré con un hombre que llevaba á cuestas un herpil lleno de melones. Saludóme, contesté al saludo, y cuando más descuidada estaba, sentí que me cogían por la cintura y me echaban en tierra...

—¿Y tú consentiste...?—interrumpió Pedro.

—¿Qué iba á hacer, señorito, con un hombre que tiene más fuerza que Sansón?

Y al decir esto, giró rápida sobre los tacones y se dirigió á la cocina.

El rostro de Pedro se encendió de ira; permaneció mudo unos instantes, hasta que, acercándose á su tío, le dijo por lo bajo:

—Tío, tenemos que hablar.

—Cuando quieras.

—Mañana—y alzando la voz, añadió:—¿No os parece algo ligera?

—¡Pse!—exclamó don Benito, sonriendo maliciosamente.

Terminó la cena, y ya de sobremesa, Pedro se dirigió al abaz, que era de pino, y sacando una botella de cazalla, sirvió tres copas y exclamó:

—¡Bebamos y endulcemos los amargos tragos de la vida!

Hiciéronlo así, y mientras el hermano Enrique sacaba unos naipes, dispuesto á jugar unos cuantos solitarios, el sobrino preguntó al sacerdote:

—¿Y qué aventuras nos contáis hoy?

—Varias.

Pedro restregóse de gusto las manos, y dijo:

—Ya escucho.

Y don Benito comenzó así:

—Serían próximamente las doce de la mañana, y cuando paseaba yo por uno de los patios del cementerio rezando mis oraciones, vi que penetraba en él una señora alta, enlutada, de bello rostro, aunque velado por la tristeza, y dirigiéndose á una lápida, se arrodilló, permaneciendo en aquella actitud cerca de un cuarto de hora. Su rostro no me era desconocido. Hice un poco de memoria, y para cerciorarme de si era la que me había figurado y la que como vago recuerdo había herido mi cerebro, pasé con disimulo por delante de ella, y vi que no me había engañado. Era la misma. Ella no me vió, ó al menos no me reconoció. Quise llamar su atención, bien tosiendo á intervalos, bien pasando repetidas veces por donde ella estaba; pero todo fué inútil. Nada conseguía volverla del profundo éxtasis en que se había sumido. Decidí por último estacionarme en la puerta de salida, y así lo hice. Al poco rato la vi levantarse, volver á mirar dos ó tres veces la lápida ante la cual había orado, y al pasar por delante de mí me clavó su dulce mirada. La vi palidecer y decirme con voz casi apagada:

»—Buenos días, padre.

»—Id con Dios, hermana—le respondí.

»Tomó un coche *simón* que le aguardaba, y pude observar que me miraba con insistencia á través de los cristales. No había duda: era ella, y de seguro me había reconocido. Quise cerciorarme, y me dirigí á la lápida. Allí leí: «Aquí yace D. Francisco Quirós de Roncesvalles. Rogad por él. Tu esposa no te olvida.» Sentí honda tristeza en mi corazón, y creo que hasta á mis ojos se asomaron algunas lágrimas.

—¿Quién era?—preguntó Pedro.

—Allá en mi juventud—siguió diciendo el religioso—, cuando perdí á mis padres y cuando la herencia de que fui dueño se fué diezmando poco á poco, entré como administrador en la casa de ese don Francisco Quirós de Roncesvalles. Bellísima persona, por cierto, aunque un tanto celoso y desconfiado de su esposa. Yo, que había sido un hombre que gustó siempre de divertirse con la mujer ajena, procuré aprovecharme de aquella ocasión que se me venía á las manos. Siempre tuve el capricho de hacer rabiar á las solteras, procurando que se interesaran por mí y dejándolas después con sus ilusiones; pero gusté más todavía haciendo rabiar á los maridos, procurando torturarles con el enemigo implacable de los celos.

—¡Vaya un don Benito Tenorio!—exclamó Pedro.

—¡Maldito rey de bastos!—exclamó el hermano Enrique haciéndose el desentendido—. ¡Bien podía haber salido al principio, y el juego estaba hecho!

—Pues, como iba diciendo—prosiguió don Benito—, entré de administrador en esa casa, y doña Maltide Aza de Quirós, que tal era el nombre de la mujer de don Francisco, por cierto alegre y bulliciosa, hizo pronto conmigo muy buenas migas. Pasaron dos ó tres años; la amistad entre los dos iba creciendo, y al percatarse de ello don Francisco, me llamó un día á su despacho y me dijo:

»—Siento en el alma la mala nueva que le voy á comunicar á usted; pero desde primero de mes cesa en el cargo que desempeña en mi casa.

•Un tanto confundido, me atreví á preguntarle:

»—Pero... ¿está usted descontento de mí? ¿Desconfía usted en algo?...

»—Nada, nada—me respondió—; mi resolución está tomada y es irrevocable. Procedo de este modo por no tomar otras medidas que pudieran acarrear á usted serios disgustos.

•—Pero ¿ocurre algo?...

•Y recuerdo que, mirándome fijamente, me contestó colérico, en actitud un tanto ridícula:

•—Eso... el tiempo lo dirá.

•Hízome gracia la ocurrencia, bajé mohino la cabeza, y sin replicar palabra me dirigí á mi escritorio para preparar los libros, cuentas, balances, en fin, todo lo concerniente al cargo que desempeñaba, para que mi sucesor, si es que lo había, encontrase todo en condiciones.

•Así acabé aquella aventura, y hoy me entero de que el buen don Francisco ha fallecido, víctima tal vez de los malditos celos, y me encuentro de nuevo en mi camino con su viuda.

—¿Y os aprovechasteis de ella?—preguntó Pedro.

—¡Pse! Se hizo...

—¡Cinco de copas! ¡Esto va al pelo!—exclamó el hermano Enrique, que seguía embebido en su solitario.

Miráronse tío y sobrino, y sonrieron maliciosamente.

—Y tú, ¿qué has hecho hoy?—preguntó don Benito.

—Pasar el día en la hornachuela de Roque cuidando del ganado. Por cierto que sufrí un gran susto. A la hora de la recogida, cuando cada res anda por su lado, quise ayudar á Roque á reunir las para la encerrona, y un hermoso toro, que me desconocía, la emprendió conmigo, y yo, que no soy diestro en la capea, me vi negro por salvar la pelleja en aquel trance. Según me dijo después Roque, era uno de los más abantos que posee.

—¿De modo que has dejado hoy á tu rebaño?

—Lo dejé al cuidado de Simón, y me fuí á pasar el día en compañía de Roque. Y decidme ahora, tío: ¿cómo ha andado hoy la muerte?

—Tardía—respondió el hermano Enrique tomando cartas en la conversación y dejando las que tenía en la mano en un cajón del abaz.

—Poco negocio, poco negocio—replicó don Benito—. Nada más que diez y ocho defunciones.

—No está mal—repuso su sobrino.

—En cambio, mañana tenemos responso de primera clase—exclamó el religioso frotándose las manos.

—¡Hola, hola! Quinientas del ala, ¿eh?

—Pero va un alma al cielo—replicó con tono ceremonioso el sacerdote.

En aquel momento entró ama Gertrudis con una candileja en la mano, y dijo á don Benito:

—¿Se le ofrece á usted algo, padre mío?

—Nada, hija; puedes acostarte.

—Entonces, buenas noches, y hasta mañana.

—Adiós. Sueña angelitos.

—Y no pienses más en la aventura del domingo.

—Descuide el señorito.

—Vete, que ya nos encargaremos de abrir la puerta á Juan.

Desapareció el ama, y volvieron los tres á reanudar su conversación.

—¡Cuidado que mi vida—exclamó don Benito—ha sido un tejido de calamidades!

—No os podéis quejar, tío.

—¡Vaya si me quejo! Parece que la Providencia se ha complacido en hacerme apurar constantemente cálices amargos.

—¡Todo sea por Dios!—exclamó el hermano.

—Pero, aún así, habéis gozado la vida.

—Según y cómo. Divertirme, sí lo he hecho; pero, en cambio, no he visto fiesta completa. En cuanto comienzo á disfrutar del modo mejor lo que me place, viene el sino fatal á mudar la esencia de las cosas. Faltándome primero mis padres, perdiendo después la fortuna, quedándome más tarde cesante, hasta que, por último, después de mil evoluciones, vine á estrellarme con lo que jamás había pensado: con esto—y señaló su sotana—. ¡Soy verdaderamente el rigor de las desdichas!

—Si Dios lo quiere así, ¿qué le vamos á hacer, padre mío?—exclamó el hermano Enrique con voz apagada.

—¿Que qué quiero? Que no se acuerde tanto de mí. Y á propósito de esto voy á contarles un cuento que me viene á la memoria y que tiene mucha gracia, y que explica el motivo de mi infortunio. Se cuenta por ahí que San Pedro es el encargado de traer y llevar entre Dios y los hombres los mensajes, premios y castigos. Como la Humanidad es muy grande y además muy pedigüeña, son infinitas las súplicas que diariamente tiene que elevar el santo apóstol al Todopoderoso. Como para acceder á tanta petición se requiriría un ímprobo trabajo, apenas llega San Pedro diciendo al Dios misericordioso: «Señor, he ahí á Fulano, que pide tal y tal cosa», «Que se le conceda», responde Dios; pero hete aquí que un día el Señor está de mal humor, y para quitarse de encima al mensajero apóstol, apenas llega diciendo: «Señor, he ahí á Fulano...», «¡Que le den más, que le den más!», exclama; y si el que solicita es un pobre desgraciado cuya vida es un constante padecer, «¡Que le den más, que le den más!», exclama; y el infeliz, en vez de mejorar de vida, va recibiendo más y más infortunios.

Riéronse tío y sobrino al terminar el cuento, y el hermano Enrique, á quien no agradaban estas chanzas, se levantó y, dando las buenas noches, se retiró á su cuarto.

Al verse solos, Pedro dijo á su tío:

—¿Queréis que hablemos ahora?

—Como gustes.

Y encendiendo un cigarro, Pedro comenzó así:

—El hombre, querido tío, fué creado, no para vivir solo, sino para que una Eva compartiera con él sus alegrías y sus pesares.

—Bien, bien—interrumpió don Benito—; todo eso quiere decir que deseas casarte, ¿no es eso?

—Lo habéis adivinado.

—¿Y quién es ella?

—He aquí la cuestión. Como sabéis, á Dios gracias, dinero no me falta, y creo que puedo hacer feliz á cualquier mujer. Además, ya no soy ningún chiquillo...

—Muy bueno está todo eso—interrumpió el sacerdote—, y apruebo tu resolución; pero antes sepamos quién es ella.

—No me atrevo, tío.

—¡Cómo! No eres ningún chiquillo, dices, ¿y te da vergüenza comunicarme quién es tu novia?

—Es que es muy grave, tío.

—¿Eh?

—Que quizás os disgustéis.

—¡Ea, ea!; déjate de tonterías, y dilo sin reparos. ¿Quién es ella?

Quedóse en silencio Pedro, se encendió su rostro, se rascó una oreja, hasta que con voz debilitada por la emoción y entrecortada por el miedo contestó:

—Pues... Gertrudis.

Tosió don Benito, quedóse mirando la punta encendida de su cigarro, arqueó las cejas, y murmuró entre dientes:

—Gertrudis..., Gertrudis...

—¿Os sorprende, tío?

—¡Pse! Regular. Lo que me asombra es ver lo solapado que has sido.

—¿Pues?...

—Porque no me he dado cuenta de ello. Pero ¿lo sabe ella?

—¡Naturalmente!

—¿Y está conforme?

—Dice que sí.

Quedóse don Benito un rato pensativo, suspiró profundamente, y preguntó á su sobrino:

—¿Y crees que serás feliz con ella?

—Creo que sí.

• Volvió á suspirar el religioso, sonó en la puerta un aldabonazo, y volvió á murmurar:

—¡Qué mundo éste!

—¿Os desagrada, tío?

—No. Pero una cosa te diré, pues al fin eres mi sobrino, para que la pienses y procedas según te convenga.

—Ya escucho.

Quedó en suspenso unos instantes el sacerdote, pensando mucho las palabras que iba á decir, hasta que exclamó por fin:

—Me da vergüenza.

—¿Os chanceáis, tío?

—No, por mi vida.

—¿Entonces...?

—Pues bien; ahí va sin rodeos... La tal Gertrudis... es una horra.

—¿Eh?—exclamó sorprendido Pedro.

—Lo que oyes—contestó don Benito levantándose.

—¿Cómo sabéis...?

—Lo sé... por experiencia.

Y al decir esto volvió las espaldas á su sobrino y se marchó á abrir la puerta.

* * *

Entró Juan. Era éste un hombre alto y flaco, de rostro tostado por el sol y surcado de arrugas. Era primo de Gertrudis.

—¿Qué noche traemos?

—Mala.

—¿Llueve?

—Sí, señor cura.

Atrancó la puerta don Benito echando llave y cerrojo, y después de darse las buenas noches, marchóse cada uno á su aposento. Pedro apagó el quinqué al ver que su tío no volvía, y se fué también al suyo. La noche que pasó fué horrible. Las palabras de su tío zumbaban en sus oídos, y se fatigó el cerebro de tanto cavilar, y se torturó el corazón con sus zozobras. ¿Serían ciertas las palabras que le dijo su tío? ¿No habría oído mal? Y de ser ciertas, ¿cómo lo sabría su tío? ¿Serían figuraciones? Y después de mucho pensar, de dar vueltas al asunto, de querer encontrar un cabo que en vano buscaba, y rendido ya por la fatiga y por el sueño, exclamó con ademán de fanático creyente:

—¡Cuán grande es la sabiduría de los ministros de Dios!...

III

Al día siguiente muy de mañana hallábase don Benito sentado en la solana tomando una jícara de chocolate con mojicones, después de haber rezado ya su cotidiana misa. El hermano Enrique registraba armarios y cajones, sacando de unos y otros ornamentos sagrados. Una capa pluvial de raso negro bordada

en oro, un hisopo de plata, un alba de seda blanca y ricos encajes de Damasco, un bonete nuevo, etc., etc.

Juan hallábase cavando unas cuantas fosas, Gertrudis se entregaba á los quehaceres de la casa, y Pedro, con su hatada al hombro, marchaba por un sendero, camino de su hatería.

Así que terminó su desayuno, púsose á pasear el religioso con el libro de oraciones entre las manos haciendo que rezaba, pero en realidad pensando en las quinientas pesetas del responso de primera clase.

Su mirada se fijaba alternativamente, ya en las lápidas, que ostentaban tristes memorias, ya en los hermosos mausoleos que todavía no habían recibido las cenizas de sus dueños.

Y aquel corazón, cerrado á todo sentimiento generoso, insensible á la triste perspectiva que ofrecía aquel vasto campo de desolación, dominado por una sola pasión, el interés, prorrumpía en la siguiente exclamación cuando sus ojos se fijaban en aquellos mausoleos:

—¡Señor! ¿Cuándo morirán los dueños de estos panteones?...

*
* *

Cerca de las once serían cuando las campanas del cementerío comenzaron á doblar á muerto. En la puerta aguardaban tres chiquillos como de unos quince años vistiendo sotanas negras y roquetes de fino encaje. Dos de ellos sostenían ciriales encendidos, y el de en medio, una gran cruz de plata. Detrás aguardaban don Benito, vestido como en las grandes solemnidades, el hermano Enrique, Juan, el sepulturero, y otros tres ó cuatro hombres más.

Por uno de los caminos que conducían á la ciudad y que se perdía en el horizonte avanzaba con paso tranquilo y majestuoso una hermosa carroza fúnebre tirada por ocho caballos empenachados y conducidos de las bridas por ocho palafreneros. Detrás una fila continua de coches se perdía en lontananza. Semejaba un enorme reptil de cabeza monstruosa y cola imperceptible que se arrastraba con dificultad, contoneando su flexible cuerpo por los constantes vericuetos del camino.

Llegó el entierro al cementerio, y don Benito comenzó á cantar con voz segura y potente salmos y latines, siendo contestado por la voz destemplada del hermano y por la de los monaguillos y demás hombres que le rodeaban.

Y como relatar minuciosamente lo que suele hacerse en estos casos sería fatigar al lector y entristecerle, y traer á su memoria el día que fuimos á acompañar á la última morada á seres queridos de la familia ó amigos, paso por alto los pormenores, añadiendo nada más que los respuestas por el alma de aquel finado fueron varios, y que las puertas del Edén eterno le fueron abiertas merced á las quinientas pesetas que le costó el responso de primera clase, como última recomendación del alma.

*
* *

Después que todo quedó en silencio despojóse don Benito de sus sagradas vestiduras y siguió paseando, entregado su espíritu á profundas reflexiones y satirizando con su viperina lengua los epitafios que ostentaban algunas lápidas.

—¡Qué mundo éste!—decía—. ¡Maldito dinero, que todo lo puede!—Y después, filosofando, añadía: —Y todo, ¿para qué? Para nada. Más allá de la muerte, ¿existe algo?...

Y sin querer meterse en honduras, por considerarlo impropio de su profesión, exclamaba con el gran Shakespeare: *To be or not to be, that is the question*: «Existir, ó no existir: he aquí la cuestión.» Y más tarde, al recordar su historia, al reconocer que un hado fatal, como él decía, le había hecho apurar tan malos tragos, convirtiéndole en un ser incrédulo y sin entrañas, murmuraba en latín: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*: «¡Feliz quien haya podido conocer las causas de las cosas!» Pero no se desesperaba. El hacía su negocio, y tarde ó temprano conseguiría su ideal: *il dolce farniente*, la dulce ocupación de no hacer nada, pues aun cuando actualmente ya lo hacía, le faltaba recuperar el capital perdido; y como pensaba con los italianos que *chi va piano va sano*..., íbalo reuniendo poco á poco, con ahorros y otros medios que ignoramos, con calma y reflexión.

* * *

Por la tarde, á las tres, cuando don Benito se hallaba entregado al reposo, vino el hermano Enrique á despertarle, diciéndole:

—¡Padre, otro entierro!

—¿Quién es?

—Lo ignoro; no teníamos noticias de él. Es pobre.

—Pues bien, hermano; poneos el roquete, rociadlo con agua bendita y echadle cuatro bendiciones; que como anoche me acosté tarde por esperar á Juan, llevo sueño atrasado.

Salió á cumplir la orden el hermano Enrique, y don Benito cerró los ojos y siguió durmiendo.

IV

Por la noche, una vez terminada la faena de ir anotando en el libro registro los encargos recibidos durante el día, preguntó don Benito, como de costumbre, á su ayudante:

—¿Cuánto arroja el día de hoy?

—Doscientas veintitrés pesetas.

—¿Hay céntimos?

—Ninguno.

—¡Mal día! Esto no puede seguir así. Como vengan muchos como éste, ¿qué va á ser de nosotros?

Levantóse malhumorado y comenzó á pasear por la habitación. El hermano cerró el libro, lo guardó, y sin replicar palabra salió de la habitación en busca del ama, que se hallaba poniendo la mesa.

Al poco rato llegaron Pedro y Juan, y por mandato de don Benito fué servida la cena.

Juan, por ser de baja estofa, como decía don Benito, comía siempre en la cocina con su prima Gertrudis... Y una vez de sobremesa, cuando en ella no quedaban indicios de la cena, cuando el hermanito sacó sus cartas y se dispuso á jugar sus solitarios, Pedro preguntó á su tío:

—¿Hay aventuras hoy?

—Una, y famosa—contestó éste sacando tres cigarros de su petaca de plata, tomando él uno, y ofreciendo los otros dos á su sobrino y al sacristán.

—Gracias.

—Esta mañana—comenzó diciendo—, después del entierro del hijo de la marquesa, llegó un *simón* á la puerta y descendió de él una señora, muy hermosa y joven, por cierto, que se dirigió á la sepultura donde rezara el día anterior doña Matilde Aza de Quirós.

—¿Y no era ella?

—No; porque después de un rato, cuando esa señora colocaba unas cuantas flores en la tumba de don Francisco, penetró en el cementerio doña Matilde. La impresión que experimentó y el semblante que puso al descubrir aquella otra señora que oraba en la sepultura de su esposo, no es para descrito: es para ser visto, como lo vi yo, pues me hallaba paseando.

—¿Quién sería?

—Lo ignoro. Sólo sé decir que causó mal efecto á la segunda, y que la primera, al verla, abandonó el cementerio. Doña Matilde permaneció arrodillada largo tiempo, agitándose como si estuviera nerviosa; examinó detenidamente las flores que depositara su antecesora, y, por último, vi que mirando al cielo se enjugaba algunas lágrimas.

—¡Qué misterio!—exclamó Pedro.

—Sí, señor; un gran misterio. Me miraba la afligida viuda como diciéndome: «Padre, ¿qué opina usted de esto?»; y yo, haciéndome el desentendido, como si aquella mirada no rezara conmigo, seguí paseando, mordiéndome la lengua, que pugnaba por pronunciar su nombre y descubrir el misterio que mi fisonomía le causara. Su expresión era angustiosa, y de fijo habría permanecido allí toda su vida, dispuesta á descifrar aquel enigma, si el auriga del *simón* no se le hubiera acercado con respeto, diciéndola:

»—Señora, ha pasado ya una hora.

»Levantóse, me dirigió una postrer mirada llena de ternura y de misterio, y abandonó la estancia de los muertos.

—¡Qué raro es todo eso, tío!

—¡Verdaderamente!

• --¿Y conocíais á aquella otra señora?

—Sí; después que hice un poco de memoria, su rostro no me fué descono-

cido. Recuerdo haberla visto varias veces en este mismo lugar, rezando ante la misma losa; mas no llamó nunca mi atención por no encontrar en ello misterio alguno.

—¿Y decís que la habéis visto varias veces?

—Sí.

—¿Y á su esposa nunca?

—Ayer fué la primera vez.

—Es muy extraño. Quizás alguna parienta...

—Lo dudo. Don Francisco tenía pocas, y ésas lejos de España.

—Quizás alguna amiga...

—Tal vez sea eso: alguna amiga... agradecida.

El hermano Enrique comenzó á descabezar un sueño, no se sabe si fingido. Entre tío y sobrino cruzóse una mirada de inteligencia, y comenzaron á reir maliciosamente. Despertóse el hermano, y al comprender que era objeto de burla, se levantó, guardó las cartas, murmuró entre dientes: «Buenas noches», y medio tambaleándose se marchó á su cuarto. Al desaparecer, don Benito exclamó:

—¡El infeliz es lerdo!

—Ahora que estamos solos, tío—dijo Pedro—, desearía que me explicarais lo que me dijisteis anoche.

El religioso, haciéndose el desentendido, interrogó:

—¿Á qué te referes?

—Á mi boda; á Gertrudis.

Hizo don Benito un mohín de disgusto, y dijo:

—Verás; voy á serte franco. Tú tienes dinero, eres un buen mozo, y has recibido una esmerada educación.

—Gracias, tío.

—No es por adularte; es la verdad. Por tanto, tú debías ambicionar otra cosa, buscar algo mejor; marchar á la ciudad, y allí enamorarte de una de esas distinguidas señoritas, y no fijarte en esta mujer, paleta al fin y al cabo, indigna de ti.

—Ya sabéis, querido tío, cuál es mi modo de pensar sobre esto. Yo no aspiro á nada superior á mí; al contrario, quiero que la mujer que me toque por esposa sea en condición y clase inferior á mí. Prefiero una mujer modesta, sin grandes aspiraciones y laboriosa, á una de esas que sólo piensan en descubrir medios para malgastar el dinero de su marido, ya con costosas *toilettes*, ya con enormes sombreros. Una, en fin, que se conforme con poco, para que si el día de mañana, por desgracia, experimento algún quebranto en mi fortuna, sepa amoldarse á las circunstancias y sufrir con resignación las consecuencias. Por tanto, no son esas que me proponéis, querido tío, las que se conforman fácilmente con un cambio de vida; no son ésas las llamadas á hacerme feliz.

—Pláceme tu modo de pensar, y comprendo que tienes razón; y, después de todo, como tú eres el que tienes que hacer tu gusto, allá tú.

—¿De modo que accedéis?

—¿Por qué impedirlo?—contestó encogiéndose de hombros don Benito.

—Os doy las gracias, y me permitiréis que os haga otra pregunta.

—Tú dirás.

—Aquello que me dijisteis de Gertrudis...

—¡Basta!—le interrumpió el sacerdote—. Lo dicho, dicho, y no quieras saber más; que es condición de buenos cristianos creer lo que nos dicen que creamos.

Levantóse don Benito, se acercó á la puerta, y gritó:

—¡Gertrudis! Puedes retirarte cuando quieras.

Y volviéndose á su sobrino, añadió:

—Y ahora vamos á cumplir con el dios Morfeo, que ya es hora de entregarse al sueño.

Marcháronse ambos á sus respectivos cuartos, y antes de separarse, dijo Pedro á su tío:

—Mañana seguiremos.

V

El día siguiente amaneció espléndido, y un viento solano arrojaba las nubes á otras regiones. La luz del alba sorprendió á Pedro hablando con Gertrudis. Éste disponíase á partir, y aquélla, con una gran sera llena de carbón, le despedía en la puerta. Sostenían la siguiente conversación:

—Tío Benito accede.

—¿Y cuándo será ello?

—Pienso que pronto. Antaño, como sabes, pensaba lo contrario; pero ahora te prometo que no pasará de este año.

—Creo en tu palabra, Pedro, porque sé no mientes, y regocíjome de la nueva que me das; que ya ansío con todas veras verme señora de tu casa para que mis cuidados no te falten y te haga feliz según pueda y Dios me dé á entender.

—Gracias, Gertrudis; tus palabras me llenan de satisfacción y orgullo, porque comprendo que me quieres y que seré feliz contigo.

—¡Dios lo quiera!

Los pasos de don Benito se oyeron á lo lejos, y un fuerte abrazo enlazó á los enamorados.

—¡Adiós, morena!

—¡Adiós, mi Pedro!

Y mientras Gertrudis cerraba la puerta, arrastrando hacia la cocina la sera de carbón, Pedro alejóse por el atajo canturriando por lo bajo una canción, hoseo con sus amores. Don Benito apareció en la puerta.

—¿Con quién hablabas?—interrogó á Gertrudis.

—Con Pedro, padre mío.

—Pláceme. ¿Sabrás que pronto vas á dejarme?

—¿Cómo?

—Que te marchas de mi casa.

—¿Yo?

—Sí; Pedro te lleva de la mía para hacerte dueña y señora de la suya. ¿No lo sabías?

Rióse el ama sin responder palabra, y siguió arrastrando la espuerta de carbón, encendido su rostro, parte por la fatiga, parte por el rubor.

* * *

Serían las doce y media de la mañana cuando penetraba en el cementerio la señora misteriosa del día anterior, la que causó celos horribles á la afligida viuda del señor Quirós de Roncesvalles. Don Benito estaba paseando como de costumbre, y al verla sintió cierto regocijo, porque creyó llegada la hora de descifrar aquel misterio. Fué acercándosele cautelosamente, sin ella darse cuenta. Una vez á su lado, le dijo á media voz:

—Señora...

Alzó ella la vista, encontrándose frente á frente con el cura del cementerio. Éste notó en ella cierta turbación, al mismo tiempo que le preguntaba, sin poder reprimir un gesto de disgusto:

—¿Me llamabais, padre?

—Sí, señora. Quería deciros que como se acerca el día de Difuntos, es costumbre en mí advertirlo á los fieles que frecuentan estos lugares, por si creen oportuno encargar alguna misa por el alma del finado por quien oran. Y como supongo que es vuestro esposo el que aquí yace, creo oportuno hacer os esta advertencia para que penséis lo que os convenga.

—Gracias, padre, y siento no poder complaceros, porque ya en mi parroquia están encargadas las misas por el alma de mi esposo.

—Perdonad, hermana.

—De nada, padre mío. De todos modos, os agradezco vuestros buenos sentimientos.

—Como os veo aquí diariamente—siguió diciendo don Benito—, por eso me he permitido molestaros.

—Ninguna molestia, padre mío. Verdad que vengo diariamente: desde que murió mi buen Francisco no he faltado un solo día.

Y al decir esto sus ojos mostraron un brillo extraño y su semblante quedó lívido. Notólo don Benito y, curioso por investigar la causa, alzó los ojos y vió que se aproximaba con tranquilo paso doña Matilde Aza de Quirós.

—Padre mío, el coche me espera y es ya la hora—exclamó la señora levantándose—. Hasta mañana.

—Adiós, hermana, y perdonad.

La mujer enlutada salió precipitadamente, y el religioso siguió paseando, murmurando entre dientes:

--Pues, señor, no entiendo este misterio. El difunto ha sido bígamo.

Tampoco se le ocultó á don Benito el gesto que hizo doña Matilde al divisar como el día anterior á aquella mujer arrodillada junto á la sepultura de su esposo. Había transcurrido un día, durante el cual los celos habían hecho presa en el corazón de la hermosa viuda, ocasionándole una lucha horrible. ¿Le habría sido infiel su marido? He aquí lo que constantemente se preguntaba; y la sola idea de que sus temores pudieran ser fundados le horrorizaba y le hacía prorrumpir en desconsolado llanto.

—¿Tan ciega he vivido que no me he dado cuenta?—se preguntaba; y después de un momento de reflexión, exclamaba: —¡Ah, no; imposible! ¡Mi Francisco no me ha engañado nunca!

Al penetrar en el cementerio y encontrarse de nuevo con la que había despertado sus celos sintió como que los ojos se le inyectaban, y dirigió una mirada iracunda y retadora á aquella mujer, que le había hecho poner en duda la fidelidad de su marido. Se arrodilló, gimió, se mesó los cabellos, y en un arrebato de locura se levantó ligera y se fué adonde estaba don Benito.

—¡Padre, padre!—exclamó.

—¿Qué os ocurre, hermana?

Y fijándose atentamente doña Matilde en el religioso, le dijo:

—Creo que no me es desconocido vuestro rostro.

—Ni á mí el vuestro tampoco.

—¿Me conocéis?

—Sí, señora. ¿No sois doña Matilde Aza de Quirós?

—La misma, padre mío; pero Quirós ha muerto—y la viuda comenzó á gemitos y á besar las manos del sacerdote.

—Resignación, señora, y conformidad.

La viuda clavó sus bellos ojos velados de lágrimas en el compungido rostro de don Benito. Permaneció en esta actitud breves instantes, hasta que exclamó por fin:

—Decidme, padre mío; aclaradme el misterio que me origina contemplaros.

—¿Os acordáis de Benito Fernández, administrador que fué de vuestra casa?

Un largo silencio siguió á esta pregunta, durante el cual doña Matilde, cubierto el rostro de rubor, inclinó la frente, bajó la vista y... una larga historia pasó por su mente. Después, con voz casi imperceptible, exclamó:

—Ya me acuerdo—y siguió mirando al suelo.

—¿Qué os ocurre, doña Matilde?—interrogó el religioso—. ¿Os han herido recuerdos lejanos? ¿Ha venido á vuestra memoria aquella época de vuestra vida en la que por mi culpa fuisteis causa de ver receloso á vuestro marido con nuestra amistad tan íntima?

—¡Callad, callad, por Dios, Benito! ¡No me recordéis aquellos tiempos! Desde entonces, creedlo, mi marido cambió de modo de ser para conmigo. Siempre malhumorado, espiaba todas mis acciones; me regañaba por cualquier futesa; me prohibió salir sola, recibir á nadie sin su consentimiento é inspección. En fin, Benito, y perdonad, padre mío, que os trate con esta confianza, mi vida se hizo insoportable, y más que mujer casada que disfruta de la liber-

tad que le concede el matrimonio, parecía una secuestrada. Verdad que á pesar de todo mi marido no perdió la caballerosidad que le distinguía ni la veneración que profesaba á su mujer. Jamás noté en él la menor prueba de infidelidad; nunca pude descubrir nada que le vendiera. Últimamente se hizo más reservado conmigo y no me contaba sus cosas íntimas, lo que hacía ni á quién veía, y esto, padre mío, me hace temer, ahora que ya ha muerto, que me ha engañado, que me ha sido infiel. ¡Tengo unos celos horribles, Benito!

—¿De quién, doña Matilde?

—De una mujer que he sorprendido varias veces rezando en esta tumba.

—¡Serán ilusiones de su vista!

—No, no, Benito. Me consta que estaba arrodillada aquí mismo. La vi poniendo flores sobre la lápida; la vi besar la tierra. No me cabe la menor duda, padre mío, de que esa mujer ha tenido intimidad con mi marido.

—¡Bah, doña Matilde, no penséis mal de vuestro esposo! Tal vez sea una infeliz mujer que al morir su marido se haya trastornado un poco, y crea que ésta es la tumba de su esposo.

—No, no, Benito: no tiene cara de demente; al contrario, en cuanto me ve entrar, abandona el cementerio. Sin duda debe conocerme.

—¡Serán figuraciones vuestras!

—No, no, padre mío. Estoy segura. Mis ojos no me engañan. ¿La conocéis vos?

—No.

—Al entrar me pareció veros hablar con ella. ¿No me lo ocultáis, Benito? El religioso no respondió. Quedóse mirando á la desconsolada viuda, y una sonrisa burlona asomó á sus labios. Después exclamó:

—Y aunque os dijera la verdad, ¿qué es lo que pensáis hacer?

—Ante todo, saber de fijo si me engañó mi esposo...

—¿Y después?

—Después..., lo pensaría. Conque decid: ¿la conocéis?

—No.

—¿No hablasteis con ella?

—Sí.

—¿Y qué os dijo?

—Que el que yacía aquí era su marido.

—¡Falso, falso!—exclamó sollozando doña Matilde—. Eso no es cierto; el que aquí yace es el mío.

Y la hermosa viuda siguió llorando y besando la mano de don Benito.

—Calmaos, doña Matilde.

—¡Ah! ¡Imposible, padre mío! Comprendo ahora lo ciega que he vivido. También comprendo ahora el cambio que noté en Francisco últimamente.—Y mirando la lápida, exclamó: —¡Infame, infame! Estas lágrimas que vierto por tu causa caigan sobre tu alma para que Dios no tenga compasión de ella.

—¡Por Dios, Matilde!—exclamó el religioso cogiéndola del brazo—. Que estáis profanando estos lugares. Vámonos de aquí.

—¡Sí, vámonos; no quiero volver más!

Y se dirigieron hacia la puerta.

—¿Y no me preguntáis, doña Matilde, cómo es que me halláis vistiendo de este modo?—la interrogó don Benito queriendo distraerla.

—¡Ah! Perdonad; tenéis razón. ¿Cómo este cambio?

—La suerte, por no decir el infortunio. Una vez que salí de vuestra casa rodé por esos mundos, recorriendo todas las esferas y clases. Á todas partes me siguió la desventura, y la mala estrella fué mi compañera inseparable.

—¡Algo grave habréis hecho cuando Dios os aplica el rigor de su justicia!

Y al decir esto los ojos de la viuda se clavaron en los del religioso, siendo tan elocuente su mirada, que el sacerdote quedó confundido. Después que se repuso un poco, exclamó:

—Disfruté la vida en un principio, cuando tuve padres y dinero. Una vez que los perdí, en vez de seguir bebiendo el elixir de la vida en las copas del placer, hallé la hiel servida en copas de pobreza y de miseria: ya el mundo bullicioso y placentero no existía para mí.

—¿Y desde que perdisteis padres y dinero decís que fuisteis desgraciado?—preguntó con curiosidad la viuda.

—Sí.

—¿No volvisteis más á disfrutar la vida?

—No.

—¿Lo habéis pensado bien?—siguió preguntándole con curiosidad é interrogándole con la mirada.

Don Benito quedó pensativo unos momentos. Recordó su estancia en casa de don Francisco Quirós de Roncesvalles, se acordó después de otras varias aventuras, y por último sus ojos se fijaron en Gertrudis, que entraba en aquel momento con su bocal á la cabeza.

—Mucho lo pensáis, Benito.

Este, sonriéndose maliciosamente y encarnado como una amapola, contestó:

—Es que hasta, por perderlo todo, he perdido la memoria.

Siguieron paseando. Al volver á pasar por delante de la tumba de don Francisco, doña Matilde dirigió hacia aquel sepulcro una mirada despreciativa, y exclamó:

—¡Me vengaré! Te juré amarte siempre cuando me arrullabas con tus palabras amorosas; hoy, que comprendo que eran hipócritas, seré perjura.

—¿Qué estáis diciendo?

—¡Ya lo sabréis!

Y al decir esto saludó afectuosamente al religioso, abandonó el camposanto, subió al coche, y el escuálido jamelgo, al oír el golpe de la portezuela, arrancó trotando, hostigado por la fusta del auriga, y se perdió presto en los vericuetos del camino.

*
*
*

Por la noche, de sobremesa, contó don Benito la aventura, y la celebraron

entre risas y chanzas, menos el hermanito, que, sin poder contener su mal-humor al oír hablar de aquel modo al sacerdote, pagábalo con los reyes y las sotas.

Comprendiéndolo así, le dijo don Benito:

—Hermano Enrique, creo haber notado que os desagrada oír mis aventuras.

Hízose el desentendido el sacristán, como si aquello no rezara con él, y siguió murmurando:

—Tres de espadas, dos de copas, as de bastos...

Miráronse tío y sobrino, y volvieron á reírse. El hermano se dió cuenta de ello y, arrojando furioso las cartas contra la mesa, exclamó:

—¡Lo que me desagrada es ver la burla de que soy objeto!

Y abandonó la estancia.

Volviéronse á mirar tío y sobrino, esta vez sorprendidos, y don Benito, sin poder sufrir aquella grosería, dijo desde la puerta:

—¡Otra vez, procurad beber menos, hermanito!

Comentaron el hecho largo rato, y después preguntó Pedro:

—¿Queréis que sigamos hablando de mi boda?

—Como quieras.

—Supongo no tendréis inconveniente en bendecirnos, ¿eh?

—Ninguno. ¿Y para cuándo es?

—Yo quiero que sea pronto. Lo más tardar, dentro de un mes.

—Conforme.

—Lo único que siento es que os vais á quedar sin ama y sin sirvienta.

—No te preocupes por eso; ya buscaré otra.

Siguieron hablando de este asunto, y después, variando de conversación, preguntó Pedro:

—¿Qué tal el día de hoy?

—Regular; setecientas pesetas mondas y lirondas.

—¡Ya vendrán días mejores, tío!

—Así lo espero. Veremos mañana, que es día de Difuntos, si hacemos más negocio.

—Me repugna el día—dijo Pedro.

—Y á mí—añadió don Benito—. El cementerio se convierte en un lugar de juerga y diversión. A todo se viene menos á rezar por los difuntos. Hay personas que hasta se traen la merienda, y convierten este sitio en merendero.

—¿Y qué me decís de los puestos ambulantes que se estacionan en la puerta?

—¡Una profanación!—exclamó indignado don Benito; y después añadió en tono sentencioso: —En la ciudad de los vivos, un muerto viene á turbar nuestra alegría; en la ciudad de los muertos, los vivos vienen á turbar la paz y el silencio de los que reposan.

Apareció en la puerta ama Gertrudis y dijo:

—¿Se ofrece algo, padre mío?

—Nada; puedes retirarte—contestó el religioso; y después, volviéndose á su sobrino, preguntó: —Y tú, ¿qué has hecho hoy?

—Mientras el ganado pacía tranquilamente en el «valle de las águilas», yo me dediqué á trazar planes para lo futuro, tendido sobre un acervo de trigo, cara al sol.

—¡Buena vida, sobrino!

—Como la vuestra, tío; que no tenéis que envidiarme.

Se levantaron y se retiraron á sus respectivos aposentos.

Gonzalo Firpo.

(Se concluirá.)



LA MUSA ALDEANA

Esta es la musa amiga, la chicuela inocente,
reidora y sincera. Es la musa aldeana.
Resplandece en sus ojos la luz de la mañana
como una blanca aurora que naciera en su frente.

No emplea en sus canciones para ser elocuente
vocablos de opulenta retórica galana.
No es sabia ni ostentosa; pero es buena y es llana,
y tiene el don innato de expresar lo que siente.

Canta en sus tiernas coplas, en sus dulces cantares,
los ingenuos decires de sus castos amores.
No luce brazaletes, sortijas ni collares;

su vestido es humilde, sencillo su peinado,
y no lleva otras galas que unas silvestres flores
de purísimo aroma cogidas en el prado.

Mariano Miguel de Val.



VIEJOS LABRADORES

Por la vereda sombría
que desde la fértil vega
al cercano pueblo llega,
aprovechando el buen día

de sol, la primavera
mañana que abre las flores,
los ancianos labradores
han ido á ver el maizal.

Encorvados, apoyados
él en ella ó ella en él,
han bajado hasta el vergel,
han recorrido los prados

hasta el último escondrijo,
y han visto que no hay maizales
ni alfalfas ni trigos tales
como los que tiene el hijo.

¡Qué bendición del Señor!
¡Cuánto esfuerzo, cuánto afán
noble y honrado! Así el pan
se come con el sudor

del rostro en días serenos,
y se es digno de tener
un hogar, una mujer
buena y unos hijos buenos.

Son sus manos las que han
plantado las hortalizas
de la huerta, y bien macizas
y sanas se ve que están.

Son sus brazos los que el suelo
han cavado y removido
hasta dejarlo mullido
y esponjoso. Es un modelo

de buena labranza todo;
nadie sabe lo que él sabe;
pruébalo el riego: no cabe
disponer de mejor modo

la entrada, el curso del agua
cuando invade el campo en cuadro
por los surcos del aladro,
que él mismo afiló en la fragua.

Fué la semilla mejor
para esa buena cosecha
del hijo la obra hecha
por sus padres al calor

del hogar tranquilo y santo;
el hogar, íntimo templo
donde se le daba ejemplo
y se le quería tanto.

Los viejecitos caminan
llenos de gozo; se agotan
sus fuerzas y no lo notan,
y en verlo todo se obstinan.

En un rincón del maizal
un jardincito han hallado
maravilloso, poblado
de casitas de cristal;

tiene macizos repletos
de arbolillos y de flores
de diferentes colores...
Es el jardín de los nietos.

¡Ellos también! ¡Ya la buena
alborada en el confín!
Manos que hoy tienen jardín
tendrán mañana colmena.

Las flores son atributos
de nuestros años mejores;
luego esas flores de amores
nos hacen amar los frutos.

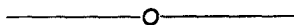
¡Qué dicha con todo aquello
gozan los dos viejos! Nada
como su tierra sagrada
tan adorable y tan bello...

Encorvados, apoyados
él en ella ó ella en él,
la vuelta han dado al vergel
sin sentirse fatigados,

y por la senda sombría
que desde la fértil vega
al cercano pueblo llega
vuelven llenos de alegría.

Mariano Miguel de Val.

(Del libro próximo á publicarse *La vida en el campo.*)



LAS LUCES DE CÓRDOBA

Las veo desde mi balcón,
ora opacas, ya briosas,
á los pies del monte, y son
como piedras luminosas

que en una oculta pulsera
un hechicero clavara,
en el llano la pusiera
y á la sierra la ofrendara.

En las sombras de la noche
se ven brillar vivamente
como las piedras de un broche,
como un cintillo candente.

Se ven brillar en hileras
y con orden separadas,
más distantes las primeras,
y al centro más apretadas.

Sin ellas no se sabría
que allí estaba la ciudad
cuando en la noche sombría
la envuelve la obscuridad.

Vedlas: de rojos y azules
puntos el aire se puebla;
nimbadas se ven en tules
si las oculta la niebla.

Y es más tenue y temerosa
su luz, y más indecisa,
cuando el sol tiñe de rosa
el cielo, y la nube irisa;

á su postrer resplandor,
de lejos se ven surgir,
y es cada luz una flor
que entonces se empieza á abrir.

Entre todas, vacilantes,
al fondo, con más misterio,
se miran agonizantes
las luces del cementerio.

Luces que encendió el dolor
de una tumba ante la cruz
—¡en vida ó muerte, el amor
para el hombre siempre es luz!—,

cuando la ciudad contemplo
mis ojos van á buscaros,
y mis amarguras templo
solamente con miraros;

y el alma su pena olvida
viendo que amor es tan fuerte,
que el imperio de la vida
lo dilata por la muerte.

El pájaro que en sus vuelos
cruza por encima de ellas
creerá que está entre dos cielos
y que en los dos hay estrellas;

y no es locura, en verdad,
porque Dios quiso poner
un edén en la ciudad
y una estrella por mujer.

Desde la sierra, en la noche,
ora opacas, ya briosas,
cuando parecen un broche
lleno de piedras preciosas,

las miro con alegría
sobre la oculta pulsera,
y es su luz del alma mía
cariñosa compañera.

Pero no acierto á explicar
por qué van siempre anhelantes
mis miradas á buscar
las tristes y vacilantes.

Acaso para saber
si cuando se alce mi cruz,
desde la sierra han de ver
brillar una nueva luz.

Benigno Iñiguez.

INFORMACIONES

Política

La suspensión de las garantías constitucionales

Para combatir al Sr. Canalejas por haber suspendido ahora las garantías constitucionales es preciso haber olvidado por completo la Historia. Por desgracia, la agitación de elementos, casi siempre radicales, que viven al borde mismo de la legalidad ha hecho precisa igual medida en bastantes ocasiones; he aquí consignadas en un cuadro las suspensiones de garantías decretadas en los veinte últimos años:

Presidentes del Consejo.	Legislatura...	FECHAS DE		Territorio á que alcanzaron las suspensiones.	Fecha de los decretos levantando la suspensión.
		Presentación de los proyectos de ley.	Publicación de los Reales decretos.		
Sagasta.....	1893	"	9 noviembre 1893...	Barcelona.....	31 diciembre 1894.
Cánovas.....	1896	"	8 julio 1896.....	Barcelona.....	17 diciembre 1897.
Sagasta.....	1898	"	15 julio 1898.....	Toda España.....	8 febrero 1899.
Silvela.....	1899	"	12 septiembre 1899...	Vizcaya.....	13 julio 1900.
Silvela.....	1899	"	23 octubre 1899.....	Barcelona.....	"
Silvela.....	1900	"	20 junio 1900.....	Madrid.....	17 septiembre 1900.
Azcárraga.....	1900	"	10 noviembre 1900....	Toda España.....	9 marzo 1901.
Sagasta.....	1901	"	7 mayo 1901.....	Barcelona.....	14 mayo 1901.
Sagasta.....	1901	17 febrero de 1902 Se aprobó el 19...	"	Barcelona.....	29 enero 1903.
Montero Ríos.	1905	27 noviembre 1905. Se aprobó el 29...	"	Barcelona.....	15 abril 1906.
Maura.....	1907	"	1 enero 1908.....	Barcelona y Gerona.....	2 junio 1908.
Maura.....	1909	"	27 y 28 julio 1909....	Barcelona, Gerona y Tarra- gona, y por el de 28 en toda España.....	27 septiembre y 7 noviembre 1909.
Canalejas.....	1910	"	1 septiembre 1910...	Vizcaya.....	23 septiembre 1910.
Canalejas.....	1911	"	12, 18 y 19 octubre. 1911.	El 12, Vizcaya; el 18, Valen- cia; y el 19, toda España...	21 octubre 1911.

Como complemento del cuadro anterior ponemos á continuación lo ocurrido en el Congreso al dar cuenta los Gobiernos de las suspensiones de garantías acordadas estando cerradas las Cortes, ó sea la tramitación parlamentaria:

1893.—Comenzó á discutirse el dictamen. Reproducido en la legislatura siguiente, se disolvieron las Cortes sin aprobarse.

1896.—Se aprobó el dictamen sin discusión.

1898.—Nombrada y constituída la Comisión, no emitió dictamen.

1899.—Nombrada Comisión, no se constituyó.

1899.—Nombrada Comisión, no se constituyó.

1900.—Nombrada Comisión, no se constituyó.

1900.—Nombrada Comisión, no se constituyó.

- 1901.—Se aprobó el dictamen sin discusión.
1901.—Se discutió y aprobó el dictamen, que fué ley.
1905.—Se discutió y aprobó el dictamen, que fué ley.
1907.—Se discutió y aprobó el dictamen.
1909.—Pasaron á las Secciones, que no llegaron á nombrar Comisión.
1910.—Nombrada y constituida la Comisión, no emitió dictamen.

* * *

Como se ve, no es tal medida patrimonio de este ó del otro partido, de tal ó cual personalidad. Todos han tenido que recurrir á ella, y han hecho bien, cuando las circunstancias lo aconsejaban, en evitación de males mayores.

Y no por haber suspendido hasta cuatro veces las garantías dejó de ser el Sr. Sagasta el jefe y el verbo del partido liberal, ni por haberlas suspendido tres perdió el Sr. Silvela su representación de la extrema izquierda del partido conservador, ni pudo decirse de ellos ni de los demás presidentes que habían vulnerado la Constitución.

Tomando otras posiciones, pretenden los que ahora combaten al Sr. Canalejas que no estaba justificada la suspensión. Y tal argumento es, si cabe, más absurdo que el anterior. Precisamente el Sr. Canalejas se resistió, como es bien sabido, á decretar el estado de excepción, hasta el punto de llegársele á acusar de que dejaba indefensa la sociedad ante la labor revolucionaria de los agitadores. Y sólo cuando todos los elementos de orden del país llegaron á un grado de verdadera alarma, cuando los hechos justificaron plenamente el acuerdo, planteada una huelga general en toda España, suspendió las garantías el presidente del Consejo; y de que lo hizo con oportunidad es prueba la eficacia inmediata de la disposición ministerial. Esta es la realidad de los hechos; negarla es empeñarse en cerrar los ojos á la luz.

Y los que todavía, contra toda evidencia, se empeñan en ver simpatías del Sr. Canalejas hacia el régimen de excepción, pueden convencerse de lo contrario con sólo fijarse en el cuadro que precede. Fuera de una suspensión de garantías en la provincia de Barcelona decretada por el Sr. Sagasta á consecuencia de la huelga de tranviarios en mayo de 1901, y que duró sólo siete días, todas las demás, anteriores al Sr. Canalejas, han durado varios meses, algunas más de un año. El Sr. Canalejas ha recurrido á la suspensión en dos ocasiones: el año último, con motivo de la huelga de Vizcaya, en que mantuvo el estado excepcional sólo veintidós días; y ahora, con motivo de la agitación revolucionaria, durante un período de mes y medio en Vizcaya y que apenas pasa de un mes en el resto de España.

De esto á la suspensión decretada en 2 de julio de 1896, que duró diez y siete meses, hay alguna distancia.

Tales son las enseñanzas de la realidad. Contra los hechos de nada sirven las palabras. Y los hechos prueban que el Sr. Canalejas, al decretar la suspensión de las garantías que ahora finaliza, ha obrado con prudencia y oportu-

tunidad, cumpliendo rigurosamente los preceptos constitucionales y demostrando un amor á la libertad perfectamente compatible con la conservación del orden social, y desde luego mucho más grande y verdadero que el de los elementos que han obligado á imponer el régimen de excepción, y que con tan injusta saña se aprestan á combatir, según todos los anuncios, la conducta del presidente del Consejo.

Extranjera

Chile

Sociedad de Fomento Fabril

La Sociedad de Fomento Fabril, de Santiago, que labora sin cesar en favor del proteccionismo nacional, dice en su última Memoria, refiriéndose al fomento industrial, que, con arreglo á uno de sus fines primordiales, el Consejo ha dedicado sus esfuerzos en el año pasado á defender ó á pedir que sean fomentados debidamente diversos intereses industriales que han solicitado el apoyo de la Sociedad, ó que ésta espontáneamente ha creído deber amparar.

Como continúa trabajando la Comisión especial de diputados encargada de estudiar la reforma de la ley número 980, de 23 de diciembre de 1897, el Consejo ha continuado también haciendo llegar hasta ella las representaciones que ha creído justas.

Ya en el año anterior (1909) el Consejo había enviado dos notas á la Comisión mencionada, exponiendo su opinión acerca de las reformas necesarias en los derechos relativos á los artículos siguientes:

a) hierro galvanizado, *b)* clavos, *c)* ingredientes para pintura, *d)* jabones y sus ingredientes, *e)* pañuelos de rebozo, *f)* sombreros de paño y de paja, *g)* cilindros y discos para fonógrafos y gramófonos, *h)* artículos de vidrio, *i)* maniqués de madera, y *j)* tapas-coronas para botellas.

Durante el año 1910 se ha elevado á conocimiento de la Comisión el informe de la Sociedad acerca de los derechos que gravan los siguientes artículos:

k) celuloide en bruto y manufacturado, *l)* ceniza de soda, *m)* zapatillas de fieltro, *n)* trenzas de yute, alpargatas y zapatillas, *o)* tintas de escribir, *p)* aluminio en hojas y esmalte en sacos, *q)* tejidos de punto de lana y algodón, *r)* bebidas gaseosas, y *s)* cloruro de platino.

La Comisión especial de que se trata, que ha trabajado con empeño y con minucioso estudio, haría obra benéfica si apresurara la presentación á la Cámara del resultado de sus trabajos, á fin de que pudieran ser despachadas cuanto antes las reformas en proyecto, reformas que nuestras industrias esperan con viva ansiedad.

A fin de contribuir al alivio de la penosa situación ~~por~~ que atraviesan las curtidurías nacionales, el Consejo ha reiterado sus peticiones anteriores al Gobierno en el sentido de gravar la exportación de los cueros al pelo y de conceder una prima á la exportación de suelas.

Se ha enviado una nota al Gobierno indicándole las medidas convenientes para desarrollar en el país y en el Extranjero el consumo de carbón nacional, y otra pidiéndole que favorezca la industria nacional del cemento, que es una de las más interesantes.

Se le ha insinuado asimismo la conveniencia de dar preferencia á las fábricas nacionales en la provisión de artículos para el Estado, como un medio de fomentar la industria y de evitar la innecesaria exportación al Extranjero de capitales del país.

Se han reunido antecedentes acerca de la fabricación de pólvora y otros explosivos en el país, pues si esa fabricación se nacionalizara, se obtendrían, aparte de notorias ventajas militares, positivos beneficios para las industrias que consumen explosivos y hoy los pagan á precios exorbitantes.

Se ha estudiado con detención el proyecto que concede liberación de derechos á las materias primas que empleen las fábricas nacionales que se establezcan en la provincia de Tacna, y con motivo de él se han dirigido comunicaciones á la Comisión de Hacienda de la Cámara de Diputados y á la Superintendencia de Aduanas.

Ha continuado preocupándose el Consejo de reunir las posibles informaciones y datos para favorecer la implantación en el país de la fabricación de celulosa de madera y de la elaboración del lino.

Se han tomado acuerdos para procurar que se proteja á la industria maderera nacional, encargándole á ella los durmientes necesarios para los ferrocarriles que se construyen en el país.

Se informó al Gobierno acerca de una petición encaminada á obtener ciertas ventajas del Estado para establecer en Tacna una fábrica de azúcar de caña.

Se han reunido y remitido á la Comisión de Aranceles de la Cámara diversos datos acerca de la forma como deben gravarse los papeles de imprenta.

Se han estudiado y se hallan aún pendientes ciertas peticiones de reforma de derechos que han formulado los curtidores de pieles chicas, *boxcalf* y cabritillas.

Para proteger la producción del aceite de ballena en el país, se ha patrocinado la liberación de derechos para los barriles de pino ya usados en transporte de petróleo, y que son los envases más convenientes para dicho aceite.

Se ha insistido nuevamente en la conveniencia de realizar por fin la antigua idea de crear, anexos á los principales Consulados de Chile en el Extranjero, muestrarios de los productos chilenos, por ser ése un medio eficaz y práctico de dar á conocer nuestros productos en los demás mercados.

Merced á las gestiones realizadas por el Consejo se ha formado una Comisión de delegados de nuestra Sociedad y de la de Agricultura á fin de que estudien las ventajas y el modo de implantar en nuestros Aranceles aduaneros

una tarifa máxima y una tarifa mínima, como medio de proteger nuestras industrias y de obtener para ellas tratados de comercio equitativos. Aceptada por la Sociedad Nacional de Agricultura la idea de esa Comisión, y designados ya los delegados respectivos, podrán iniciar pronto sus estudios sobre ese tópico, de excepcional transcendencia para nuestras industrias y para nuestro comercio.

Uruguay

Reglamentación del trabajo

He aquí el texto del proyecto de ley de Reglamentación del trabajo elevado por el Poder ejecutivo á la Honorable Asamblea General:

«Artículo 1.º El trabajo efectivo de los obreros de fábricas, talleres, astilleros, canteras, Empresas de construcción en tierra ó en los puertos, costas y ríos; de los dependientes ó mozos de casas industriales ó de comercio; de los conductores, guardas y demás empleados de ferrocarriles y tranvías; de los cocheros de plaza y, en general, de todas las personas que tengan tareas del mismo género de las de los obreros y empleados que se indican, no durará más de ocho horas por día.

»Art. 2.º El trabajo diario de los menores de diez y nueve á diez y seis años no durará más de seis horas por día, ni el de los menores de diez y seis á trece más de cuatro horas; los que no hayan cumplido trece años no serán admitidos en los establecimientos de trabajo.

»Art. 3.º En casos especiales, y mediante la previa autorización motivada de la Intendencia que corresponda, podrá aumentarse el trabajo diario de los adultos hasta doce horas; pero en ningún caso excederá de cuarenta la suma de las horas de trabajo en cada período de cinco días. El trabajo diario de los menores de diez y nueve á diez y seis años podrá ser aumentado hasta nueve horas, y el de los de diez y seis á trece, hasta seis; pero en ningún caso podrá exceder de treinta para los primeros y veinte para los segundos la duración total del trabajo en cada período de cinco días.

»Art. 4.º Todo obrero ó empleado de los designados en los artículos anteriores deberá gozar de un día entero de asueto en cada período de seis días, á cuyo efecto el personal de cada fábrica, etc., se dividirá en seis grupos, que se numerarán de uno á seis, y á cada uno de los cuales corresponderá el día de asueto por orden de numeración. Cuando por la pequeñez del personal ó la naturaleza del trabajo no alcance á seis el número de grupos que sea posible formar, los obreros ó empleados gozarán de los mismos días de asueto de que gozarían si el número de grupos fuese completo.

»Los incisos anteriores de este artículo no se refieren á los establecimientos que suspendan su trabajo por un día completo en cada período de seis días.

»Las disposiciones del presente artículo comenzarán á aplicarse diez meses después de promulgada la presente ley.

»Art. 5.º La mujer encinta dispondrá de cuarenta días de reposo en el período del parto.

»Mientras no se cree una caja de pensiones para obreros, recibirá del Estado un subsidio de veinte pesos, que le serán entregados cuando se produzca el parto y que no podrán ser embargados ni cedidos.

»Art. 6.º Ninguna fábrica, taller, etc., se servirá de obreros que trabajen en otro establecimiento el máximum de horas autorizado por la ley; pero cuando un obrero trabaje en un establecimiento un número de horas menor que el autorizado, podrá trabajar en otros las horas complementarias.

»No se servirán tampoco las fábricas, etc., de mujeres que hayan estado de parto, sino después que hayan tenido el reposo á que se refiere el artículo anterior.

»Art. 7.º Las fábricas, talleres, etc., que permitan el trabajo de obreros ó empleados por mayor número de horas que el que esta ley permite, ó durante el día de descanso obligatorio, serán multados por la primera vez en diez pesos por cada obrero que haya infringido la ley, y las veces siguientes, en quince. Los obreros serán multados en la suma que perciban por el exceso de trabajo, no pudiendo ser mayor cada multa que el exceso de un mes.

»Art. 8.º Vigilarán el cumplimiento de las disposiciones de esta ley 25 inspectores especiales que el Poder ejecutivo distribuirá en los departamentos en las proporciones que considere convenientes, y que dependerán de la Oficina del Trabajo.

»La asignación de cada uno de los inspectores será de 720 pesos anuales en el departamento de Montevideo, y de 600 en los otros departamentos.»



Financiera

El valor del oro

Hay dos escuelas que sustentan opiniones enteramente distintas.

Una de ellas dice:

«Si se establece que la producción va constantemente acrecentándose, es necesario admitir que á medida que la cantidad de oro aumente, la adquisición de la moneda de oro bajará en la misma proporción.»

Pues bien; la producción del oro ha aumentado desde hace algunos años en proporciones inauditas. De ello dan fe las siguientes cifras, relativas á la producción aurífera universal desde 1493 hasta 1910:

De 1493 á 1800: producción total, 9.325 millones de francos; producción media anual, 30.

De 1801 á 1850: producción total, 6.425; producción media anual, 125,5.

De 1851 á 1875: producción total, 15.625; producción media anual, 625.

De 1876 á 1895: producción total, 12.250; producción media anual, 612.

De 1896 á 1905: producción total, 14.525; producción media anual, 1.452,5.

De 1906 á 1910: producción total, 10.609; producción media anual, 2.120.

Total y producción media: 68.750 y 165.

Sólo en el curso del año 1910 la producción de oro se elevó á *dos mil doscientos setenta y cuatro millones trescientos setenta mil francos*. Esta cifra fué un verdadero *record*.

Así, la cantidad de oro que actualmente existe puede evaluarse en 75.000 millones de francos, pues es necesario darse cuenta de las existencias anteriores á 1493, aunque no conozcamos á cuánto ascendían.

De esta suerte, si nos basamos en la cantidad media de la producción actual, podemos decir que las existencias de oro se habrán duplicado, aproximadamente, de aquí á treinta años.

Para no molestarse en exáminar el problema, suele repetirse que los grandes manantiales de la producción aurífera deben necesariamente agotarse, y aun con bastante rapidez. Se da como ejemplo la Australia, que producía en 1903 alrededor de 450 millones de francos, y que no ha producido más que 328 millones en 1910. Pero se olvida que á medida que la producción disminuye en un punto, aumenta en otro, y así, por ejemplo, de 1902 á 1910 la producción del Transvaal ha pasado de 200 millones en 1902 á 875 en 1910. También se olvida decir que la cianuración, nuevo procedimiento que permite tratar los minerales de escaso valor aurífero, ha ejercido y continúa ejerciendo una influencia muy grande sobre la producción del oro, en el sentido de su acrecimiento.

En resumen, el aumento es constante, y nada permite pensar que debe hacerse más lento. Por tanto, es absolutamente inevitable que el valor intrínseco del precioso metal disminuya, que disminuya su poder de adquisición, y que paralelamente aumente el precio de las cosas.

*
* *

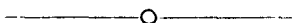
Esta opinión tiene su contrapeso. Una personalidad oficial eminente, á la cual nada de cuanto concierne á la moneda le es extraño, estima que es erróneo considerar el aumento de la cantidad de oro en el mundo como pudiendo influir actualmente sobre el encarecimiento de la vida.

«En efecto—ha dicho ese personaje á un redactor del *Paris-Journal*—; hay que fijarse en un hecho primordial importantísimo: el aumento también prodigioso y constante de las necesidades. Se cambia, se adquiere y se vende más cada día; las necesidades no cesan de ser numerosas, de desenvolverse más cada vez; el acrecentamiento de la moneda de oro nos informa, aproximadamente, acerca del acrecentamiento de los cambios, que corresponde al aumento de las necesidades.

»En 1880 el monedaje de oro en el mundo se elevaba á 775.400.000 francos. En 1909 ascendió á 1.556.900.000 francos.

»Y cuando se nos señala este aumento de la producción del oro como un peligro que va constantemente agrandándose, parece que se olvida voluntariamente que muchos países, y muy poblados, especialmente los de Asia, no tienen aún el tipo del oro; será necesario, sin embargo, que lo adopten un día ú otro, y entonces aumentará el valor del oro en proporciones que hoy no podemos ni imaginar.

»No es, pues, de temer que disminuya el valor del oro ni su poder de adquisición.»



Literaria

Juan Ramón Jiménez

Ningún caso más edificante de ascetismo literario, de austeridad profesional, que el caso de Juan R. Jiménez. Vive tan exclusivamente para su arte, que siendo el más fecundo de los poetas españoles contemporáneos, el que más se prodiga dando un libro sobre otro, el que más dulcemente fatiga al público—si puede haber fatiga en la satisfacción artística intensa y continuada—, es el menos profesional de los actuales literatos. Y es que odia el profesionalismo por temperamento, por exceso de amor al arte.

Es el más ardiente, más puro y más sincero poeta de España. Otros harán cosas mejores, en el sentido de más artificiales, más relamidas, más pasadas por el tamiz de la crítica de lentes diminuentes, más atractivas, con vistas á más público. Pero nadie cantará tan honda y conmovidamente como este poeta ardiente y triste, que vive solitario en un pueblo azul y cálido de Andalucía, apenas sin vínculo con el mundo exterior, y, por lo menos, sin ligamento de solidaridad con el mundo literario. Allá de tarde en tarde, un libro, una misiva amistosa, cuatro sinceras frases de elogio en un periódico ó revista le recuerdan que pertenece al mundo de los escritores. Pero luego vuelve de nuevo á encerrarse en su arte, del que ha hecho un culto, y se recluye otra vez en su Telema de Moguer, en su abadía laica, donde sus oraciones al Arte son esas baladas tristes, esas elegías puras ó lamentables; lamentables, sí, pero no en el sentido en que son lamentables las elegías de otros pobres hombres que por ahí pululan con fueros y pretensiones de poetas, cuando son, en realidad de verdad, honorables mercaderes; y gracias á que pueda calificárseles de honorables.

Juan Ramón Jiménez, tan lejos de los corrillos donde se derrocan reputaciones, de los circulitos de café donde se cambian más terrones de azúcar que

ideas, es el cenobita de los tiempos modernos, el cenobita por pasión de arte, ya que antaño lo eran por pasión de ánimo. Vive tan exclusivamente para su arte, que nada de la vida y del ambiente circundante le interesa. *Un mandarin comme moi n'est pas fait pour vivre dans ce monde*, dice Flaubert y podría decir Juan Ramón Jiménez. El mismo Flaubert á los doce años—misteriosas inquietudes del genio precoz—escribía en una carta íntima: «¡Tú crees que me fastidio de tu ausencia; sí, no te engañas, y si yo no llevase en la cabeza, y al extremo de la pluma, una reina de Francia en el siglo XV, yo estaría totalmente disgustado de la vida, y hace mucho tiempo que una bala me hubiera libertado de esta farsa bufa que se llama la vida!» (*Correspondance*, primera serie, pág. 7.)

Juan Ramón Jiménez está, como Flaubert, únicamente consagrado á su arte, y puede afirmar sin énfasis y sin artificialismo de *pose* literaria que si no llevase en la cabeza las mujeres de sus elegías—Rocío, Estrella, Francisca, Blanca—no podría vivir, y le hubiera besado la frente con su beso ígneo una bala de revólver... En un sentimental comentario de *Helios*—aquella fragante revista que floreció en la primavera—nos lo dijo ya en cierta ocasión, ó mejor, nos lo insinuó en su prosa lírica, tan de *medias tintas* y de tonos indecisos como su poesía: «Ella, rezándole á la Virgen María; yo, con una pistola en la mano...» Piensa, sin embargo, que vale la pena de vivir el producir un sonoro alejandrino, ó un delicado romance octosílabo, ó una cuarteta que rima con canturía de cristal... «¿Qué verás en otra parte del mundo que aquí no lo veas?», se ha dicho, como Kempis. Y no ha salido de su retiro agreste de Palos de Moguer, semejante á aquel retiro de Les Charmettes en que se deleitaba, ya anciano, Juan Jacobo Rousseau. Con el poderoso y divino orgullo de su arte austero se satisface su alma delicada, porque piensa que *vita sine litteris mors est* (como dijo Juvenal) y que *ars longa, vita brevis*; la vida es fugaz y perecedera; el Arte inmortal y eterno. *Cosa bella mortal pasa è non d'arte*, que dijo el gran Leonardo de Vinci. Las cosas mortales pasan; pero no las cosas de arte. Para un artista que no tenga este consuelo la vida ha de ser un desolador vacío y un fastidio tenaz y continuado. Hay, con todo, momentos de desmayo, tristes horas en que se duda si subsistirá nuestro arte cuando se abata nuestra vida; y son éstas las horas más dolorosas de la existencia de un artista. ¡Aquellas horas en que sentimos aletear sobre nosotros el siniestro murciélago del abatimiento!... Como aquella hora en que Edmundo de Goucourt sintió que decaía en la labor, que su arte se hundiría en la vorágine de las generaciones. Un día, en su *Diario*, ese documento tan mal comprendido y de un interés tan punzante, como ha dicho Emilio Zola, ha lanzado el grito sublime de la vida consagrada á las letras, el grito de angustia de que la tierra un día se desmoronará y sus obras no serán leídas. Muchos se habrán sonreído de ese grito; pero en verdad que no conozco más admirable y enérgico grito, y que cuando se lee eso, hay que amarle más por su orgullo, el potente y divino orgullo, que es nuestra fe, la fe literaria, entre el amargo alumbramiento de las obras artísticas... Y así, cuando el artista ha dado á luz una

obra, gime como la mujer cuando ha dado á luz un hijo. Porque piensa que acaso se le perderá en el torbellino del mundo lo que tantos esfuerzos, vigiliass y dolores le costó.

Pero hay artistas que gimen de dar su obra al público, porque creen que el público no ha de comprenderlos y apreciarlos. Llena está la Historia de quejas literarias, por este orden: desde Horacio á Nietzsche, unos en sentido más escéptico, otros en sentido más resignado, más estoico, todos reniegan del público, que no los comprende. Hay quien vilipendia á sus contemporáneos porque son romos de entendimiento y no alcanzan á estimar su arte, como Nietzsche poniendo de bestias, plantigrados y obtusos á los alemanes como no digan dueñas; hay quien para consolarse se entrega al juicio de la posteridad, diciendo como Horacio: *Non omnis moriar...*

Los artistas verdaderamente solitarios y silenciosos, los artistas como Juan Ramón Jiménez, ni abominan de sus contemporáneos, ni fian su labor á la equidad de las generaciones venideras, que han de vindicarles de injusticias y conspiraciones de silencio. No será el autor de *Jardines lejanos* de los que anatematicen é increpen al siglo en que viven, citando palabras de Séneca con la acritud con que las citaba Schopenhauer: *Etiam si omnibus viventibus tecum silentium livor indexterit, venient qui sine offensâ, sine gratiâ judicent...* Ni aun esta filosófica y plácida queja se ocurre á espíritu como el de Juan Ramón Jiménez. Sería manchar el armiño de su arte buscar esa consolación exterior.

Juan Ramón Jiménez escribe, como Stendhal y como otros escasos espíritus que jamás se mancharon del lodo del profesionalismo, verdaderos *dilettanti* en el sentido más noble de la palabra, por el placer de escribir, por agradarse á sí mismos. Narcisos del entendimiento, sin ánimos de que su obra transcienda al exterior, abstracción hecha del público. No buscan el dinero, ni la gloria, ni la utilidad pública; no creen que sea el fin del artista ser leído por una gran masa; aman lo bello pura y exclusivamente por sí mismo. Puede decir Juan R. Jiménez como cierto poeta francés contemporáneo:

Faites vers simplement pour le plaisir d'en faire...

En una carta que me escribía últimamente —y conste que considero las cartas amistosas como los documentos más interesantes para la historia de un artista— me decía: «Estoy cada vez más dentro de mi vida y más fuera de la literatura, y ya va siendo *feo*, entre tanto éxito fácil —y de quiénes!—, tenerlo ante el público... ¡El público!...» En estos puntos suspensivos enciérrese un mundo de insinuaciones estéticas.

Andrés González-Blanco.

Bibliográfica

La Ciencia Hierática de los Mayas, por Mario Roso de Luna.

Mario Roso de Luna, ese laborioso extremeño que en tan alto lugar ha colocado á la ciencia española con sus publicaciones, y últimamente con su viaje á las Repúblicas suramericanas, acaba de publicar un nuevo libro que ha de causar una verdadera revolución en los estudios prehistóricos. *La Ciencia Hierática de los Mayas* es el título del volumen, que, como declara su autor, es una contribución para el estudio de los códices Anáhuac.

Ocorre con Roso de Luna un fenómeno que no por lo repetido deja de llamar la atención. En todos los tiempos y países ha habido talentos ignorados á los que sus contemporáneos no han hecho caso, teniendo los frutos de sus investigaciones esos «éxitos de silencio» que proporcionan los espíritus ruines á los que piensan para ahorrarles á ellos el trabajo de pensar. Buena prueba de esto es lo ocurrido al gran Gustavo Le Bon cuando publicó en los *Informes de la Academia de Ciencias de Paris* sus primeros trabajos sobre la desmaterialización de la materia. Todos se rieron de él, y los más piadosos le tomaron por loco. Era natural. Las doctrinas expuestas por Le Bon destruían el dogma de la conservación de la materia, proclamado por Lavoissier y acatado por todos sus sucesores; la Química empezaba á bambolearse, amenazando desmoronar el edificio de sus ecuaciones, y el gran Spencer afirmaba en sus *Primeros principios* que la Ciencia y la Filosofía sostenían un duelo á muerte si se demostraba la falsedad del principio de Lavoissier. Pero después de trece años de estudios continuados, Le Bon ha conseguido que se tomen en serio sus «cosas», y su obra magna *La evolución de la materia* está hoy traducida á todos los idiomas.

Casos idénticos fueron los de William Crookes en Inglaterra y Lombroso en Italia. Mientras siguieron los caminos trillados todo fué bien; pero cuando quisieron investigar las fuerzas latentes en el hombre les

aplicaron el remoquete de locos, y «ya» perdieron su autoridad.

En España se registra el caso de Roso de Luna. Mientras recorre la Argentina, Chile, el Brasil y el Uruguay dando conferencias teosóficas que han ocupado largas columnas en los mejores diarios de aquellos países, la prensa española no le dedica ni una sola línea; mientras sus trabajos astronómicos se publican en revistas extranjeras como la *Astronomische Nachrichten*, aquí no nos enteramos sino media docena de «locos» que tenemos el «nefasto vicio de leer».

Esto es ley general. Despunta uno un poco, y choca con su familia; se significa algo más, y choca con su pueblo; aumenta la significación, y el choque es con su comarca; creciendo y perfeccionándose el individuo, viene á chocar á veces con su patria, y hasta con el mundo entero si su ideal es transcendente; y ahí están si no los grandes revolucionarios, con Cristo á la cabeza, quien por algo dijo que no era de este mundo su reino.

Roso de Luna ha hecho un sensacional descubrimiento estudiando el código maya cortesiano, cuyo original se conserva en nuestro casi desconocido Museo Arqueológico. El autor de *Hacia la gnosís* estudia en aquel libro dicho código, sacado de los antiguos templos mejicanos; le compulsa con sus similares el *Troano*, el del Vaticano, el de Dresde, etc., y después traduce sus jeroglíficos modulares y ógmicos forjándose una clave parecida á la telegráfica de Morse, mediante la cual demuestra que tales jeroglíficos, hasta aquí tenidos por indecifrables, contienen toda una teoría coordinatoria, reveladora de los conocimientos matemáticos de aquel pueblo glorioso que llenó de edificios ciclópeos el Yucatán, pueblo que no pudo ignorar la Matemática, porque, como el autor dice:

«Cuando nuestra brillante cultura actual se sepulte en el polvo del pasado, que es ley inexorable de la vida, acaso lleguemos á comprender, aunque tarde, la compasiva amargura que sienten los pensadores orien-

tales ante nuestros ligeros juicios sobre su cultura, viendo que otros pueblos sucesores nuestros lleguen infantilmente á creer que nuestra torre Eiffel de las ruinas de París ó nuestra estatua de la Libertad de las ruinas de Nueva York pudieron muy bien ser levantadas sin el conocimiento de la Matemática.»

En todo el libro, escrito en ese lenguaje de Roso de Luna, que sabe hermanar la aridez científica con la galanura de la forma, se nota el aliento del enorme poeta, del gran intuitivo que hay en él, y que una vez más ha sentido el soplo de la inspiración científica, para demostrarnos que no es necesario llamarse Max Müller, ni Champollion, ni Holden, ni Charencey para realizar meritisimas labores de investigación prehistórica.

Hay que cultivar la ciencia por la ciencia, que es bello su estudio y grandes sus enseñanzas, porque todo descubrimiento, por insignificante que parezca, lleva en sí multitud de aplicaciones prácticas, á la manera del lienzo hinchado por el viento y visto por los hermanos Montgolfier, que guardaba en su convexidad, como el vientre fecundo de una mujer, el germen de la navegación aérea.

Francisco Vera.

* * *

Los archivos de Guibray, por Maurice Montégut.

La evolución de las formas políticas y los trastornos consiguientes á un cambio de formas en las sociedades han dejado siempre tras de sí un reguero de discordias y una obscuridad raras veces disipada en cuanto se refiere á la pureza y rectitud de las genealogías. Tiempos de lucha y de heroísmo, de conquistas y dominaciones, de atropellos y rebeldías, á los ojos del historiador surge tan pronto el rostro feudal de un tirano como la horca levantada para castigar desmanes de siervos contra la opresora omnipotencia de los señores de horca y cuchillo. A veces también en esta ferrada existencia pimpollee la flor sentimental de un alma enamorada, y entonces la Historia cubre piadosamente la luz de un bastardo.

Mauricio Montégut ha buscado en el antagonismo de dos familias, representativas

de la abolida nobleza la una, de la democracia nueva la otra, simpático asunto para *Los archivos de Guibray*, en cuyos empolvados legajos durmió el sueño de un siglo el secreto de la unidad genealógica de los personajes. Hermosamente estudiada la psicología de los dos protagonistas, jóvenes ambos y mutuamente enamorados, es una verdadera delicia ver cómo él y ella van ahondando el foso de odios y rencores que por los crímenes de sus mutuos antepasados les separa. La rebusca de *Los archivos de Guibray* realizada por el joven Pedro, buscando en los empolvados legajos alguna atenuante en la conducta de los antepasados de su amada que le permita dar la mano á ésta, y el encuentro de una colección de cartas probantes de que un capricho del antepasado noble les hace herederos del mismo nombre, y borra, por tanto, el odio de familias que creían separarles, es de una angustia trágica, iluminada por los resplandores de aquel adivino que se llamó Matías de Guibray, cuyas predicciones cabalísticas se cumplen matemáticamente á cien años fecha.

Los archivos de Guibray es una novela interesantísima, de gran sagacidad en el estudio de los caracteres, modelados todos en el troquel de prejuicios que ahogaron la espontaneidad de sus corazones; escrita con la prosa limpiísima que los lectores de *Las tentaciones de Próspero* han tenido ocasión de gustar, y afortunadísima en la descripción de paisajes y ruinas. De trama original, con sus puntos y ribetes de humorismo, muestra cuán vanas son las más caras verdades cuando éstas se fundamentan en la movediza arena de las pasiones humanas.

Los archivos de Guibray ocuparán puesto muy señalado en la colección de aquellas novelas de agradable entretenimiento que pueden ser por todos leídas y gustadas.

* * *

Contra Bonaparte, por Georges Ohnet.

Georges Ohnet ha rendido también su tributo á la grandeza de aquel coloso que se llamó Napoleón Bonaparte, cuya figura ejerce una verdadera sugestión literaria. Historiadores y novelistas han encontrado en la vida del gran conquistador abundantes ma-

teriales para sus obras, sin que pueda columbrarse aún cuándo se verá exhausta la rica vena que los proporciona. Pero al lado de Bonaparte, como junto á toda figura única, hay una multitud de personas que son como los satélites y asteroides del núcleo central, y un cúmulo de accidentes que más ó menos de cerca con la influencia del astro rey se relacionan, formando la trama entera de una época con sus luchas, pasiones, anhelos, rebeldías, derrotas y victorias materiales ó morales, en el campo de batalla ó en el puramente ideológico.

De estas figuras, no por oscuras menos grandes en su esfera de acción, y decisivas á veces en su laborar silencioso de los triunfos ó derrotas de los superiores, ha extraído Charles Laurent materiales interesantísimos y amenos para *Su hijo*, *Ocios de Emperador*, *El último Condé*, *El espía del Emperador*, etc., etc., y en el mismo manantial ha posado sus labios Georges Ohnet para componer este volumen, titulado *Contra Bonaparte*.

Después del 18 Brumario y del 18 Fructidor, nobles y revolucionarios lucharon sin cesar contra el Primer Cónsul, pretendiendo los unos la restauración de la Monarquía decapitada con Luis XVI, intentando los otros el triunfo de sus radicalismos. En esta puja de pasiones Bonaparte sufre repetidos atentados, y uno de ellos, llevado á cabo por los secuaces del conde de Provenza, forma precisamente el fondo trágico de *Contra Bonaparte*. Conocidas las dotes de narrador de Georges Ohnet, no hay para qué decir si el libro tiene interés dramático, al que forzosamente se une delicada trama amorosa que refresca y orea las páginas con acariciadora ternura. *Contra Bonaparte*, que señala una nueva forma de novelar en el ilustre autor de *Las batallas de la vida*, es una narración sencilla, sin complicaciones, de gran sutilidad psicológica, de acertadísimas pinceladas descriptivas, de una gran exactitud en la evocación de tiempos y costumbres que fueron, y un acabadísimo cuadro de época que muestra ante los ojos del lector los primeros pasos del hombre que poco después había de ser la pesadilla del orbe entero. *Contra Bonaparte* posee gran interés dramático, emoción sincera, lenguaje delicado, todo cuanto puede hacer agradable y entretenida

su lectura. A mayor abundamiento, *Contra Bonaparte* ha sido esmeradamente vertida al castellano por el celebrado traductor de *Los archivos de Guibray*, de *Las temporezas*, de *Joselón* y de varias otras obras que tantos elogios han merecido de la crítica, por Miguel García Rueda, lo cual constituye por sí solo un elogio de la pulcritud literaria de *Contra Bonaparte*.

Nueva Biblioteca de Autores Españoles.

Acaba de publicarse el tomo XVII de esta Biblioteca, que lleva por título *Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas*, recopilados por el ilustre académico don Emilio Cotarelo y Mori.

Esta magnífica publicación acrecienta prodigiosamente sus méritos con cada uno de los nuevos volúmenes que salen á la venta, y el que hoy va á ser asunto de esta breve nota bibliográfica es sin duda uno de los más interesantes y curiosos de cuantos pueden solicitar la atención de las personas cultas, sobre todo de las que sientan predilección por los estudios históricos literarios hechos seriamente, como corresponde á una rama del saber humano justamente calificada de maestra de la vida.

Este volumen, que comprende la colección de entremeses, loas, bailes, jácaras, mojigangas y otras piezas cortas de teatro desde Lope de Vega á Cañizares, ha de satisfacer el anhelo que desde fines del siglo antepasado tuvieron muchos amantes de nuestras letras de ver reunidos en muy pocos volúmenes estos fugaces destellos de la radiante y majestuosa Talía española.

No se incluye en este tomo todo el caudal abundante que de obras intermedias nos han dejado los poetas del siglo XVII, pero sí las suficientes para que podamos apreciar en todo su valor esta clase de obras dramáticas; riqueza literaria diseminada en tomos hoy sobradamente raros y en un grandísimo número de manuscritos que, por fortuna, pudieron salvarse de los mil peligros y contingencias que siempre han corrido este linaje de documentos.

Empieza este primer tomo por las loas de Agustín de Rojas Villandrando, autor que abarcó ya casi todas las formas y asuntos

que en lo sucesivo habían de tener estos preludios, y se cierra con las obras del insigne Luis Quiñones de Benavente.

El tomo XVIII, volumen segundo del que ahora nos ocupa, abrazará los entremesistas contemporáneos de Calderón, en que los hay de gran mérito, como este mismo gran poeta, D. Jerónimo de Cancr, Moreto, Villaviciosa,

Suárez Deza, Bernardo de Quirós, Avellaneda, Monteser y otros.

La introducción cumple á escritor tan profundo como es el Sr. Cotarelo y Mori, conocedor de nuestra literatura clásica, como ha demostrado ya en libros de paciencia benedictina, y principalmente en el tomo de esta Biblioteca *Teatro del Maestro Tirso de Molina*.

Libros recibidos

POESÍA

A flor de alma.—Miguel Basch.—1911.

Poesías.—Angel María Céspedes.—Bogotá, 1908.

Invitación al amor.—Angel María Céspedes.—Bogotá, 1911.

TEATRO

Raza vencida.—Max Grillo.—Bogotá, 1905.

Vida nueva.—Max Grillo.—Bogotá, 1908.

VARIA

La casa del juicio.—Oscar Wilde.—Madrid, 1911.

Breviario de amor.—Francisco Villaespesa.—Madrid, 1911.

Jurisconsultos españoles.—Madrid, 1911.

OBRAS DE FÉLIX NAVARRO

Concepto del Arte.—Zaragoza, 1904.

El Monumento á los Sitios.—Zaragoza, 1906.

La Torre de los Sitios.—Zaragoza, 1907.

El Arte en la cultura universal.—Zaragoza, 1908.

La Revista "ATENEO"

SE PUBLICA MENSUALMENTE

JUNTA DE REDACCIÓN

Presidente: Segismundo Morat y Pradergast.

Rafael Andrade, Manuel Antón, Gumersindo de Ascarate, Augusto Barco, Ambrasio de Beruete, Infanta Paz de Borbón, Tomás Breton, José Canalejas, Conde de Casa-Segovia, Condesa del Castellar, José María Castella, Eduardo L. Chavarri, Arturo Farinelli, J. Fitzmaurice-Kelly, R. Fouclé-Delbosq, Eloy García de Quevedo, Manuel Gimnas Moreno, Edmundo González-Blanco, Rafael María de Labra, Ricardo León, José Marzá, Gabriel Maury, Marcelino Menéndez y Pelayo, A. Moral-Fatío, Miguel de los Santos Oliver, Rafael Padilla, Jacinto O. Picón, Julio Puyol, Santiago Ramón y Cajal, José Rodríguez Carracido, Antonio Rubió y Lluch, Rafael Salillas, Amós Salvador, Manuel de Sandoval, Joaquín Sorolla, Rafael Ureán, Rafael María del Valle, Alfredo Vicenti, Praxedes Zancada.

Luis Palomo, Blanca de los Ríos, Francisco Rodríguez María, Adolfo Bonilla y San Martín, Conde de las Navas, Leonardo de Torres y Quevedo.

Director: Mariano Miguel de Val y Samos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Y DE VENTA

	Año.	Número suelto.
España.....	24 ptas.	2,50 ptas.
Extranjero..	30 —	3 —

Los socios del Ateneo de Madrid y del Centro de Cultura Hispano-Americana disfrutarán de un 50 por 100 de rebaja en todos los precios de la Revista.

La correspondencia, á nombre del Director.

Las suscripciones, anuncios, pedidos y reclamaciones en la

Dirección y Administración: Serrano, 27.—MADRID.—Teléfono 2.297.

En la Sección Bibliográfica se dará cuenta de todas las obras de algún mérito de las que se nos remitan dos ejemplares.

TARIFA DE ANUNCIOS

DIMENSIONES	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Plana entera: 24 × 16.....	40 ptas.	100 ptas.	175 ptas.	300 ptas.
Media plana: 12 × 16 ó 8 × 24.....	25 —	60 —	100 —	175 —
Cuarto de ídem: 12 × 8, 6 × 16 ó 4 × 24..	15 —	40 —	65 —	110 —
Octavo de ídem: 6 × 8, 3 × 16 ó 2 × 24..	10 —	25 —	40 —	70 —
Medio octavo de ídem: 3 × 8.....	5 —	15 —	25 —	50 —

ANUNCIOS GRATUITOS A NUESTROS SUSCRIPTORES

Los suscriptores de ATENEO tienen derecho á disfrutar gratuitamente de nuestras páginas anunciadoras.

Los anuncios serán previamente revisados por la Dirección, y, una vez admitidos, aparecerán en el número ó los números de la Revista primeros que se publiquen, ó en los que prefieran los interesados, siempre que, al remitir el texto á la Dirección, lo soliciten expresamente.

El suscriptor por trimestres podrá hacer cada seis meses una inserción de medio octavo de plana.

Biblioteca ATENEO de Autores Españoles

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN HISPANO-FRANCESA DE ZARAGOZA (1908)

OBRAS CLÁSICAS * OBRAS MODERNAS * OBRAS REGIONALES

POESÍAS TEATRO NOVELAS ACTUALIDAD COSTUMBRES CRÍTICA CUENTOS

OBRAS PUBLICADAS

Los Sitios de Zaragoza, juzgados por los generales de hoy, franceses y españoles.—S. M. el Rey D. Alfonso X. generales López Domínguez, Primo de Rivera, Bonnal, Gallieni, Bazaine-Haiter, Azcárraga, Weyler, P. vieja, Ochando, Luque, Martitegui, González Parrado, Echagüe, Suárez Inclán, Hore, Marvá y Madariaga. Epilogo del teniente coronel Ibáñez Marín. Retratos y autógrafos. (Edición de lujo.)—Precio: 10 pesetas.

Romancero de los Sitios de Zaragoza.—Fernández Shaw, Sancho, Gil, Cavestany, Larroder, Taboada, 1. naldo de Quirós, Enciso, Navas, García Redel, Cortines Murube, Valenzuela, Pomar, Fernández y González Lassa, Aquino, Guijarro, Rueda, Rey, Gill, González Amurrio, Val, Bonilla, Alonso, Rodao, Abellán y S. doval. Prólogo de Mariano Miguel de Val. Profusión de grabados. (Edición de lujo.)—Precio: 5 pesetas.

El placer de amar (novela).—Daniel López Orense.—Precio: 3 pesetas.

Cancionero (poesías).—Manuel de Sandoval, catedrático y correspondiente de la Real Academia Española. Precio: 3,50 pesetas.

Silba de varia lección.—Función de desagrazios en honor del insigne Lope de Rueda, desafortadamente mentado en la edición que de sus Obras publicó la Real Academia Española, valiéndose de la pñola de Emilio Cotarelo y Mori.—*El Bachiller Alonso de San Martín*.—Precio: 2 pesetas.

Homenaje a Federico Mistral.—Paul Révoil, Rubén Darío, Teodoro Llorente, Díez-Canedo, Fernández St. Iracheta, Machado, Mesa, Pérez de Ayala, Val y Bonilla.—Precio: 1,50 pesetas.

Los orígenes de la religión.—Edmundo González-Blanco.—Dos tomos.—Precio: 10 pesetas.

Educadores de nuestro Ejército.—Obra póstuma de José Ibáñez Marín. Prólogo del general de brig. Excmo. Sr. D. Federico de Madariaga. Retratos, autógrafos, etc.—Precio: 4 pesetas.

La revolución y los intelectuales.—Ramiro de Maeztu.—Precio: 1 peseta.

EN PREPARACIÓN

Novelas escogidas.—Varios autores.

Estudios de crítica literaria.—Adolfo Bonilla y San Martín.

Biblioteca ATENEO de Autores Americanos

OBRAS PUBLICADAS

Poema del otoño y otros poemas.—Rubén Darío.—Precio: 3,50 pesetas.

El viaje a Nicaragua (prosa y verso).—Rubén Darío.—Precio: 4 pesetas.

EN PREPARACIÓN

De otros huertos (versiones).—Baltino Dávalos.

OBRAS ESPECIALES

Colección "Oro viejo,"

Contendrá reproducciones de joyas literarias clásicas hasta ahora casi desconocidas ú olvidadas. Las ciones se ajustarán escrupulosamente a los textos más dignos de fe é irán precedidas de introducciones tórico-críticas.

DOBLÓN I.—Entremeses del siglo XVII atribuidos al Maestro Tirso de Molina, con una Epístola histórica crítica, por *El Bachiller Mantuano*. (Tirada de 250 ejemplares.)—Precio: 2 pesetas.

DOBLÓN II.—Vejámenes literarios, por Jerónimo de Cáncer y Velasco y Anastasio Pantaleón de R. (siglo XVII), anotados y precedidos de una Advertencia histórico-crítica, por *El Bachiller Mantuano*. (Ti. de 30 ejemplares.)—Precio: 2 pesetas.

Nuestros grandes oradores

Esta colección se formará de pequeños volúmenes, cada uno de los cuales contendrá dos discursos escog el retrato y el facsímile de uno de nuestros oradores insignes, tales como Castelar, Moret, Echegaray, O Salmerón, Maura, Canalejas, Azcárate, etc.

I.—Segismundo Moret.—Propaganda liberal.—Precio: 2 pesetas.

Ediciones "Gran lujo,"

Tiradas especiales de importantes obras.

Alfonso XIII.—Rubén Darío.—Semblanza del Rey de España escrita para *La Nación*, de Buenos A. Edición de 200 ejemplares en 4.º mayor, papel inglés, y seis en papel Japón. Retratos de SS. MM. D. Alf. Doña Victoria y Doña María Cristina.—Precio: 5 pesetas.

Paz de Borbón.—Mariano Miguel de Val.—Semblanza.—(En preparación.)